

## [EXPOSICIÓN SOBRE LOS SALMOS PENITENCIALES.]

SOBRE LA CENSURA DE LA OBRA SUBSIGUIENTE.

463 Si este comentario sobre los siete Salmos Penitenciales pertenece al Papa San Gregorio I o a otro autor, no es una cuestión ligera o fácil de resolver. Berthold Rembold fue quien primero lo sacó a la luz en 1512 y nuevamente en 1518, atribuyéndolo al santo Doctor. Todos los que posteriormente publicaron las obras de Gregorio siguieron su opinión, excepto Pedro Gussanvillaeo. Que el erudito haya decidido apartarse del camino común, él mismo lo explica.

Quiero añadir otro argumento, dice, que, si no me equivoco, debería ser decisivo en este caso. Se basa en tres pasajes de este mismo comentario, en los cuales hay muchas cosas que chocan con la historia y con la doctrina y piedad de San Gregorio.

El primero es del salmo V, versículo 9, donde el autor, al criticar el vicio de la simonía, dice: «Aunque la locura de este error fue condenada desde entonces, posteriormente brotó en la Iglesia como una plaga pestilente. En nuestros tiempos, especialmente, ha ejercido el veneno de su malicia, perturbando la paz de toda la Iglesia con una infestación cismática. Ha levantado contra la Iglesia de Dios no solo una multitud innumerable de personas, sino también el poder real, si es que se puede llamar así. Ninguna razón permite que se le considere entre los reyes, quien destruye más que gobierna el imperio, y a quienes puede tener como socios de su perversidad, los hace ajenos a la comunión de Cristo. Atraído por la codicia de ganancias deshonestas, desea llevar cautiva a la esposa de Cristo y, con temeraria audacia, intenta anular el sacramento de la Pasión del Señor. La Iglesia, que nuestro Salvador quiso que fuera libre con el precio de su sangre, este intenta hacerla esclava, trascendiendo los derechos del poder. Cuánto mejor sería reconocer a su señora y, siguiendo el ejemplo de los príncipes religiosos, ofrecerle el servicio de la devoción, sin extender su orgullo contra Dios, de quien recibió el dominio de su poder. Él mismo dice: Por mí reinan los reyes. Pero cegado por la inmensa codicia y, como se ve, ingrato al beneficio divino, y orgulloso contra Dios, transgrede los límites que nuestros Padres establecieron, despreciando el temor divino, y se exalta con la furia de su tiranía contra la verdad católica. Ha extendido tanto la temeridad de su locura que reclama para sí la Iglesia Romana, cabeza de todas las Iglesias, y usurpa el derecho del poder terrenal en la señora de las naciones, etc.»

El segundo está en el mismo salmo, versículo 26, donde exagera la impiedad del emperador: «También hay puertas del infierno que son ciertos poderes de este mundo. ¿Qué hicieron Nerón, Diocleciano, y finalmente este que en este tiempo persigue a la Iglesia? etc.»

El tercero está en el prólogo del salmo VII, donde ataca al emperador reinante en ese momento: «También en este tiempo el cismático persigue el cuerpo de Cristo: el hereje ataca a la Iglesia; el infiel perturba la unidad.»

¿Quién, pues, era el emperador que en tiempos de Gregorio Magno perseguía a la Iglesia? ¿Quién se exaltaba contra la verdad católica? ¿Quién perturbaba la unidad de la Iglesia? Ciertamente, en tiempos de San Gregorio, solo dos príncipes administraron el imperio romano, Mauricio y Focas. Estas cosas no pueden decirse de Mauricio, a quien todos los historiadores llaman emperador católico, muy religioso, liberalísimo, y muy generoso con los pobres. El mismo Gregorio lo llama piísimo y clementísimo en todas partes, y dirige cartas a todos para que él administre el imperio por la gloria de Dios y la utilidad de la Iglesia. Léanse

las cartas 62 del libro II, ind. X; carta 48 del libro II, ind. XI; carta 40 del libro IX, y muchas otras, en las que acumula elogios sobre la piedad y bondad de Mauricio.

Pero tampoco los tres pasajes que hemos mencionado parecen referirse a Focas, quien solo gobernó un año durante el tiempo de Gregorio. ¿Cómo podría atacar a Focas, a quien felicitó por haber alcanzado el imperio con estas palabras: «Gloria a Dios en las alturas, etc. De la abundancia de esta exultación nos sentimos fortalecidos, al alegrarnos de que la benignidad de vuestra piedad haya alcanzado el pináculo imperial? Toda la carta se extiende en alabanzas a la piedad y benignidad de Focas, al igual que la carta 45 del mismo libro, que concluye así: Confiamos en el Señor omnipotente, 464 quien completará los bienes de su consuelo que ha comenzado; y quien ha suscitado en la república a señores piadosos, también extinguirá a los crueles enemigos.»

De esto se desprende claramente que los pasajes del comentario no se refieren ni a Mauricio ni a Focas. Si se refieren a algún emperador, realmente es a Enrique IV, contemporáneo de Gregorio VII, e incluso enemigo suyo, ya que mantuvo graves enemistades con él, como se puede ver en los escritores de ese tiempo. Por lo tanto, no es sin razón que algunos atribuyen este comentario a Gregorio VII.

En estos tres pasajes, el único problema es que se habla de un emperador que fue muy hostil a la Iglesia y patrocinó la simonía en todas partes; lo cual no se puede sospechar que Gregorio haya dicho de Mauricio, el piísimo príncipe, o de Focas, a quien alabó en exceso. Se puede responder primero que esas invectivas contra no sé qué príncipe fueron añadidas al comentario de Gregorio; como ciertamente hay muchas adiciones de este tipo, que hemos extraído de casi todas las obras de San Gregorio con la ayuda de códices manuscritos. Pero aquí nos faltan antiguos códices escritos.

En segundo lugar, ¿qué impide entender aquí lo dicho sobre los reyes arrianos de los lombardos, enemigos acérrimos de la Iglesia Romana, devastadores de todas las iglesias y patrocinadores de la simonía; como fue el nefandísimo Autharis; así lo llama el mismo Gregorio en la carta 17 del primer libro? De un rey, ciertamente, no menos que de un emperador, se puede interpretar: Concitó contra la Iglesia de Dios no solo una multitud innumerable de personas, sino también el poder real, si es que se puede llamar así. Ninguna razón permite que se le considere entre los reyes, quien destruye más que gobierna el imperio. En estas palabras, sin embargo, hay un único nudo de dificultad.

En tercer lugar, no nos parece del todo absurdo aceptar esto sobre el emperador Mauricio, en cuyos tiempos prevaleció la simonía en las iglesias bajo su dominio, como se desprende de muchas cartas de Gregorio. Véase la carta 57 del libro V, a Juan, obispo de Corinto, y la carta 58, a todos los obispos establecidos en la provincia de Helladia. En ambas cartas se lee: Nos ha llegado que en esas partes, nadie llega al orden sagrado sin dar algo a cambio. Consulta también la carta 27 del libro IV, la carta 46 del libro XI, la carta 28 del libro XII, la carta 41 del libro XIII. Además, Juan Diácono, quien escribió la vida de Gregorio, llama a Mauricio avaro y rapacísimo, en el libro III, capítulo 50, donde habla de la funestísima ley promulgada por él. Sobre su tiranía contra Gregorio, Juan continúa en el libro IV, capítulos 16 y 17.

Sobre el mismo emperador, Gregorio escribe, aunque más modestamente, en el libro XIII, carta 31: Cuando deben soportarse los pecados de muchos injustos, uno inexperto se levanta por cuya dureza los cuellos de los súbditos son oprimidos bajo el yugo de la tribulación. Lo hemos probado en nuestra prolongada aflicción. Y exponiendo cómo bajo Mauricio la

república fue expuesta al saqueo, añade: Cesen las insidias de los testamentos, las gracias de las donaciones violentamente exigidas. Que todos vuelvan a tener una posesión segura de sus bienes. Y en la carta 38 continúa lamentándose del yugo de la tristeza y los tiempos difíciles, que sufrió durante el reinado de Mauricio. Finalmente, en la carta 39 repite las mismas quejas y se congratula de que tan dura carga de largo tiempo haya sido finalmente removida de sus cuellos. ¿Quién, pues, se asombraría de que Gregorio, tantas veces golpeado por Mauricio, incluso gravemente afligido, haya escrito o dicho sobre él lo que Gussanvillaeus extrajo del comentario sobre los Siete Salmos; aunque no con la intención de que este comentario se publicara mientras el emperador vivía?

Pero, ¿cómo, preguntarás, pudo Mauricio, tan devoto de la fe católica y alabado por el santo Pontífice por ello, ser infamado por el mismo como hereje, cismático, infiel? Respondo, sin embargo, que lo que se lee en el prólogo del séptimo y último salmo: También en este tiempo el cismático persigue, etc., puede referirse a cualquier cismático, hereje e infiel. Que la Iglesia sufrió muchos cismas en tiempos de Gregorio y padeció mucho por parte de herejes y enemigos de la fe, ¿quién lo ignora?

Concedemos, sin embargo, que lo presentado por Gussanvillaeus se ajusta mejor a Enrique IV que a Mauricio; esta consideración persuadió al erudito a atribuir este comentario al Papa Gregorio VII. Pero el estilo de esta obra la despoja completamente del mencionado Pontífice. Tenemos diez libros de cartas escritas por Gregorio VII, que si se comparan con el comentario sobre los Siete Salmos, se verá claramente que no es el mismo autor. Por el contrario, en este comentario, toda la fraseología es gregoriana; por lo que parece más apropiado atribuirlo al santo Doctor que a cualquier otro. Sin embargo, que el lector prudente juzgue sobre esta controversia. Solo afirmamos aquí que esta obra es digna de ser reivindicada para el santísimo Padre. Para defender nuestra conjetura, no hemos utilizado lo que él mismo escribe en la carta 24 del libro XII a Juan el subdiácono: Dile (a Mariniano, obispo de Rávena) que haga leer los comentarios de los Salmos en las vigiliass; aunque algunos usan este testimonio para probar que Gregorio 465 se reveló como el autor del comentario sobre los Siete Salmos penitenciales. Pues lo que sigue: Ni quiero que mientras esté en esta carne, si algo me ha ocurrido decir, se haga fácilmente conocido por los hombres; muestra claramente que el santo Doctor no estaba hablando de su comentario sobre los Salmos, sino de otro, ya sea de Jerónimo, Agustín, Ambrosio, etc.

Sin embargo, no debe pasarse por alto que parece que algunas cosas fueron extraídas de este comentario por Paterio, discípulo de San Gregorio. Pues lo que él utiliza para explicar el primer versículo del salmo XXXI está en parte tomado de la exposición de este versículo en el comentario. Esto también lo reconoce Gussanvillaeus, quien al editar a Paterio, indica en el margen este comentario sobre los Salmos como la fuente de donde se extrajo la sentencia de Paterio.

Lo mismo se puede observar en el capítulo 68 de Paterio sobre los Salmos, donde Guss. señala que el lugar se encuentra en la explicación del salmo IV Penitencial. Esto parece probar que el erudito no estaba seguro de sí mismo y finalmente reconoció que el comentario sobre los Siete Salmos penitenciales debe atribuirse a Gregorio. También se debe creer que cambió de opinión sobre el comentario sobre el libro de los Reyes, que había negado a Gregorio, ya que en el capítulo 39 de Paterio sobre los Salmos señala en la nota marginal que se encuentra en el libro I, capítulo I de los Reyes.

En esta edición hemos añadido los títulos de los salmos omitidos en todas las demás ediciones, prefijándolos a los prólogos, porque hemos observado que estos prólogos fueron

añadidos para su explicación: de modo que, a menos que se lean primero los títulos, difícilmente se puede entender la intención del autor que los prefacia. Hemos observado lo mismo en la edición de otras obras gregorianas.

## EXPOSICIÓN DE SAN GREGORIO MAGNO, PONTÍFICE ROMANO, SOBRE LOS SIETE SALMOS PENITENCIALES. (C,G,S)\*

### 466 PRÓLOGO AL PRIMER SALMO PENITENCIAL.

Al final, en los Cánticos, Salmo de David para el octavo.

Si aquel rey y profeta, David, fue llamado convenientemente fuerte de mano, porque mató a un oso, asfixió a un león, derribó al fortísimo Goliat con el golpe de una sola piedra, y sometió a innumerables naciones bajo el dominio de su imperio (I Reg. XVII); no es incongruente aceptar con el mismo nombre a un alma santa, que mató en sí misma a aquel que, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar (I Petr. V). Y si alguna vez la ataca como un fuerte armado en combate abierto, lo derriba con el golpe de la piedra que los constructores rechazaron, somete las pasiones del cuerpo y las convierte en oficios de virtud (Luc. XI, I Petr. II). También llamamos salterio a esa misma alma acostumbrada a los ejercicios espirituales. Así como ese instrumento musical triangular de diez cuerdas se toca por debajo, pero parece sonar por encima; así el alma, formada por la fe en la Santa Trinidad, instruida en los diez mandamientos de la Ley, es golpeada por debajo y se escucha por encima; porque cuando alguien aflige perfectamente la carne, entonces ofrece a Dios un melodioso canto en dulzura. Por lo tanto, por salmo entendemos las meditaciones, alabanzas y alegrías concebidas en el alma sobre Dios, así como llamamos salmo al canto de ese instrumento musical. Este salmo, es decir, esta meditación, se atribuye a David, es decir, al alma fiel ejercitada en virtudes; al alma que tiende al fin, es decir, a Cristo, que es el principio y el fin (Apoc. XXI). Cristo se llama fin, ya sea porque es la consumación de la Ley y los Profetas, como él mismo testificó colgado en la cruz, cuando, después de beber vinagre y hiel, dijo: 467 Está consumado (Juan XIX, 30). O porque es la perfección de todos los bienes, ya que ningún bien se perfecciona, a menos que se solidifique en el sumo bien. Así como no nos basta buscar otros buenos, a menos que nos esforcemos por llegar al conocimiento de él: así, una vez encontrado, ya no se busca otro mejor, porque toda criatura se encuentra inferior a él, bajo cuyos pies el Padre ha sometido todas las cosas. Este salmo se dice que es para el octavo, porque se canta al Señor en consideración de la futura resurrección. Todo el tiempo de la vida presente se desarrolla en siete días; y por eso el día eterno, que vendrá después de cumplido el ciclo de estos días, se llama octavo. Y porque este salmo se canta en consideración del juicio final, se titula correctamente para el octavo. O porque sigue al fin de la generación carnal y espiritual, se llama octavo de la resurrección. Pues la carne consta de cuatro elementos, el alma se nutre de tres naturalezas. Es racional para discernir, concupiscible para desear virtudes, irascible para rechazar vicios. De esta ira se dice por el mismo profeta: Iraos, pero no pequéis (Salmo IV, 5). Porque cuando se levanta contra sí mismo, y encendido por el celo de la rectitud, se mueve virilmente contra las importunidades de los vicios, no ha pecado ante el juez interior. O según algunos, se llama octavo porque sigue a las seis edades de los que viven en este mundo, y a la séptima de los justos que duermen. Este salmo se considera en los himnos, como afirma el título; porque quien, tocado por el dolor del corazón, confesando sus pecados, rompe su corazón en penitencia, emite una dulce voz de exultación a los oídos del misericordioso Dios. Pues hay más alegría en los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que perseveran (Luc. XV). Y quien, por el deseo de indulgencia, anuncia sus iniquidades, dulcemente canta himnos en las moradas de los justos. 468 Por lo tanto, en este salmo habla

el alma fiel, considerando aquella octava, es decir, el día del juicio temible, contemplando con la mirada de la prudencia el terror de la divina justicia y la condenación perpetua de los réprobos. Y porque, desconfiando de sus méritos, no encuentra en sí misma cómo podría escapar de la ira de la divina venganza en ese terrible examen; audazmente, pero con confianza, se acerca al manantial de la misericordia, anticipando su rostro, prefiriendo ser quebrantada en esta vida por la penitencia y los castigos, que ser afligida en el futuro por los horribles tormentos de los suplicios. Escuchemos, pues, lo que dice, y siguiendo su ejemplo, acerquémonos con confianza al trono de la gloria de Dios.

## EXPLICACIÓN DEL PRIMER SALMO PENITENCIAL.

(Salmo VI.---Vers. 1.) Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira.

1. Ves cuán buen principio, cuán afectuoso, cuán lleno de gracia. En efecto, al llamar el Señor a él, muestra que debe tener misericordia por derecho propio. Porque es propio de los señores alimentar a sus siervos, no descuidarlos; corregir a los que delinquen, no matarlos; buscar a los que huyen, no abandonarlos. Señor, no en tu furor. Suele suceder que quienes incurren en la ira de sus señores, si desean reconciliarse con ellos, buscan patronos, solicitan intercesores, reclutan abogados. Pero esta alma, aterrada por el terror de aquel juicio terrible, encendida por el deseo del amor de Dios, no soporta demoras, rechaza la dilación; y si pospone por un momento acudir a Dios, considera que no podrá escapar de la condenación. Porque el deseo no lo soporta, y en la paciencia no tiene medida. Por tanto, reúne fuerzas, confía en la misericordia del Creador, y como si lo viera presente, se atreve a hablar. Como si dijera: Sé bien que por mis méritos soy excluido de tus ojos; pero sin embargo, soy menor que todas tus misericordias. Tú, pues, Señor, de quien no niego ser siervo, cuyos mandatos deseo obedecer, cuyo yugo suave no rehúso llevar, no me reprendas en tu furor. Aquí repréndeme más bien; mientras es tiempo de misericordia, corrígeme; mientras es día de salvación, actúa. Cualquiera que en esta vida es afligido con azotes, es corregido con mansedumbre; porque es enmendado con correcciones. Pero en aquel tremendo juicio, todo injusto es reprendido en furor; porque a la pena interminable no la acompaña ninguna indulgencia. Lejos esté de nosotros creer que hay furor en Dios. No sería inmutable si alguna necesidad de pasión pudiera conmoverlo. Pero como no podemos hablar de Dios sino según el modo humano, llamamos furor a la sentencia de condenación infinita. No porque en aquella severidad de justicia Dios se conmueva con alguna perturbación, sino porque en aquellos que deben ser quebrantados con doble contrición, son vengados irremediabilmente. No me reprendas en tu furor: no humano, no transitorio. El furor humano, así como pasa rápidamente, así su vigor de poder no se extiende sino en los cuerpos; pero la observación de la venganza divina no solo multiplica las penas en el cuerpo y el alma, sino que también persevera inmutablemente en los condenados. Ni en tu ira me corrijas. Así como el furor es mayor que la ira, así reprender es mayor que corregir. Corregimos a aquellos a quienes amamos y enmendamos. Y porque después de la muerte de la carne, unos son destinados a suplicios eternos, y otros pasan a la vida por el fuego de la purificación; el alma fiel no solo teme el furor, sino que también aborrece la ira, como testifica el bienaventurado Agustín: Todos aquellos que no han puesto a Cristo como fundamento, son reprendidos en furor, porque son atormentados con fuego eterno. Pero aquellos que han puesto sobre el mismo fundamento madera, heno, paja, son corregidos en ira; porque purificados por el fuego, son llevados al descanso de la bienaventuranza (I Cor. III). Diga, pues, el alma fiel, considerando lo que ha hecho y contemplando lo que ha de recibir: Señor, no me reprendas en tu furor, ni me corrijas en tu ira. Como si dijera abiertamente: Esto solo pido con toda la intención del corazón, esto deseo incesantemente con todos mis votos, que no me golpees en aquel

tremendo juicio ni con los reprobos, ni me aflijas con las llamas vengadoras con los que deben ser purificados. Y para que esto se haga:

(Vers. 2.) Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy débil: sáname, Señor, porque están turbados mis huesos.

2. Al repetir el nombre venerable, muestra que tiene el afecto de una piadosa súplica. Como si dijera: Tú, Señor, a quien me parece dulce invocar con frecuencia, ten misericordia de mí mientras es tiempo de misericordia. Aquí corrígeme misericordiosamente; aquí quebrántame con azotes; aquí quémame con el fuego de la tribulación. Y para que no encuentres en mí nada que deba ser vengado después del término de esta vida, te ruego que consumas con el fuego de tu amor toda la herrumbre de los vicios en mí. Y es necesario que hagas esto, porque estoy débil. Del pecado del primer padre he contraído la pena de una gran debilidad (Rom. VII): porque no hago lo que quiero, sino lo que odio, eso hago. Estoy débil, porque soy propenso al mal. Pero tú, Señor, médico veloz de las almas débiles, sáname, es decir, límpiame interiormente de toda mancha de vicios: porque están turbados todos mis huesos, es decir, las virtudes del alma están oscurecidas y las virtudes debilitadas están turbadas a la vez. Porque la caridad se confunde, la humildad tropieza, la fortaleza se derrumba, la castidad es atacada. Por huesos entendemos las virtudes, por las cuales ciertamente sostenemos el alma. Así como en los huesos está la fortaleza de los cuerpos, así en las virtudes se encuentra la fuerza de las almas. Y claramente se comprende que toda alma es débil, a menos que esté sostenida por la fortaleza de las virtudes. Pues después de que el primer padre del género humano incurrió en culpa, cayó de aquella altura de mente en la que había sido puesto, perdió la claridad de la visión divina, perdió los dulcísimos manjares de las palabras de Dios, con los que era interiormente alimentado; abrió los ojos de la carne para ver lo obscuro y lo vil, que antes había oscurecido la agudeza de la mente, con la que contemplaba el resplandor de la luz suprema.

(Vers. 3.) Y mi alma está turbada en gran manera: pero tú, Señor, ¿hasta cuándo?

3. Y porque me siento débil, porque reconozco que mis huesos están turbados, mi alma, es decir, porque es mía, porque por mí está corrompida, porque por mí está débil y enferma, está turbada hasta el gemido, conmovida hasta la compunción y el lamento, con una turbación muy grande y variada. Porque está turbada, porque ha pecado, porque ha ofendido al buen Señor, porque ha perdido la vida, ha incurrido en la muerte. Pero tú, Señor, ¿hasta cuándo te turbas contra mí, porque he pecado, porque te he provocado a la ira pecando? O, tú Señor. Los demonios ciertamente son invasores, no señores, naturalmente prefieren mi perdición a mi salvación; pero tú, Señor, que no quieres la muerte del pecador (Ezequiel XXXIII): singularmente Señor, no abusivamente, sino propiamente: ¿hasta cuándo, es decir, cuánto tiempo tardas en sanar? He aquí que estoy ante la presencia del buen médico y capaz de curar, descubro mis heridas, emito súplicas, aumento mis dolores, derramo lágrimas. ¿Por qué entonces disimulas, cuando no tienes menos poder que voluntad? Aunque esto lo ocultes en tu corazón; sin embargo, sé que recuerdas todas las cosas. Toda curación cuanto más difícilmente se adquiere, tanto más cuidadosamente se guarda una vez adquirida.

(Vers. 4.) Vuélvete, Señor, y libra mi alma: sálvame por tu misericordia.

4. No te turbes más, te suplico; no más allá de lo que pido misericordia; más bien vuélvete, Señor. Así como mi alma se ha vuelto a ti por la turbación del arrepentimiento, así tú vuélvete a ella por la serenidad de la misericordia. Y vuelto, libra mi alma. La impiden las zarzas de las delectaciones carnales, la retienen las seducciones de las concupiscencias

mundanas; pero tú, que puedes hacer todas las cosas abundantemente más de lo que pedimos o entendemos (Efesios III), líbrala; con el fuego de tu amor, quema los matorrales de las voluptuosidades terrenales, en los que está atrapada; arrástrala con tu mano fuerte fuera de todo apetito de pecado. Sálvame por tu misericordia. No basta con que liberes mi alma de las voluptuosidades del mundo, si no me conservas de las tentaciones de los enemigos con la protección de tu virtud. Es deber del buen médico no solo restituir la salud, sino también conservarla con diligencia una vez restituida. Así pues, cuando hayas librado mi alma de los deseos carnales, dame perseverancia en el bien, para que no caiga de nuevo en las trampas de las tentaciones. Y esto por tu misericordia: no confiando en mis méritos, te suplico que me salves, sino presumiendo de tu sola misericordia, esperando obtener lo que no espero de mis méritos.

(Vers. 5.) Porque en la muerte no hay quien se acuerde de ti: en el infierno, ¿quién te confesará?

5. Los pecados consumados engendran la muerte (Santiago I). Porque si no te vuelves, si no libras mi alma, si no me salvas, me dejas en la oscuridad de los pecados, es decir, en la muerte; y si estoy en la muerte, sin duda pierdo la memoria de ti. Y sé esto porque en la muerte no puedo en absoluto ser recordado de ti: porque no hay en la muerte quien se acuerde de ti. ¿Cómo se me concederá lo que a todos se les niega? En el infierno, ¿quién te confesará? Así como de la muerte el pecador llega al infierno, así de la multitud de pecados cae en el abismo de la desesperación. Por eso está escrito: El pecador, cuando llega al fondo de los males, desprecia (Proverbios XVIII, 3). El alma fiel, temiendo no ser escuchada, enumera las miserias que sufrirá si no es escuchada; para que se sacuda con el mayor temor y mueva a Dios más rápidamente a la misericordia. Dice, pues: En el infierno, ¿quién te confesará? Como si dijera: Digo, si no me libras, preveo que estaré en la muerte. Y no solo preveo que estaré en la muerte, sino que también reconozco que seré sepultada en el infierno, es decir, en la desesperación. Y si estoy en el infierno, percibo que no podré confesarte. Porque nadie en el infierno te confesará. Y esto es lo que dice bajo la apariencia de una pregunta: En el infierno, ¿quién te confesará? Es decir, nadie. Porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Eclesiástico XV, 9). De otra manera: Porque no hay en la muerte quien se acuerde de ti, te ruego que liberes mi alma de los deseos carnales, que militan contra ella (I Pedro II). Porque si no lo haces, me matarán; porque me separarán de ti, que eres mi vida. Porque así como tú eres lo mismo para el alma que el alma para el cuerpo; si no me adhiero inseparablemente a ti, necesariamente incurro en la muerte. Y si estoy en la muerte, no me acordaré de ti: porque no hay en la muerte quien se acuerde de ti. Así como la carne muerta no recuerda nada, así tampoco puede percibirte el alma separada de ti, Dios. No hay sociedad entre la luz y las tinieblas. Donde entra la memoria de ti, allí está la inmensa luz de la verdad. Sin embargo, esto puede entenderse de otra manera, como si dijera: El cuerpo incurable debe ser cortado con la espada, y la amputación de un miembro muerto en el cuerpo es más necesaria que la medicina. Pero yo no soy como un miembro muerto, al que la medicina no aprovecha, ni la diligencia le confiere nada. Porque soy memorioso de ti, es decir, de tu misericordia. Porque sé que eres médico, no dudo que eres misericordioso, reconozco que eres longánime, lo que no haría si estuviera en la muerte. Y esto se muestra por el todo, porque no hay en la muerte.

(Vers. 6.) He trabajado en mi gemido: lavaré cada noche mi lecho, con mis lágrimas regaré mi cama.

6. Había dicho antes, Sálvame, y es tiempo de que lo hagas; porque he trabajado en mi gemido. Está presente el miserable, que esté también la misericordia. Reconozco mi miseria,

no disimulo mi herida, no oculto mi pecado. Porque si no reconociera mi miseria, no trabajaría en gemir. Pero he trabajado, es decir, he actuado con diligencia, para estar en gemido, es decir, para que mientras viva, considere que debo gemir. Y he trabajado en mi gemido, es decir, de manera propia para mí. Porque no considero que nadie deba gemir como yo, porque me considero el mayor de los pecadores. Y porque no basta con comenzar bien, si no se esfuerza uno en perseverar en la buena obra, añade: Lavé cada noche, es decir, cada pensamiento tenebroso, mi lecho. Por lecho entendemos la conciencia; porque así como en el lecho descansamos, así en ella consentimos a la ley de Dios o a la ley del pecado. Y así como, oprimidos por los trabajos, descansando en el lecho nos reponemos, así mientras somos oprimidos por las adversidades de este mundo, nos deleitamos interiormente en la buena conciencia, como atestigua Pablo que dice: Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). Lava, pues, su lecho cada noche, quien limpia su conciencia de pensamientos tenebrosos con lágrimas de compunción. Y no solo purificaré la conciencia, sino que también con mis lágrimas regaré mi cama. Porque el lecho es vil, por él entendemos la carne. Y porque así como el lecho se sacude fácilmente, así la carne es variadamente movida por el ánimo débil, como dice el mismo profeta, Has sacudido todo su lecho en su enfermedad (Salmo XLII, 2). Riega, pues, su cama con lágrimas, porque con continuo luto y dolor, lava las manchas de la carne, y ablanda la dureza del corazón con el rocío de la compunción; para que así como el jardín, al recibir la suave lluvia, germina visiblemente, así la carne regada con el flujo de lágrimas, emite el germen de las buenas obras y la justicia. ¿Por qué ha trabajado, añade la causa, como si dijera: Por eso he trabajado, por eso he gemido, porque,

(Vers. 7.) Mi ojo está turbado por el furor: he envejecido entre todos mis enemigos.

7. La naturaleza humana, creada a imagen y semejanza de Dios (Gén. I), por la culpa de la transgresión fue expulsada de la claridad de la contemplación divina, así como perdió la bienaventuranza de la inmortalidad eterna, así oscureció el ojo interior del alma, es decir, el racional. Y porque después no quiso discernir el bien del mal, queriendo después saber qué debía seguir y qué evitar, no pudo (I Juan III). Y porque no retuvo a aquel que es luz, y en quien no hay tinieblas, así como en la noche, así después en el mediodía palpó. Diga, pues, el alma fiel: Mi ojo está turbado por el furor: porque no tuve la voluntad de discernir correctamente, por el furor, es decir, la sentencia de condenación, perdí la misma capacidad de elegir. O también el ojo de aquel está turbado por el furor, porque teme el día del juicio tremendo, ser condenado. Porque cuando considera que lo que cada uno ha hecho, porque allí ha sido recibido, el terror del juicio mismo perturba la mente que lo prevé, consciente de sus males. Y porque no teme venir a aquel juicio, sino aquel a quien la conciencia acusa de pecados, por eso añade: He envejecido entre todos mis enemigos. Como si dijera: Por eso temo ser llevado a aquel terrible examen, porque por la costumbre y perseverancia en las obras perversas, no me reconozco como un pecador nuevo, sino viejo. Porque estando entre mis enemigos, es decir, los espíritus malignos; porque no rechacé sus sugerencias, consintiendo en ellas, envejecí en las obras de las tinieblas. Es decir, he vuelto a la desobediencia del hombre viejo. Me he hecho comparable a una vestidura vieja. Porque así como la vestidura vieja no añade ornato, ni repele el frío; así yo no puedo expulsar el frío de la tentación, ni adorno las almas de los prójimos con la palabra de la doctrina. O, he envejecido habitando entre mis enemigos, enemigos de la fe católica y de la religión cristiana.

(Vers. 8.) Apartaos de mí todos los que obráis iniquidad: porque el Señor ha escuchado la voz de mi llanto.

8. ¿Qué sociedad hay entre la luz y las tinieblas? ¿Qué convenio hay entre Cristo y Belial? ¿O qué parte tiene el fiel con el infiel? (II Cor. VI, 15). Porque así como quien sigue al diablo, desprecia con afecto y obra la compañía de los santos; así quien se adhiere perfectamente a Dios, de ninguna manera admite la compañía de los impíos. Porque he envejecido conversando entre mis enemigos, para que no aparezca más en mí nada de vetustez, para que la conversación de los enemigos no me imprima la marca de la transgresión; vosotros que obráis iniquidad, que descuidáis confesar vuestras culpas, que perseveráis impenitentes en malas obras, apartaos de mí aquí con afecto, aquí alejaos de mí con la disimilitud de las obras; para que porque os apartáis de Dios aquí con el ánimo, también en el futuro os apartéis de mí con el cuerpo. Apartaos, para que no comunique más con vuestras obras iniquas: Porque el Señor ha escuchado la voz de mi llanto. He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? (Cantar de los Cantares V.) El Señor ha escuchado la voz de mi llanto; porque me ha limpiado de toda contaminación de carne y espíritu. ¿Cómo ha sido escuchado, lo muestra:

(Vers. 9.) El Señor ha escuchado mi súplica: el Señor ha recibido mi oración.

9. El Señor ha escuchado mi súplica, perdonando los pecados. El Señor ha recibido mi oración, dando perseverancia; como si dijera: No solo al que llora por sus pecados le ha concedido el perdón de sus delitos, sino que también para que no los cometa de nuevo, le ha concedido la abundancia de su gracia. Había dicho antes: Apartaos de mí todos los que obráis iniquidad. Pero porque la caridad no busca lo que es suyo (I Cor. XIII); y de aquí se muestra que es verdadera cuando se ama al que se opone, por eso añade:

(Vers. 10.) Sean avergonzados y turbados en gran manera todos mis enemigos: conviértanse y sean avergonzados muy rápidamente.

10. Aquel que verdaderamente tiene caridad, ama tanto al amigo en Dios como al enemigo por Dios. De aquí que la Verdad misma dice: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian (Lucas VI, 27). Para que no pase por alto con oído sordo los preceptos del Señor, el alma escuchada ora por sus enemigos: Sean avergonzados y turbados. Porque por los pecados que había cometido, me avergoncé; avergonzándome, trabajé en mi gemido, siendo escuchado obtuve el perdón. Y ojalá que por mi ejemplo se avergüence cualquiera que entienda que ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios (Gén. I) y reconozca cómo lo ha desfigurado pecando. Si al mirarse a sí mismo, considera tanto la belleza que ha perdido como la fealdad con la que se ha cubierto como con un color muy horrible, de la calidad de sus obras, a menos que sea una piedra, se avergüenza. El alma noble, si alguna vez ha admitido manchas de pecado, sin embargo, no rechaza completamente la vergüenza de sí misma. Porque también es verdadero indicio de desesperación abierta, si la vergüenza no sigue al pecado. Por eso, bajo la figura de Judá se dice al alma que desprecia: Se te ha hecho frente de mujer prostituta, no quisiste avergonzarte (Jeremías III, 3). Porque quien, despreciando el temor de Dios, acumula pecados sobre pecados, ciertamente endurece su frente como una prostituta.

11. Pero porque es insuficiente avergonzarse de la vida pasada, a menos que uno también se esfuerce por corregir lo que ha cometido mediante el arrepentimiento, añade: Y que se turben vehementemente. Cualquiera que considere la magnitud de su pecado, enojado consigo mismo, se castiga severamente por lo que ha hecho, se turba vehementemente a través de las lágrimas de la contrición. Y dado que a través del dolor del arrepentimiento se llega a la conversión de la vida, inmediatamente se añade: Que se conviertan. Sin duda, aquel que se convierte a Dios, intenta siempre dirigir tanto sus pensamientos como sus acciones hacia

Dios. Y puesto que el tiempo es breve, y el fin de los pecados es la muerte; para que nadie piense que está en el poder del hombre corregir sus caminos cuando quiera, repite: Que se avergüencen, de haber pecado, que se avergüencen de haber postergado la conversión. Y que lo hagan muy rápidamente. Porque el día del Señor vendrá como ladrón en la noche (II Pedro III, 10). Por eso también Salomón dice: No tardes en convertirte al Señor, ni difieras de día en día (Eclesiástico V, 8).

## PRÓLOGO AL SEGUNDO SALMO PENITENCIAL.

De David, un entendimiento.

Como ya hemos dicho antes, por David se entiende el alma fiel, a la cual se le atribuyen convenientemente tanto la interpretación del nombre como la magnificencia de las obras. Por lo tanto, el alma fiel debe entender lo que se dice en este Salmo, y nunca apartarse de este entendimiento. El entendimiento de David en este salmo es que nadie se enorgullezca de sus méritos antes de la fe, que son nulos; nadie, habiendo recibido la fe por gracia, presume de la impunidad del pecado; nadie atribuya a sí mismo el bien que hace, sino a la gracia de Dios; nadie, por la pereza de la desidia, se vuelva perezoso en la buena obra. Veamos ahora qué dice.

## EXPOSICIÓN DEL SEGUNDO SALMO PENITENCIAL.

(Salmo XXXI.---Vers. 1.) Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos.

1. Como si dijera: Aunque todos desean ser bienaventurados, diferentes personas tienen diferentes opiniones sobre la bienaventuranza; y siguiendo el error de sus deseos, proponen llegar al puerto de la bienaventuranza por caminos desviados. Pero cualquiera que sea su opinión, esto es lo cierto, esto es lo católico, que solo son bienaventurados aquellos cuyas iniquidades originales son perdonadas por el bautismo: y cuyos pecados actuales cometidos después del bautismo son cubiertos. Si el enfermo cubre sus heridas, ¿cómo le aplicará el médico la medicina? ¿No es cierto que si comienza a ocultar la herida, se pudre más extensamente por dentro? Así también el pecado, a menos que se descubra por la confesión, se expande letalmente en lo más íntimo. Y así como una herida no mostrada también infecta la carne sana con putrefacción, así el pecado, a menos que se revele confesándolo, corrompe incluso los bienes que hay allí. Porque no son aceptables a Dios los bienes que se manchan con la mezcla de males. Pero una cosa es lo que el hombre pecador cubre por obstinación, y otra lo que Dios misericordioso cubre por remisión. El médico cubre la herida que ha de sanar con medicina, Dios cubre el pecado con la caridad, que cubre la multitud de pecados (I Pedro IV, 8). Si alguien desea que sus pecados sean cubiertos, que los muestre a Dios mediante la voz de la confesión. Sin embargo, hay algunos pecados que, mientras se vive en esta vida, incluso los hombres perfectos apenas o de ninguna manera pueden evitar. Los hombres santos tienen algo que deben cubrir en esta vida; porque es completamente imposible que nunca pequen en palabra o incluso en pensamiento. Por lo tanto, los hombres de Dios se esfuerzan por cubrir las culpas de los ojos y de la lengua con los méritos de la vida, se esfuerzan por oprimir con el peso de las buenas obras las palabras desmedidas. Pero, ¿cómo es posible que en los elegidos sus transgresiones sean cubiertas, cuando no pueden ser ocultadas a aquel ante cuyos ojos todas las cosas están desnudas y abiertas? (Hebreos IV, 13). Pero porque lo que se cubre se pone debajo, y algo más se superpone para que lo que está debajo se cubra; decimos que cubrimos los pecados cuando los rechazamos poniéndolos debajo. A los cuales, sin duda, superponemos como una cubierta, cuando nos vestimos con el

manto de las buenas obras. Por lo tanto, cubrimos los pecados si superponemos buenas acciones a los malos actos.

(Vers. 2.) Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa pecado, y en cuyo espíritu no hay engaño.

2. Si nos juzgáramos a nosotros mismos, ciertamente no seríamos juzgados. Si nos imputamos nuestros pecados, Dios no nos los imputa (I Corintios XI, 31). Si los castigáramos satisfaciendo, no encontraríamos a nadie que nos castigue en el futuro. Adán no quiso imputarse su pecado cuando arrojó su culpa sobre el Creador, diciendo: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y comí (Génesis III, 12). Por lo cual, al negarse a confesarse culpable, envió a sus descendientes la sentencia de condenación mortal. Pero nadie puede juzgarse a sí mismo, a menos que asuma un ánimo viril para perseguir los vicios, como se dice por el mismo profeta: Perseguiré a mis enemigos, y los alcanzaré, y no me volveré hasta que desfallezcan (Salmo XVII, 38). Porque el que es blando y disoluto en su obra, es hermano del que disipa sus obras (Proverbios XIII, 9). Por eso dijo: Bienaventurado el hombre. Como si dijera: Nadie puede levantarse para esta obra, a menos que tenga las fuerzas de la santa fortaleza. Porque, ¿qué hay más fuerte que someter todos los movimientos de su alma a la razón, frenar todos los deseos de la carne con la virtud del espíritu, rechazar las propias voluntades, amar lo que no se ve despreciando lo visible? Por eso también Salomón dice: Mejor es el paciente que el hombre fuerte; y el que domina su ánimo, que el que conquista ciudades (Proverbios XVI, 32).---Y en su espíritu no hay engaño. A aquel ciertamente no se le imputará pecado, en cuyo espíritu no se encuentra el engaño de la mentira: que no simula ser justo, que no oculta lo que ha cometido en secreto. En el espíritu del publicano que subía al templo, no había engaño: porque al querer aplacar al juez a quien no pasan desapercibidos los secretos, no se avergonzó de confesarse pecador. Dijo: Dios, sé propicio a mí, pecador (Lucas XVIII, 13). Por lo tanto, descendió más justificado que el que se jactaba de la enumeración de sus méritos. De hecho, el justo al principio de su discurso es acusador de sí mismo (Proverbios XVIII, 17). En el espíritu del fariseo, sin embargo, había engaño, que deseaba más parecer justo que serlo. Por lo tanto, al callar lo que debía clamar, el miserable proclamó lo que debía callar. Y por la soberbia, si había en él algún mérito, lo disminuyó, quien despreciando humillarse, aumentó sus pecados. Sigamos, pues, el ejemplo de este publicano, anticipemos el rostro de este juez en la confesión, y derramemos ante él nuestros corazones, levantando manos puras sin ira y disensión, en hábito ordenado, con modestia y sobriedad: para que, siendo susceptibles a toda tentación, no podamos escapar de la mano del juez, por la confesión purificados, experimentemos la clemencia del misericordioso (I Timoteo II, 8, 9).

(Vers. 3.) Porque callé, se envejecieron mis huesos, mientras clamaba todo el día.

3. Aquel en cuyo espíritu no hay engaño es bienaventurado: por el contrario, aquel en cuyo espíritu hay engaño es infeliz. Y esto debe creerse por mi experiencia: pues se envejecieron mis huesos, porque callé, mientras clamaba. Por huesos entendemos sin duda las virtudes, porque por ellas sustentamos el alma, así como el cuerpo por los huesos. Que ciertamente se envejecen cuando se debilitan por el estado de su fortaleza. Así como las infestaciones de enfermedades del cuerpo debilitan los huesos, las turbaciones importunas de los vicios debilitan las virtudes del alma. Dice, pues: Se envejecieron mis huesos. Como si dijera: Las virtudes y la justicia, o la razón y la inteligencia, están tan debilitadas en mí, que ni siquiera puedo resistir a los vicios por mí mismo, ni sostener el alma enferma y cayendo hacia lo bajo con la fortaleza de las virtudes. Y porque no quise llegar al hombre nuevo por la humildad de la confesión, permanecí en la debilidad del viejo por la jactancia de la arrogancia. ¿Por qué se

envejecieron? Explica la causa cuando dice: Porque callé, mientras clamaba todo el día. Como clamar y callar son opuestos entre sí, ¿cómo puede ser que alguien calle y clame? Pero ciertamente calla y clama aquel que cubre sus pecados con silencio, pero exalta sus méritos con la voz de la magnificación. O ciertamente calla y clama aquel que no anuncia sus pecados pasados por la confesión, y con un corazón impenitente no cesa de cometer otros, habiendo recibido la libertad de pecar. Porque el pecado es un clamor, lo testifica la Escritura que dice: El clamor de Sodoma y Gomorra ha llegado hasta mí (Génesis XVIII, 20). Y de nuevo: Descenderé a ver si han consumado con sus obras el clamor que ha llegado hasta mí (Génesis XVIII, 21). El pecado con voz es culpa en acción: el pecado con clamor es culpa con libertad. Mientras clamaba todo el día. Clama todo el día aquel que desea ser alabado por toda buena obra que hace; o también clama todo el día aquel que no teme pecar públicamente.

(Vers. 4.) Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano: me convertí en mi aflicción, mientras se clavaba la espina.

4. Así como por la noche entendemos las obras de las tinieblas, así por el día, la luz de las buenas acciones. Por lo tanto, quien no cesa de pecar, y se enorgullece al preferirse a los demás por sus buenas obras, incurre en la ira del poder divino de día y de noche. O de día y de noche, es decir, en la prosperidad y en la adversidad. Se agravó sobre mí tu mano. Porque en las adversidades sucumbí, y en las prosperidades me ensalcé demasiado, provoqué sobre mí la ira de tu poder. Me convertí en mi aflicción, mientras se clavaba la espina: porque tu mano, que humilla a los soberbios, exalta a los humildes, se agravó sobre mí. Me deprimió a mí, soberbio; porque no solo permitió que el pecado me dominara, sino que también me hizo difícil la justicia de la que me gloriaba demasiado. Por eso me convertí en mi aflicción. Porque creyéndome rico y sin necesidad de nada, al volver a mí mismo, reconocí cuán miserable e infeliz soy. Y esto hice, mientras se clavaba la espina. Por espina se entiende todo pecado, porque mientras confiere deleite, como pinchando lacera la mente. Entonces el alma del penitente se lleva al lamento, cuando la maldad cometida se retiene fija en la memoria. En otra traducción no se dice que la espina se clave, sino que se rompa: porque ciertamente la mente se vuelve al llanto para que la compunción del pecado se rompa arrepintiéndose. Pero cómo se convirtió, lo muestra cuando añade:

(Vers. 5.) Mi delito te hice conocer, y no oculté mi injusticia.

5. Aunque todas las cosas están desnudas y abiertas a tus ojos (Hebreos IV, 13), sin embargo, porque con la boca se hace confesión para salvación (Romanos X, 10), te hice conocer mi delito, diciendo que es mío. Porque a mí, que delinquí, me lo imputo, clamo que solo yo soy culpable en la maldad de mis obras. Hacer conocer el delito es más que manifestarlo. Aquel que hace conocer el delito no solo anuncia lo que hizo, sino que también narra toda la causa y origen del pecado. No habla superficialmente del pecado, sino que confiesa cuándo, dónde y cómo; y si pecó por ignorancia, por casualidad o por intención. Y no oculté mi injusticia. No retuve ningún escrúpulo de dolo en mi corazón: manifesté que era injusto todo lo que tenía. Porque todo don perfecto y toda dádiva buena descienden de lo alto. Te hice conocer mi delito, y no oculté mi injusticia (Santiago I, 17). No solo manifesté lo que delinquí, pasando por alto los bienes que debía haber hecho; sino que narré todo lo que cometí, haciendo los males que debía haber evitado.

(Vers. 6.) Dije: Confesaré contra mí mi injusticia al Señor; y tú perdonaste la impiedad de mi pecado.

6. Que te hice conocer mi delito, que no oculté mis injusticias, no fue por necesidad, ni por ocasión de alguna ligereza, sino por premeditación de arrepentimiento y confesión. Pues dije, es decir, en mi corazón decidí: Confesaré contra mí mi injusticia al Señor. Confiesa contra sí mismo quien confiesa completamente lo que revela. Quien en la confesión del pecado no se perdona a sí mismo; lo que pecó, no lo imputa a Dios, no lo anota a Dios, no lo atribuye a la fortuna, no lo asigna al diablo, no lo atribuye a la constelación. En esto, sin embargo, cree que escapará, si enojado consigo mismo se acusa sin moderación. Y tú perdonaste la impiedad de mi pecado. Observa cuán grande es la velocidad de la indulgencia vital, cuán grande es la recomendación de la misericordia de Dios, que el deseo del que confiesa es acompañado por el perdón, antes de que la penitencia llegue al castigo; antes de que el perdón llegue al corazón, que la confesión estalle en voz. Tú perdonaste la impiedad de mi pecado. Tú que solo perdonas, que solo perdonas los pecados: ¿quién puede perdonar los pecados, sino solo Dios? (Lucas IV, 21). Perdonaste la impiedad de mi pecado; arrojaste tras de ti todos mis pecados (Isaías XXXVIII, 17). No solo perdonaste el pecado, sino también la misma impiedad, la intención de la operación perversa; para que ya no quede en mi corazón ninguna raíz de malicia, de la cual pueda crecer de nuevo el germen de la acción pestilente.

(Vers. 7.) Por esto orará a ti todo santo en el tiempo oportuno.

7. Está escrito que nadie está sin pecado, ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job XIV, 41, según la LXX). Y de nuevo Job testifica que los cielos no son puros a sus ojos, y en sus ángeles encuentra maldad (Job XV, 15; IV, 18). Cuanto más alguien elegido sobresale en santidad, tanto más se duele de esos pecados veniales sin los cuales esta vida no se lleva. Pero, ¿quién más santo que Pablo, que aunque se deleitaba en la Ley de Dios según el hombre interior, y veía otra Ley en sus miembros que se oponía a la Ley de su mente, se lamenta exclamando que es miserable, y desconfiando de sí mismo, espera ser liberado del cuerpo de esa muerte por la gracia de Dios? (Romanos VII.) El mismo no era consciente de nada en sí mismo, pero no creía estar justificado en esto (I Corintios IV, 4). Porque los hombres santos, aunque ya poseen grandes virtudes, todavía tienen algo de la oscuridad de la culpa que deben golpear. Y aunque ya brillan con gran claridad de vida, sin embargo, arrastran involuntariamente algunas nubes de pecado, como ciertos restos de la noche. Esto se hace por la disposición de la divina piedad, para que quien ha dispuesto ascensiones en su corazón, sea mejor elevado a la altura de la humildad por su propia debilidad (Salmo LXXXIII, 6): para que de donde sufre humildemente pequeñas reprensiones, de allí se fortalezca más verdaderamente en la virtud de la justicia; y cuanto más se siente pequeño en la cumbre de la virtud, más se siente pequeño, porque no expulsa con sus propias fuerzas incluso las pequeñas cosas que lo impiden. Por lo tanto, todo santo ora por el perdón del pecado: porque sin mancha de pecado solo se encuentra el hombre Jesucristo. De hecho, solo de él leemos que no tenía necesidad diaria, como los sacerdotes, de ofrecer primero sacrificio por sus propios delitos, y luego por el del pueblo (Hebreos VII, 27).

8. Pero para que no entiendas que se busca algo transitorio en la oración de los santos, se añade, A ti. Porque los elegidos de Dios, orando para llegar a Dios, lamentan incesantemente los excesos de su debilidad: porque de allí sienten la dulzura de la íntima reanimación, de donde emiten la fuerza del amor suavísimo a través de las lágrimas. En el tiempo oportuno. He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación, dice el apóstol (II Corintios VI, 22). Tiempo oportuno, tiempo de gracia, día de remisión, plenitud de los tiempos (Efesios II, 4): en el cual por su gran amor con que nos amó Dios, envió a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la Ley: para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción de hijos (Gálatas IV, 5). Pero, ¿qué significa que dice: En el tiempo oportuno? ¿Acaso antes del advenimiento de Cristo no existieron santos que oraran por esta

ignorancia suya y del pueblo? Claro que existieron; pero porque esperaban que él mismo viniera en carne, y sabían que solo él era su Salvador, sin duda fueron salvados por su fe. Y ya habían recibido en su corazón ese tiempo oportuno; porque suspiraban por él con todo el deseo de su corazón sin vacilar.

(Vers. 8.) Sin embargo, en el diluvio de muchas aguas, no se acercarán a él.

9. Agua profunda, palabras de la boca del hombre (Proverbios XVIII, 4). Y de las invenciones de los herejes está escrito: Las aguas robadas son más dulces (Proverbios IX, 17). Por el diluvio de aguas, entendemos la multiplicidad de doctrinas. De las cuales Pablo no prohíbe, diciendo: No os dejéis llevar por doctrinas diversas y extrañas (Hebreos XIII, 9). Porque quien recibe novedades heréticas y profanas, se aleja mucho de la verdad. Y cuanto más no se acerca a la orilla de la misericordia de Dios, más se lanza a la tempestuosa oscuridad de las disputas, recibiendo todas las necedades de las charlas vanas. Por lo tanto, no es tiempo oportuno para aquellos que, inflados por su estúpida sabiduría, irritan más a Dios por la blasfemia de sus vanas afirmaciones, de donde debieron aplacarlo. Y excusando excusas en los pecados, no encuentran remedio para llegar a Dios, a quien podrían tener aplacado por el camino de la confesión.

(Vers. 9.) Tú eres mi refugio de la tribulación que me rodea: mi exultación, líbrame de los que me rodean.

10. Como si dijera: Aquellos en el diluvio de aguas, es decir, en la multiplicidad de doctrinas y excusas, no se acercarán a ti; pero yo, que hice conocido mi delito ante ti, que no oculté mis injusticias, que no me desvíe de la unidad de la fe, que desconfiando de mí mismo, confío en la multitud de tus misericordias, me acerco a ti por la humildad de la confesión. Pues tú eres mi refugio. Maldito el hombre que pone su esperanza en el hombre (Jer. XVII, 5); y bendito el hombre que confía en el Señor. Me atacan las tentaciones de la carne, me rodean pasiones vergonzosas, me perturban los tumultos desordenados de los deseos; pero cuanto más desprecio todo, más seguro estoy, al sentirme vil, confiando solo en la fortaleza de tu virtud. Mi alegría, líbrame. En la claridad de la contemplación divina, las mentes de los elegidos, cuanto más soportan los tumultos de las cosas temporales, tanto más dulcemente exultan en la meditación de la felicidad eterna que está por venir. Y cuando las desigualdades de la perversidad mundana comienzan a amargarles, entonces por primera vez pueden sentir la dulzura de la paz interior. Y como no recogen del mundo más que frutos de tristeza, consideran a Dios como su única alegría. Sin embargo, como dice el Apóstol, Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución (II Tim. III, 12); por eso se añade: Líbrame de los que me rodean. Pues el alma santa, herida por los dardos del amor divino, cuando comienza a suspirar por Dios, cuando se extiende hacia la patria celestial por el deseo, todo lo que antes consideraba amigo y agradable en este mundo se convierte en tentación; porque quienes solían amar al pecador, cruelmente atacan al que vive rectamente. Las antiguas voluptuosidades también regresan a la memoria y afligen al que resiste con la perturbación de un abierto y grave combate. Por tanto, ora para que en todas estas cosas tenga el auxilio de la liberación de Dios, temiendo no sucumbir vencida por el cansancio de su fatiga.

(Vers. 10.) Te daré entendimiento, y te instruiré: en este camino por el que andarás, fijaré mis ojos sobre ti.

11. Lo inferior depende de lo superior. Pues el profeta había dicho antes: Remitiste la impiedad de mi pecado: ahora inserta las palabras de la divina propiciación, en las que significa que no solo ha obtenido el perdón de los pecados pasados, sino que también se le ha provisto divinamente de cautela para los futuros, diciendo: Te daré entendimiento, y te instruiré. El hombre, cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado con los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos (Sal. XLVIII, 21). Nosotros, que perdimos la dignidad de la naturaleza racional al enorgullecernos contra los preceptos de nuestro Creador, por la gracia del Espíritu Santo infundida en nuestros corazones, que el pecado había oscurecido en nosotros, recuperamos la luz de la inteligencia por la humillación de la confesión. Pues cuando nos acercamos al santuario del corazón, y consideramos cuán estricto será el juez que ahora es paciente y longánime; cuando levantamos los ojos de la mente para contemplar las recompensas de los Santos y la condenación de los inicuos; cuando, inciertos sobre el futuro, tememos caer; y llorando castigamos lo que hemos hecho mal; entonces, ciertamente, al recibir de Dios el entendimiento salvador, expulsamos de la morada de nuestro corazón las tinieblas de la ignorancia. Pero como es menos entender correctamente si no se esfuerza uno en cumplir con honestidad de costumbres lo que ha entendido correctamente, se añade: Y te instruiré. No te permitiré conocer superficialmente los secretos de mi voluntad; sino que también te concederé que realices el bien que has entendido, y que con cuidadosa consideración disciernas cómo debe hacerse. Pues hay algunos que ofrecen correctamente, pero no saben dividir correctamente, porque comienzan cualquier bien con recta intención, pero descuidan tener en la misma buena obra la virtud de la discreción. Estos, ciertamente, lo que bien comienzan, a menudo lo terminan con mal fin; porque incurren en culpa de crimen de donde pudieron haber tenido fruto de virtud.

12. Pero como nada es bueno de lo que comenzamos si no lo completamos con perseverante fin, se añade correctamente: En este camino por el que andarás, fijaré mis ojos sobre ti. Mientras vivamos aquí, estamos en el camino por el que nos dirigimos a la patria. Los espíritus malignos custodian nuestro camino como ciertos ladrones, y acechando nuestra obra, tienden por todas partes los lazos de su engaño. Por tanto, fácilmente tropezamos al caminar entre lazos, a menos que seamos guiados por la dirección de la sabiduría de Dios. En este camino no camina aquel que, deseando la abundancia de las cosas temporales o temiendo la escasez, se aparta del estudio de la operación recta. Pero como quien obra por el Espíritu de Dios no se corrompe por la desidia, no es repelido por el temor, no se cansa por el trabajo, no es incongruente añadir: Por el que andarás; porque ciertamente siempre avanza de virtud en virtud, quien no es superado por ninguna astucia del antiguo enemigo en el estudio de la operación santa. Sobre aquel, pues, que camina en este camino, Dios fija sus ojos; porque cualquiera que no se aparta de la intención del buen propósito, nunca carece de la mirada de la misericordia divina; para que siempre tenga en todo al que anhela con deseo de amor incesante como ayudador. Por eso también está escrito en otro lugar por el mismo profeta: Los ojos del Señor están sobre los justos (Sal. XXXIII, 16).

(Vers. 11.) No os hagáis como el caballo y el mulo: que no tienen entendimiento.

13. Los hombres santos, cuando superan sus males, cuando vuelan a contemplar las cosas celestiales con la perfección de sus buenas obras, consideran que nada es lo que hacen, a menos que también aparten a otros del error. Pues está escrito: La caridad no busca lo suyo (I Cor. XIII, 5). Por tanto, con la inspección de una discreción solícita, buscan en los secretos de los corazones la misma madre de las virtudes, la caridad, que ciertamente descubren que no la tienen, a menos que deseen que se otorgue a todos, incluso a los enemigos, lo que desean que se les conceda a ellos mismos. Por eso, el alma santa que no duda que sus pecados le han sido perdonados por la voz de la confesión, y fortalecida por el oráculo de la promesa divina, no

teme en lo que resta del camino incurrir en las insidias de los enemigos, se vuelve a hablar a los prójimos, y para que ellos no se encuentren excluidos de esta inmensidad de la piedad de Dios, los exhorta, diciendo: No os hagáis como el caballo y el mulo. Como si dijera: Puesto que la piedad divina os devuelve al estado de vuestra naturaleza, y la imagen de su semejanza que la desobediencia había destruido, la benignidad de nuestro Salvador la reforma en vosotros; no despreciéis las riquezas de la bondad de Dios, no os hagáis como el caballo que lleva indiferentemente a un jinete ajeno. Pues el caballo, así como recibe a su dueño para llevarlo, también sin discernimiento admite a otros jinetes que quieren montarlo. Por tanto, quien, dejando de lado el temor de Dios, que es el Señor de todos, se somete al poder diabólico, y entrega el alma, que debía ser sede de la sabiduría, al dominio de un falso señor, sin duda es como un caballo sin entendimiento. El mulo, por su parte, así como soporta la carga de su dueño, también se ofrece como carga a cualquier extraño. Por tanto, quien rechaza los preceptos de aquel Señor cuyo yugo es suave y cuya carga es ligera (Mat. XI, 30), y no rehúsa llevar las pesadísimas cargas de los pecados, ciertamente se muestra irracional como un mulo.

(Vers. 12.) Con bozal y freno constriñe sus mandíbulas, los que no se acercan a ti.

14. A menudo, quienes rehúsan escuchar con el oído del corazón los preceptos de Dios, son advertidos por los azotes de las persecuciones, para que los dolores de las penas los lleven al amor de la virtud, a quienes no invitan las recompensas de la vida eterna. De los cuales, ciertamente, está escrito: Solo la aflicción dará entendimiento al oído (Is. XXVIII, 19). Pues muchas veces el amante de este mundo presente es tan despreciado e impugnado por el mismo mundo que ama, que no puede correr con él, sino que, quebrantado por la adversidad, se debilita. Esto ciertamente se hace por la disposición misericordiosa divina: porque despreciado en este mundo, tanto más rápidamente es atraído hacia Dios, cuanto menos tiene en el siglo donde deleitarse. Por tanto, el alma fiel ora para que la virtud divina coarte con la adversidad mundana los caminos resbaladizos de los pecadores: para que no puedan seguir los deseos de su error; y de este modo, al volver en sí, al menos por la dificultad e impotencia de pecar, se arrepientan. También podemos entender por bozal y freno las palabras de la Ley divina: que, como a veces amenazan gravemente a los pecadores con el castigo, a veces suavemente los halagan con el perdón, cuando llegan a la boca de los fieles, refrenan sus pasos errantes a modo de freno y bozal. Constriñen las mandíbulas, porque reprimen la voz de la jactancia; mientras que quienes solían jactarse de sus méritos por el vicio de la soberbia, aprenden por la virtud de la humildad a confesar sus pecados. Y por qué desea tanto la conversión incluso involuntaria de los pequeños hombres, lo muestra cuando añade:

(Vers. 13.) Muchos son los azotes del pecador; pero al que confía en el Señor, la misericordia lo rodeará.

15. Pues quien, erguido por la soberbia, no cesa de aumentar sus pecados contra el Creador, es afligido aquí por los azotes de las adversidades, y en el futuro será igualmente quebrantado por una doble contrición (Jerem. XVII). Y si al pecador le sucede prosperar exteriormente en el cúmulo de su iniquidad, esto mismo es para él soportar los azotes de la divina retribución: porque ahora, ante los ojos de Dios, es interiormente derribado por el mismo hecho de ser exteriormente elevado por la falsa gloria ante los ojos de los hombres. Y su culpa se convierte en su castigo: porque verdaderamente caer interiormente fue lo mismo que exteriormente se muestra haber prosperado. Estas cosas ciertamente encuentran los que no confían: Pero al que confía en el Señor, la misericordia lo rodeará (Rom. VIII, 28). Pues a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien. Quien, fijo en el amor de las cosas celestiales, desprecia perfectamente el mundo, no sucumbe a ninguna vanidad, ninguna adversidad lo derriba;

ninguna prosperidad lo corrompe; progresa con los azotes: pues ya sea que borra los pecados que ha cometido, o evita los futuros que podría cometer. Y considera que todo es próspero para él, lo que los amantes del mundo consideran adverso.

(Vers. 14.) Alegraos en el Señor, y exultad justos; y glorificaos todos los rectos de corazón.

16. Como si dijera: Puesto que los que confían en el Señor están protegidos por el escudo de la misericordia divina, Alegraos en el Señor, y exultad justos (Is. XLVIII, 2). No es para los impíos alegrarse, dice el Señor: porque quien es vencido por el amor de las cosas terrenales, de ninguna manera se deleita en Dios. Y cuanto más arde alguien con más ardor por las cosas temporales, tanto más se enfría con un torpor condenable por las eternas. Por tanto, solo a los justos se les dice que se alegren en el Señor: porque quienes no aman a Dios con todo su corazón, no pueden alegrarse en Él mientras se deleitan en las cosas mundanas. Pues está escrito: Cualquiera que quiera ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios (Jac. IV, 4). Ni podemos aquí alegrarnos con el mundo, y allí reinar con Cristo. Pero solo los justos exultan en el Señor; porque han sido hechos fuera del mundo, de modo que ni desean prosperar en el mundo, ni temen sufrir adversidades, no tocados por el amor de las cosas presentes. Y es de notar que no solo dijo alegraos, sino que también añadió y exultad: para que entiendas que no pueden entristecerse en el cuerpo aquellos a quienes la claridad de la misericordia divina resplandece en la mente. Y glorificaos todos los rectos de corazón. Aquellos que tienen el corazón torcido hacia las cosas terrenales, no se glorían en el Señor: porque han puesto su esperanza en el mundo. Pero vosotros que dirigís vuestro corazón según la voluntad de Dios, debéis glorificaros en la esperanza de la bienaventuranza eterna: para que el que se gloria, se gloríe en el Señor (II Cor. X, 18). Pues esa es sin duda la verdadera gloria, que no es oscurecida por la pena de ninguna tristeza.

#### PROEMIO. EN EL TERCER SALMO PENITENCIAL.

Salmo de David en memoria del Sábado.

Sábado se interpreta como descanso. El género humano tuvo su sábado en el primer padre, quien mientras permaneció en la obediencia de su Creador, descansó en el suavísimo lecho de la contemplación divina. Pues el primer hombre, disfrutando de las delicias en el paraíso, así como no podía sentir hambre en el alma, tampoco conocía ninguna pasión que naciera de la carne. Pero después de que perdió la familiaridad del coloquio divino al pecar, sucumbiendo a las leyes de la muerte, perdió el descanso de la felicidad eterna; y cayó en las procelas de la inestabilidad mundana, porque despreció mantener el estado de rectitud. Por tanto, el alma fiel, recordando el descanso perdido en el primer hombre, y contemplando igualmente con agilidad de espíritu el futuro sábado de la vida eterna, desea ser liberada de toda corrupción del espíritu y de la carne, y ora para ser conducida sin demora al futuro descanso de la bienaventuranza indeficiente, al término de esta vida. Dice, pues:

#### EXPLICACIÓN DEL TERCER SALMO PENITENCIAL.

(Sal. XXXVII.---Vers. 1.) Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira.

1. Como si dijera: Sé que después de la salida de esta vida, unos serán purificados por las llamas purgatorias, otros sufrirán la sentencia de condenación eterna. Pero porque considero que ese fuego transitorio es más intolerable que cualquier tribulación presente, no solo deseo no ser reprendido en el furor de la condenación eterna, sino que también temo ser castigado en la ira de la purificación transitoria. Tú, pues, Señor, a quien sirvo en mi espíritu, a quien

reconozco como Salvador de todos, no me reprendas en el furor de la condenación perpetua, ni me castigues en la ira de la venganza purgadora. Sobre el furor y la ira, como hemos expuesto suficientemente en lo anterior (En el salmo VIII), consideramos superfluo tratar de nuevo, para no generar fastidio a los lectores repitiendo lo mismo. Y por qué no debe ser castigado en la ira, ni condenado en el furor, lo añade cuando dice:

(Vers. 2.) Porque tus flechas se han clavado en mí; y has afirmado sobre mí tu mano.

2. Cuanto más comienza uno a entender lo que ha perdido, tanto más comienza a llorar la sentencia de su corrupción que ha sufrido. Por tanto, el alma fiel, considerando lo que ha perdido, contemplando lo que ha encontrado, viendo que ha venido de los gozos del paraíso a las miserias de la vida presente, que ha pasado de la sociedad de los ángeles a las preocupaciones de las necesidades; piensa que está sujeta a peligros, que ha perdido pecando la gloria de la incorruptibilidad eterna. Sabe también que no puede evitar la muerte de ninguna manera, que podría haber vivido siempre si no hubiera pecado. Por tanto, se lamenta de que estas flechas estén clavadas en ella: porque ya nos es naturalmente impuesto lo que al primer hombre le fue infligido como castigo por la culpa. La mortalidad y la pasibilidad son flechas que ciertamente están clavadas en nosotros; porque mientras vivamos en este mundo presente, no podemos ser liberados de ellas de ninguna manera. Diga, pues, el alma fiel: Puesto que, hecho mortal por el pecado original, soporto la gran miseria de este mundo, y hago penitencia por mí mismo; tú que visitarás las iniquidades con vara, no llores todo de amargas; sino que, mientras lloro la pena del pecado en este mundo, al menos evite el terror de la retribución estricta en el futuro. Que debes hacer esto, has afirmado sobre mí tu mano. Así como un maestro diligente frecuentemente corrige al niño con el azote, así de mí nunca se aparta la mano de tu venganza. Por la mano del Señor, que dice estar afirmada sobre él, entiende la frecuencia y asiduidad de las miserias. La menciona para que tanto más fácilmente se adquiera el perdón en el futuro, cuanto mayor fue aquí la venganza infligida. También podemos entender por flechas las palabras de Dios, que ciertamente atraviesan nuestros corazones, cuando, profundamente clavadas en nosotros, nos hieren con la herida del amor de Dios. Cómo es continua esta pena que sufre, lo muestra diciendo:

(Vers. 3.) No hay salud en mi carne a causa de tu ira; no hay paz en mis huesos a causa de mis pecados.

3. La carne humana, desde que mereció la sentencia de maldición, no ha dejado de llevar la pena continua del pecado. Y porque su debilidad nos debilita incesantemente, la faz de la ira de Dios nos representa sin cesar. Pues llevamos un cuerpo mortal, sujeto a dolores, impedido por necesidades: que ciertamente las tentaciones solicitan, las preocupaciones angustian, las angustias quebrantan, las contriciones afligen; y que, aunque a veces parezca estar sano, se encuentra más enfermo por su misma salud. ¿Qué hay más débil que languidecer continuamente de hambre, debilitarse por la dificultad del sueño, disolverse por el frío, ser quemado por el calor? ¿Qué salud puede haber donde concurre tal multitud de males? Diga, pues, el alma fiel: No hay salud en mi carne. Para que sienta que el cuerpo es débil, que tan fácilmente lo cambia la desigualdad de las pasiones. Pero para que no entiendas que no se debilita en la mente por la pena del pecado, porque había dicho que no hay salud en su carne, añade: No hay paz en mis huesos a causa de mis pecados (Sal. I y Sal. II). Como ya se ha dicho, por los huesos entendemos las virtudes, porque sin ellos no tenemos ninguna fortaleza en el alma. Todas las virtudes se elevan mutuamente ante los ojos de Dios, y no son verdaderas virtudes si se separan unas de otras por alguna diversidad. Pues una virtud sin otra, o no es ninguna, o es mínima. Si la humildad abandona la castidad, o la castidad abandona la humildad, cuando Dios detesta tanto la soberbia como la impureza, ¿cómo será

aceptada ante sus ojos la castidad altiva, o la humildad impura? Pues los bienes no son aceptos a Dios cuando se manchan con la mezcla de males; porque un poco de levadura corrompe toda la masa (I Cor. V, 6); y quien ofende en uno, pierde muchos bienes; y quien sin humildad acumula virtudes, es como quien lleva polvo al viento. Porque las virtudes del alma son impugnadas por los vicios, o a menudo son deprimidas por la soberbia, se dice correctamente ahora: No hay paz en mis huesos a causa de mis pecados; y diariamente sufro la pena de los pecados, que contemplo en la misma faz de los pecados. Y porque siento la pena, recuerdo la culpa. O: No hay paz en mis huesos a causa de mis pecados; porque ciertamente mi alma no puede tener descanso, mientras tenga algún recuerdo del pecado.

(Vers. 4.) Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza; y como una carga pesada se han agravado sobre mí.

4. Como si dijera: No es de extrañar que no haya paz en mis huesos; pues mis iniquidades se han agravado sobre mí como una carga pesada. La iniquidad se asienta en un talento de plomo (Zac. V, 7). A menudo el alma se enciende con el deseo del amor de Dios, tanto que parece elevarse para aspirar a lo más alto; pero, como está oprimida por el pesado peso de los pecados, cuanto más se agrava interiormente por la conciencia de sus faltas, más rápidamente cae a lo más bajo. Y ciertamente se esfuerza por ascender a Dios con la virtud que puede, pero, agotada por su propio esfuerzo, se ve obligada a recaer. En verdad, anticipó la causa de tan gran gravedad cuando dijo: Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza. Pues si las iniquidades no superaran y trascendieran el principal de mi corazón, de ninguna manera me agobiarían con tanta depresión de obras perversas. Los hombres santos, cuando soportan tentaciones en la mente, refrenan el apetito ilícito del corazón con gran dominio de la virtud: para que, si en algún desliz consienten al tentador, ya no sean dueños de sus pensamientos, sino siervos de crueles amos. Pues cuando el alma comienza a someterse a las sugerencias diabólicas, cuanto más frecuentemente se somete al enemigo astuto, tanto más lo hace intolerable para sí misma; de modo que ya no puede resistirle en nada, quien en un olvido de sí misma le presta su consentimiento. Por tanto, es necesario vigilar con diligencia, para que cuando la culpa comience a golpear la mente, se observe qué fin sigue a la culpa cometida; no sea que, si no percibe los halagos de la mala sugestión, caiga inconscientemente en las tinieblas de la más malvada perpetración.

(Vers. 5.) Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices, a causa de mi insensatez.

5. El alma fiel que se lleva a sí misma, sin perdonarse, confiesa cosas aún peores de sí misma que las que había dicho antes, diciendo: Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices. Sobre una herida curada se forma una cicatriz, cuando se muestra la señal de la herida pasada en la piel reparada. Esta cicatriz necesariamente se corrompe si la carne sanada se hiere de nuevo. Cuanto más se extiende la desigualdad del cuerpo, tanto más difícil se muestra la eficacia de la curación. Pero, ¿qué se expresa por la herida, sino el pecado? ¿Y qué se designa por la cicatriz, sino la acción de la penitencia? Pues quien corrige el pecado con los lamentos de la penitencia, como si superpusiera una cicatriz a la herida. Pero si las maldades abandonadas arrastran de nuevo la mente al deleite, las cicatrices superpuestas a la herida se pudren. Pudrirse las cicatrices es que las heridas de los pecados ya sanadas vuelvan a reptar en tentación, y sentir deleite en su repetición. Pudrirse las cicatrices es sufrir de nuevo en el oculto del corazón el dolor de la culpa por las sugerencias de los pecados después de la piel superpuesta de la penitencia, y finalmente corromperse por la obra miserable como si se derramara un hedor. Y muestra por qué le sucedió esto cuando dice: A causa de mi insensatez. Así como la suma prudencia es que alguien, después de recibir la penitencia, se

prevea a sí mismo en el futuro con el estudio de una circunspección solícita, así es de una insensatez miserable dormir en la ambigüedad de esta vida como si se hubiera recibido seguridad. Por la insensatez, pues, de la negligencia, la herida ya sanada se pudrió; porque mientras la mente ingrata no quiso proveerse a sí misma en el futuro por el estudio de la vigilancia, comete más miserablemente los males que antes había rechazado.

(Vers. 6.) Me he vuelto miserable y me he encorvado hasta el final; todo el día entraba contristado.

6. Cuanto más despreciable es cada alma ante sus propios ojos, más preciosa se vuelve ante los ojos de Dios. ¿Y qué hay más infeliz que no reconocer su propia infelicidad, y no sentir ningún dolor de debilidad en medio de los mismos peligros de la vida? Pues así como los frenéticos soportan la alienación de la mente, cuando no solo creen que no sufren nada, sino que también se consideran sanos; así quien, rodeado de carne mortal, no siente las miserias de la vida presente, está alienado de la virtud de la sabiduría. Pues las innumerables miserias de la caída humana, así como hieren con dolor de tristeza grave los corazones de los justos, así deleitan con su misma importunidad las mentes de los inicuos. Pues cuando, abiertos a toda vanidad, solo piensan en las cosas de la carne, y realizan las causas de las lágrimas con júbilo, ejecutan el negocio de su muerte riendo. De los cuales ciertamente está escrito: Porque se alegran cuando han hecho el mal, y exultan en las cosas perversas (Prov. II, 14). Pero quien desea llegar al Sábado de la eterna quietud, considerando con circunspección la multitud de miserias que padece, humillándose a sí mismo, diga: Me he vuelto miserable y me he encorvado hasta el final. Se encorva hasta el final quien, codiciando las cosas terrenales, prolonga el estudio de la voluntad iniqua hasta el efecto de la obra perversa; y no solo no se eleva a las cosas celestiales por el grado de la obra, sino ni siquiera por el vuelo de la intención.

7. Pero porque a menudo la culpa es seguida por la penitencia, y muchas veces quien cae, añade el levantarse, sigue: Todo el día entraba contristado. Cuando la mente humana, rodeándose con temor solícito, a veces enumera los males que ha hecho; a veces recuerda los bienes que ha descuidado hacer; a veces ve que son reprobables las cosas en las que se ocupa; a veces considera que aún le faltan obras rectas: porque no encuentra remedio en sí misma para tantos males, se consume bajo el peso intolerable de la tristeza; y se desgarr a sí misma tanto más duramente en el pensamiento, cuanto más considera que el juicio que se avecina es terrible. Todo el día entra contristado quien considera una miseria si alguna vez la prosperidad del mundo le halaga engañosamente y de manera pernicioso, como en el Cantar de los Cantares el Esposo habla a la esposa, diciendo: Tus ojos son de palomas (Cant. IV, 1). Pues la paloma tiene gemido en lugar de canto. Porque los hombres santos, temiendo y lamentando los halagos del mundo, los soportan con luto y gemido, en los cuales los amantes del mundo exultan seguros y gozosos, la santa Iglesia se asemeja a las palomas; porque de allí todo santo gime con dolor, de donde cualquier iniquo se alegra con gozo. Por lo cual se dice por Salomón: A la risa la reputé como error, y al gozo dije, ¿Por qué te engañas en vano? (Eccl. II, 2). Y muestra por qué entra contristado en el camino de la vida presente, diciendo:

(Vers. 7.) Porque mis lomos están llenos de ilusiones; y no hay salud en mi carne.

8. En los lomos se contiene el deleite carnal, y de allí ciertamente se propaga la generación humana. Puedo, pues, tomar por lomos al alma; porque así como de los lomos proceden los deleites carnales, así del alma proceden todos los pensamientos. Luego, cuando se insinúa la tentación de la obra ilícita, el espíritu maligno se burla a través de las fantasías de pensamientos vanos. A menudo, en efecto, las mentes de los hombres santos son

contaminadas por pensamientos ilícitos; y ya tendiendo a lo más alto, son tocadas por los deleites de las cosas terrenales. A menudo también, en el mismo tiempo de oración, se les imponen importunamente, para que de algún modo puedan manchar ese mismo sacrificio que, en olor de suavidad, es acepto a Dios, siendo inmolado con corazón contrito y espíritu atribulado. Lo que nos insinúa claramente aquello que está escrito sobre Abraham (Gen. XV, 11), porque al ofrecer sacrificio al atardecer, soportó las aves que se acercaban, las cuales, para que no se llevaran el sacrificio ofrecido, se preocupó diligentemente de ahuyentar. Por tanto, si alguna vez ofrecemos sacrificio a Dios en el altar del corazón, cuidemos diligentemente de protegerlo de los espíritus malignos; no sea que las importunidades de las oscuras cogitaciones puedan alguna vez arrebatarnos lo que esperamos ofrecer útilmente a Dios. Lo que sigue: No hay salud en mi carne; es lo mismo que dice el Apóstol: No encuentro en mí, esto es, en mi carne, el bien (Rom. VII, 18). Pues todos los miembros del cuerpo que recibimos para el uso de la vida, los inclinamos hacia la materia del error. Porque dirigimos los ojos para ver cosas obscenas y torpes; acomodamos los oídos con gusto para escuchar detracciones; deseamos inhalar con las narices olores seductores; hablamos iniquidad en alto, y sembramos discordia entre hermanos; incluso reducimos la salud del cuerpo al uso de los vicios; finalmente, todo lo que podríamos usar útilmente para el servicio de Dios, lo convertimos en instrumento de obra perversa. No hay salud en nuestra carne; porque ninguna parte de nuestro cuerpo queda sin tentar, por la cual no nos tienta el deseo del pecado. Sigue:

(Vers. 8.) Estoy afligido y muy humillado: rugía por el gemido de mi corazón.

9. Pues quien había dicho, No hay salud en mi carne: para que no se piense que en el alma no sufre nada, añadió: Estoy afligido y muy humillado. Para que entiendas que está abrumado en el alma por el gravísimo peso de la iniquidad, quien ves afligido en la carne por tantas miserias y pasiones. Pues el pecado, así como atrapa la mente del pecador con redes de deleites, así también la oprime como con una carga superpuesta; de modo que ya no puede elevarse a lo sublime, porque la gravedad de la iniquidad la constriñe, como se dice por el Salmista: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo de corazón pesado? (Sal. IV, 3). Pues a menudo vemos los bienes que deben hacerse, y no podemos levantarnos hacia ellos con el deseo del corazón. Y si acaso la mente alguna vez comienza a anhelar el bien, la gravedad que soporta la obliga a caer, porque es por la pena del pecado que el alma débil es expulsada del bien que claramente se percibe por el juicio de la razón. De modo que, porque no puede ascender para contemplar la luz suprema, por exigencia de los pecados se deleita en yacer en las tinieblas; y la necesidad que la arrojó de lo alto, la retiene en lo bajo con deleite ilícito. Por tanto, está muy humillado quien, por la pena del pecado, no solo no apetece las cosas celestiales, sino que también se dedica con amor y deleite a las carnales y terrenales. Pero porque a menudo el alma se convierte a Dios tanto más rápidamente cuanto más lejos se ve separada de Él, se añade: Rugía por el gemido de mi corazón. El rugido es un gemido del corazón con gran dolor, porque cuanto más vehementemente sacude el ánimo del penitente, tanto más rápidamente asciende a los oídos de la misericordia divina. Y es de notar que dijo: Por el gemido de mi corazón, porque así como la pérdida de dinero y bienes genera dolor de carne, así la pérdida de virtudes confiere dolor al corazón.

(Vers. 9.) Señor, ante ti todo mi deseo, y mi gemido no está oculto de ti.

10. Tal es mi deseo, que es digno de estar en tu presencia. Porque deseo el descanso, por el cual siempre se debe orar, confío en que mi deseo está ante ti. Los hombres santos, porque despreciando la gloria del mundo, solo desean ser iluminados por la luz de la claridad suprema, siempre están en la presencia de la majestad divina. Pues cuando solo apetece las cosas celestiales, ascienden hasta contemplar a Dios por el deseo de la mente. Y porque

interiormente sienten cuán dulce es el Señor, nunca se apartan de Él por el estudio de una voluntad perversa. Pues si de alguna manera el profeta Elías se hubiera apartado de Dios, de ninguna manera habría dicho: Vive el Señor, ante cuyo rostro estoy (III Reg. XVII, 1). Por el contrario, de los reprobos se dice: No aparecerá en la presencia de Dios todo hipócrita (Job. XIII, 16). Pues el hipócrita de ninguna manera penetra los cielos, porque por la obra buena no busca a Dios, sino alabanzas humanas o ganancias transitorias. Y porque no dirige su deseo a Dios, se oculta de sus ojos bajo las sombras de la iniquidad. Pero quien por amor del espíritu apetece las cosas celestiales, muestra su intención a los ojos de Dios. Despreciemos, pues, las cosas terrenales, y amemos las celestiales, para que también nosotros podamos decir con el Profeta: Señor, ante ti todo mi deseo. Quien ama a Dios, solo a Él desea. Pero quien lo desea, no cesa de clamar a Él con la voz del corazón. Pues si no procediera un gran clamor del corazón del que desea a Dios, de ninguna manera se le habría dicho a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? (Éxodo XIV, 15). Así como, pues, cuando la caridad se enfría, el corazón calla respecto a los bienes, así emite un clamor cuando la caridad arde. Y es de notar que al decir deseo, precedió con todo, para que entiendas que ese deseo no puede agradar a Dios, que es manchado por el añadido de una voluntad perversa. Y mi gemido no está oculto de ti. Todo deseo se convierte en pena, si no ocurre pronto lo que se desea. Pues el deseo no soporta, porque como está escrito: A la codicia, la misma celeridad es lenta, y al ánimo deseoso nada se le apresura lo suficiente. Cualquiera que, pues, concibe en su corazón un deseo de Dios, porque no obtiene inmediatamente lo que desea, gime. Por tanto, con este ánimo, habiendo precedido el deseo, añadió inmediatamente el gemido, diciendo: Y mi gemido no está oculto de ti. Como si dijera: Porque apruebas el deseo que concibo de ti, por eso no ignoras el dolor que sufro por ello. Pues conocer de Dios es aprobar, pero no conocer es reprobar. A Moisés, en efecto, le dice: Te conozco por tu nombre (Éxodo XXXIII, 12). Y a los reprobos al final les dirá: No os conozco (Mat. XXV, 12). Por tanto, no está oculto de Dios el gemido que es acepto a aquel espíritu que es el discernidor de los pensamientos.

(Vers. 10.) Mi corazón está turbado en mí, me ha abandonado mi fuerza, y la luz de mis ojos, y ella no está conmigo.

11. Como si dijera: No es de extrañar que me duela, que gima; pues mi corazón está turbado en mí. Temo a los ladrones, temo las pérdidas temporales, me horrorizan los movimientos del cielo y de la tierra, por todas partes estoy angustiado por preocupaciones, por todas partes estoy oprimido por angustias, por todas partes soy abatido por presiones. La adversidad me deprime, el éxito me exalta, los insultos me conmueven, las adulaciones me halagan. Pero todo esto lo sufro porque me ha abandonado mi fuerza. El corazón humano se sacude fácilmente ante cualquier impulso de tentación, si no se fortalece interiormente con la virtud de la constancia. También podemos entender por esta fuerza la racionalidad, que en nosotros está tan embotada por el pecado del primer padre, que oscureciendo en nosotros la imagen de Dios, siguiendo a las criaturas, abandonamos al Creador. Sigue: La luz de mis ojos, y ella no está conmigo. Suele suceder a menudo al alma pecadora, que tan pronto como cae en culpa, se separa más lejos de su propio conocimiento. Pues el mismo pecado que comete, como si fuera un muro, se interpone ante los ojos de su mente; de modo que ni puede ver de dónde ha caído, ni conocer el bien que debe buscar. Pues envuelta en tinieblas voluntarias, cuanto más tenazmente se adhiere a los males, tanto más difícilmente entiende los bienes perpetuos que ha perdido. Pues la luz de la verdad, examinando sutilmente las culpas de los perversos, si es rechazada por la obra, de ninguna manera habita en el corazón. Pues se actúa con juicio estricto y oculto, que de quien es encontrada negligente, de él después no sea buscada ni siquiera perdida; y quien no la guarda en la obra, no tenga conocimiento de ella en el corazón. Pero entonces el hombre comienza de algún modo a tener la luz de la inteligencia,

cuando reconoce las tinieblas de su ceguera. Cualquiera que, pues, desea ser iluminado por la claridad de la luz divina, reconociendo primero la oscuridad de su ignorancia, diga: La luz de mis ojos, y ella no está conmigo. No es vano que diga, Y ella. Ella, sin la cual el corazón humano está en tinieblas, sin la cual no puedo vivir, sin la cual no puedo discernir el bien del mal. Sigue:

(Vers. 11.) Mis amigos y mis vecinos se acercaron contra mí y se detuvieron.

12. Debemos saber que aquellos que están llenos del espíritu de profecía, así como a veces pronuncian palabras de sí mismos como si fueran de otros, así también a veces hablan de Dios como si fueran de sí mismos: para que también en esto insinúen que son uno con Dios, cuando narran las obras de Dios como si fueran suyas. Así también todos los fieles, porque en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, son miembros de Cristo (Col. I), a veces hablan de Él como si fueran de sí mismos: para que, mientras pronuncian las palabras de su cabeza, revestidos de Cristo, como si fueran suyas, muestren que es otro quien habla a través de ellos. Pues el Espíritu Santo habla a través de ellos, como la misma Verdad testifica hablando a los apóstoles. Dice, en efecto: No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. X, 20). De aquí también Pablo dice: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII, 3). Pues Él es quien dijo: Abre tu boca, y yo la llenaré (Sal. LXXX, 11). Él también dice: Yo mismo que hablaba, he aquí que estoy presente (Is. LII, 6). Por tanto, cuando no anuncia que los profetas, sino que Él mismo ha hablado, ciertamente afirma que Él mismo hablaba en ellos. No es de admirar, pues, si a veces habla de sí mismo, quien preside interiormente; pues Él es quien llena la boca y el alma por el oficio del que obedece. Así, pues, también en este lugar, enumerando algunas miserias de la debilidad humana, recuerda su pasión, para mostrar que lo que conviene a los miembros también conviene a la cabeza, y se convierte en un gran remedio de consolación para nosotros, si conocemos que Él también se hace partícipe de nuestra pasión, a quien esperamos como futuro remunerador de los trabajos que sufrimos; como también dice en otro lugar: Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros (Juan XV, 20). Dice, pues: Mis amigos y mis vecinos se acercaron contra mí y se detuvieron. Como si dijera: No solo mis miembros se turban por los modos antes mencionados, sino que también yo, para devolverles la virtud perdida en el primer padre, quitaré la turbación, devolveré igualmente la luz perdida, hecho obediente al Padre hasta la muerte, solo entre los muertos libre (Sal. LXXXVII, 6). En cuya muerte, mis amigos y mis vecinos se acercaron contra mí y se detuvieron (Filip. II, 8). Muchos de los judíos se decían amigos de Cristo, muchos lo seguían cuando hacía milagros, muchos lo llamaban Señor, muchos lo llamaban maestro; como el doctor de la ley, que cuando quería atraparlo en una palabra, decía: Maestro, sabemos que eres veraz, y enseñas el camino de Dios en verdad (Mat. XXII, 16). También llama a los mismos judíos vecinos, según la carne, parientes cercanos a Él. Pues ni siquiera sus hermanos creían en Él (Juan VII, 5). Todos los cuales se acercaron a Cristo, no con la mente, sino con el cuerpo; no con los pasos de la fe, sino con el avance de la maldad; no con la voluntad de seguir, sino con la intención de dañar. Lo cual sucedió cuando reunidos en el atrio del príncipe de los sacerdotes, llamado Caifás, hicieron consejo para atraparlo con engaño y matarlo (Mat. XXVI). Se detuvieron contra Él, cuando lo acusaban con constancia, y cuando clamando decían: Crucifícalo, crucifícalo (Mar. XV, 13).

(Vers. 12.) Y los que estaban junto a mí, se mantuvieron a distancia, y ejercían violencia los que buscaban mi alma. 13. Pues está escrito: Entonces todos los discípulos, dejándolo, huyeron (Mateo XXVI, 56). Y de nuevo: Pero sus conocidos estaban de lejos (Lucas XXIII, 49). Y ejercían violencia los que buscaban mi alma. Cuando Pilato quería liberar a Cristo, los

judíos clamaban: Si liberas a este, no eres amigo del César. Porque todo el que se hace rey, contradice al César (Juan XIX, 12). Por tanto, ejercían violencia, los que urgían al juez a juzgar injustamente con amenazas y clamores. Los judíos buscaban el alma de Cristo, no para creer en él, sino para perderlo. O de otra manera: ejercían violencia, porque pensaban que con su fuerza y poder podían infligir la muerte a Cristo. Pero él les decía: Nadie me quita mi vida, sino que yo la pongo, y de nuevo la tomo (Juan XVIII, 18). Y de nuevo: Tengo poder para poner mi vida (Ibídem).

(Vers. 13.) Y los que buscaban mi mal, hablaban vanidades, y meditaban engaños todo el día.

14. Los príncipes de los sacerdotes buscaban el mal para Cristo, cuando buscaban falso testimonio contra él, como atestigua la lectura evangélica. Y habiendo investigado todo, hablaron vanidades. Pues el evangelista dice: Porque no era conveniente su testimonio (Marcos XIV, 59), como aquellos que decían: Este dijo: Puedo destruir el templo de Dios, y en tres días reedificarlo (Mateo XXVI, 61). Y meditaban engaños todo el día. Pues no pecaron por casualidad o ignorancia, quienes conscientemente inventaron mentiras. Por tanto, son castigados con una pena más grave, porque sus delitos, que caen por precipitación, superan los pecados cometidos con estudio, como en su misma pasión la Verdad dice: Por eso, quien me entregó a ti, tiene mayor pecado (Juan XIX, 11). Y en otro lugar: Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado (Ibídem XV, 22). Y de nuevo: Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más hizo, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han odiado, tanto a mí como a mi Padre (Ibídem XXIV). Porque el pecado se comete de tres maneras: o se incurre por ignorancia, o se comete por debilidad, o se perpetra con estudio. Pero así como es más grave pecar por debilidad que por ignorancia, así es peor pecar con estudio que por debilidad. Pablo, en efecto, había pecado ignorante, quien decía: Que antes fui blasfemo y perseguidor, pero alcancé misericordia, porque lo hice ignorante (I Tim. I, 13). Por debilidad, Pedro cayó, cuando el edificio de su mente, tambaleándose el fundamento de la fe, se sacudió. Y porque temió enfrentar la muerte, a la voz de la portera negó la vida (Lucas XXII, 61). Por lo cual, después del llanto de amargura, es mirado por el Señor, porque los elegidos encuentran más rápidamente las riquezas de la divina misericordia, cuanto más duramente y con más amargura se afligen si alguna vez pecaron por debilidad de la carne. Sin embargo, los judíos pecaron deliberadamente, quienes, viendo a aquel que hacía milagros inauditos, encendidos por las llamas de una execrable envidia, buscaban consejo para entregarlo a la muerte. Por lo cual no tienen excusa por su pecado, porque aunque es malo no hacer el bien, es aún más necio odiar las obras buenas.

(Vers. 14.) Pero yo, como sordo, no escuchaba, y como mudo, no abría su boca.

15. Aprende tú, que sufres maldiciones e irrisiones, a mantener la paciencia en todo, y a escuchar las lenguas de los detractores. Disimula, no sea que si devuelves insultos por injurias, seas hallado fuera de la doctrina de Cristo. Pues el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), que vino para dar ejemplo de humildad y paciencia, no solo soportó injurias, sino que tampoco respondió a los que lo injuriaban: nos instruye en esto, para que cuando seamos atacados por las injurias de los infieles, aunque podamos decir la verdad, no respondamos con insultos, no sea que convirtamos el ministerio de corrección en armas de furia.

(Vers. 15.) Y me hice como un hombre que no oye, y que no tiene en su boca reproches.

16. Era como un hombre que no oye, a quien Pilato decía, sin que él respondiera a las acusaciones: ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti? (Mateo XXVII, 13). Quien conocía los pensamientos de los inicuos, no escuchaba las voces de los blasfemos. Pues ninguna blasfemia podía moverlo, quien ignoraba completamente toda mutabilidad, y quien podía responderles con verdad por falsedad, para que se cumpliera lo que de él estaba escrito por el profeta: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, sin voz, así no abrió su boca (Isaías LIII, 7). Cristo no tenía reproches en su boca, quien no veía nada en los corazones, nada en los actos de ellos que pudiera alabar. No tenía reproches en su boca, quien tenía a mano de qué reprocharlos, y en su boca tenía de qué podía redargüirlos, de quien nunca nadie pudo escuchar mentira.

(Vers. 16.) Porque en ti, Señor, he esperado: tú me escucharás, Señor Dios mío.

17. Como si dijera: Por eso soporté todo pacientemente, por eso no respondí a sus injurias, porque en ti, Señor, he esperado. A ti, Señor, he revelado mi causa (Jeremías XX, 12); en ti, Señor, he esperado; no en la sabiduría del mundo, no en las riquezas del mundo, no en las fuerzas del cuerpo, no en la nobleza de la carne, no en la protección de los príncipes, no en la ayuda de los amigos. Estas son palabras de Cristo según la naturaleza humana. Así también el miembro de Cristo, si alguna vez es afligido por persecuciones, si es golpeado por azotes, si es provocado por injurias, imite en todo a aquel que nos fue propuesto como modelo de justicia: no desfallezca si su causa no es escuchada ante el juez terrenal, sabiendo que tiene un testigo en las alturas, el rey celestial (Job XVI). Espere, porque si en este mundo recibe injustamente la sentencia de condenación, de Dios recibirá en el cielo la corona. Sepa que el gozo de la retribución eterna no se recoge en el cielo, a menos que primero se siembre en la tierra con llanto, gemido y amargura, como está escrito: Iban y lloraban, llevando sus semillas; pero al volver, vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas (Salmo CXXV, 6). Pues así como el espíritu desfallece cuando la carne descansa, así se fortalece cuando esta trabaja. Y así como la carne se nutre de lo suave, así el alma se eleva a lo alto con lo duro. Pues aquella se alimenta de deleites, esta se vigoriza con amarguras. En efecto, aquella se reanima con lo suave, pero esta se ejercita con lo áspero. Y de nuevo, así como lo duro hiere la carne, así lo suave mata el espíritu. Y así como lo laborioso debilita la carne, así lo deleitable angustia el espíritu. Por tanto, cuanto más graves tentaciones soportamos en este mundo, tanto más firmemente fijamos el ancla de nuestra esperanza en Dios, para que podamos decir verdaderamente con nuestra cabeza: Porque en ti, Señor, he esperado, tú me escucharás, Señor Dios mío.

(Vers. 17.) Porque dije: No sea que se alegren sobre mí mis enemigos, y mientras se mueven mis pies, han hablado grandes cosas sobre mí.

18. Se alegraron los judíos con la muerte de Cristo, pero no se alegraron sobre él, porque en la causa de su muerte fueron hallados inferiores a él. Pues aquel que, para redimir al hombre de la muerte, se sometió a las leyes de la muerte, al tercer día resucitó victoriosamente de entre los muertos. Esto es lo que antes de todos los siglos la sapientísima disposición de la clemencia de Dios había establecido; esto es lo que la carne asumida sin contagio de pecado rogaba claramente, cuando decía: Padre, glorifica a tu Hijo (Juan XVII, 1). Esto también había manifestado mucho tiempo antes por el Profeta, diciendo: No permitirás que tu santo vea corrupción (Salmo XV, 10). Pues él dijo, y fueron hechas (Salmo XXXII, 9). Sigue: Y mientras se mueven mis pies, han hablado grandes cosas sobre mí. Los pies son llamados los Apóstoles, porque así como los pies llevan el cuerpo, así los Apóstoles llevaron a Cristo al conocimiento de todas las naciones, según está escrito: Por toda la tierra salió su sonido (Salmo XVIII, 5). Que ciertamente fueron movidos, cuando dudaron que aquel a quien veían

sufrir, era el Hijo de Dios, como aquel que decía: Nosotros esperábamos que él fuera el que redimiría a Israel (Lucas XXIV, 21). Por tanto, con los pies movidos, sus enemigos hablaron grandes cosas sobre Cristo, porque con los apóstoles turbados y huyendo, los judíos lo juzgaron reo de muerte.

16. Estas palabras también pueden convenir al alma fiel. Pues el alma fiel tiene enemigos en esta vida; tiene quienes luchan contra ella interiormente; tiene también quienes la atacan exteriormente. Pero sus enemigos no pueden alegrarse sobre ella, porque llena del espíritu de consejo y fortaleza, rechaza las sugerencias diabólicas y pisa la rabia de los perseguidores. Si sus afectos, por algún temor, son percibidos por quienes persiguen la fortaleza de su intención, o si los enemigos invisibles conocen que se deleita con sus sugerencias perversas, imponen tentaciones tanto más graves cuanto más confiados en la victoria, como si hubieran encontrado una entrada para entrar. Pues es difícil resistir al enemigo, si el alma se deleita con sus persuasiones. Por eso, para que no se alegren sobre mí mis enemigos, confío.

(Vers. 18.) Porque yo estoy preparado para los azotes, y mi dolor está siempre ante mí.

20. Prefiero ser muerto que vencido. Soporto con gusto los azotes, abrazo las persecuciones, deseo las visitaciones, anhelo las correcciones. Los hombres santos desean ser azotados en esta vida, para que corregidos por los azotes, vean las culpas inminentes y pongan ante sus ojos las cometidas. Pues a menudo los azotes abren los ojos de los que delinquen, que las tinieblas de la insolencia y la seguridad encierran entre los vicios. A menudo el alma adormecida es tocada por las persecuciones para que se despierte: para que quien perdió el estado de su rectitud por la seguridad, en la aflicción considere a dónde ha llegado. Sigue: Y mi dolor está siempre ante mí. Así como dio la razón de por qué no teme a los enemigos visibles, como si imputara al beneficio lo que ellos infligen como tormento, así también manifiesta por qué no teme las astucias del diablo, añadiendo: Y mi dolor está siempre ante mí. Pues está escrito: El corazón que conoció la amargura de su alma, en su gozo no se mezclará el extraño (Proverbios XIV, 10). Pues quien frecuentemente medita todas las miserias de la vida presente, piensa cuán tranquilos son los que perdió, cuán confusos en los que cayó, porque quien está encendido por los deseos de la patria celestial, muere al mundo malvado y a sus concupiscencias, no se ocupa de ninguna de las vanas delectaciones mundanas.

(Vers. 19.) Porque anunciaré mi iniquidad, y meditaré por mi pecado.

21. Quien confiesa su pecado anunciándolo, y no cesa de meditar por la satisfacción de ese mismo pecado, porque no encuentra descanso en el mundo, tiene siempre su dolor ante sí. Por lo cual, cuando dijo: Mi dolor está siempre ante mí, como si preguntáramos cómo puede ser esto, añadió diciendo: Porque anunciaré mi iniquidad. Pues estos son los testimonios de la verdadera humildad, y que cada uno reconozca su iniquidad, y la anuncie con la voz de la confesión, y la borre con la satisfacción de la penitencia. Por el contrario, todo vicio de los hombres perversos es, cometer el pecado ocultándolo, y ocultarlo negándolo, y multiplicarlo defendiéndolo cuando se divulga. Sin embargo, es necesario saber que a menudo los réprobos también confiesan sus pecados abiertamente; pero porque desprecian cambiar el hábito de una nueva vida, esos mismos que confiesan, obstinados, desprecian llorarlos. Los elegidos, en cambio, no solo denuncian sus culpas con la voz de la confesión, sino que también procuran borrarlas con los llantos de una severa advertencia. Incitándose a los lamentos de la penitencia, se desgarran con una reprimenda oculta, y golpeados por el temor del juicio futuro, si alguna mala acción aún permanece oculta en ellos, la investigan diligentemente. Pues a menudo lo que permaneció oculto a los adormecidos, se revela a los que lloran. Y

quienes no conocen su culpa por estar seguros, la descubren en sí mismos, erigidos contra sí mismos. Meditemos, pues, también nosotros por nuestro pecado, y persigámoslo con la amarga inectiva de la penitencia, no sea que, al descuidar considerar nuestras culpas, aumentemos el peso del pecado por negligencia. Sigue:

(Vers. 20.) Pero mis enemigos viven, y se han fortalecido sobre mí: y se han multiplicado los que me odian injustamente.

22. Por la oculta disposición del consejo, nuestro Creador tanto observa las culpas de los mortales como dispone los tiempos de vida, para que los tiempos de vida prolongada que el justo usa como ayuda para obrar bien, el iniquo los reciba como aumento de condenación. Pues si alguien desvía los tiempos concedidos para la penitencia hacia la culpa, cuando venga el juez severo, convierte los tiempos otorgados por misericordia en castigo. Y se han fortalecido sobre mí. Pues el Dios omnipotente a veces permite que los perversos vivan más tiempo, para que tanto ellos, viviendo mal, aumenten cada día sus obras malas, como los despreciadores del mundo también se hagan más claros por su persecución. Quienes, hinchados por el orgullo de la soberbia, se levantan más gravemente contra los elegidos, cuanto más todo les sucede a su favor en el mundo. Ni entienden que en su vida a menudo reciben los malos bienes de los malos, y por eso rara vez, o nunca, los perturban las adversidades. Pues también los inicuos encuentran más rápidamente a los perdidos como sus defensores, cuanto más buscan la gloria del mundo por el lucro y los regalos. Por lo cual se añade: Y se han multiplicado los que me odian injustamente. Nada es más injusto que devolver odio por amor, retribuir mal por bien, responder con injurias a la corrección. Lo que a menudo hacen los malos, cuando afligen con los golpes de una execrable maldad a los justos que desean su salvación. Y por eso añade:

(Vers. 21.) Los que devuelven mal por bien, me difamaban, porque seguía la bondad.

23. Quien devuelve mal por mal, no es bueno. Quien no devuelve bien por bien, es ingrato. Pero quien devuelve mal por bien, es iniquo. Pues los hombres perdidos suelen difamar envidiosamente a los que viven bien, o inventarles una mancha de crimen, o llamar simulación a la inocencia de una vida pura. Y por qué hacen esto, lo muestra cuando dice: Porque seguía la bondad. Sigue la bondad quien imita a Cristo. Cuyos imitadores sufren en esta vida tentaciones tanto más graves, cuanto más lejos se alejan del mundo con el corazón. Pues dice el Apóstol: Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecución (II Tim. III, 12). Y en otro lugar está escrito: Muchas son las tribulaciones de los justos (Salmo XXXIII, 20). Pues los justos que desean con toda su intención las cosas de Dios, y hechos superiores al mundo, pisan con cierta virtud de dominio todas las cosas mundanas, no solo soportan en lo oculto del corazón las infestaciones diabólicas, sino que también inflaman con la decencia de su conversación la malicia de los perversos. Pero porque nadie se encuentra idóneo para vencer, a menos que haya sido fortalecido por la fortaleza de la virtud divina; quien es golpeado por los azotes de los perseguidores, quien es mordido por los dientes de los detractores, pide la presencia y el auxilio de la majestad divina, para que sostenido por su protección, prevalezca contra todas las adversidades que sufre. Dice, pues:

(Vers. 22.) No me abandones, Señor Dios mío, no te alejes de mí.

24. Sin duda, el Señor abandona a aquellos a quienes no concede constancia en la tribulación. Pues necesariamente sigue que quienquiera que haya sido abandonado por Dios, esté sujeto a toda tentación. Por tanto, quien teme las tentaciones del diablo, quien teme sufrir adversidades en este mundo, conviértase a Dios con toda su fuerza; clame a Dios desde lo

más profundo del corazón, y diga: No me abandones, Señor Dios mío. Si se esfuerza por repetir esta palabra con afecto y deseo, creo que sentirá en él una dulzura que nuestro discurso no puede explicar. Sigue: No te alejes de mí. El alma santa que desea perfectamente solo a Dios, ruega para que Dios no se aleje de ella ni por un momento. Pues sabe que camina entre enemigos, sabe que el diablo le adversa en todo momento. Por tanto, como entiende que en todo momento le acechan peligros, no puede estar segura ni por un instante.

(Vers. 23.) Atiende a mi ayuda, Señor Dios de mi salvación.

25. Como si dijera: Tú que eres el ayudador en las oportunidades en la tribulación, no me descuides como a un extraño, no me rechaces como a un forastero; más bien atiende a mi ayuda, y protégeme entre los mortales dardos de las tentaciones, defiéndeme de todo ataque de los enemigos, ilumina en mi corazón la luz de la inteligencia, rodéame con el auxilio de tu virtud. Lo cual debes hacer bien, porque tú eres mi Señor. Pues solo a ti tengo como Señor, solo a ti confieso como Dios. Por tanto, parece congruente que quien es el restaurador de la salvación perdida en el primer padre, sea también el conservador de la misma en mí por la gracia restaurada.

#### PRÓLOGO AL CUARTO SALMO PENITENCIAL.

Cuando vino el profeta Natán a David, después de que entró a Betsabé.

Es conocida la historia de la cual se toma este título (II Reg. XI). David, cautivado por la belleza de Betsabé, esposa de Urías, no solo cometió adulterio con ella, sino que también, tras hacer matar a su esposo, la tomó por esposa. Más tarde, cuando el profeta Natán vino a él y lo condenó con su propio juicio, usando la parábola de las ovejas, David no solo se negó a ocultar o defender su pecado, sino que confesó lo que había hecho y se convirtió a los duros lamentos de la penitencia (II Reg. XII). Sin embargo, en el salmo no se menciona la historia, pero se reconoce la gran aflicción de un alma doliente. Se nos advierte en este salmo a temer la prosperidad y a vigilar más intensamente contra toda felicidad mundana. A menudo, las alegrías presentes son seguidas por lamentos perpetuos. Así como a través de las lágrimas se nos conduce a la alegría, también a través de la alegría se llega al llanto. Aquel que dijo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados" (Mat. V, 5), también dijo: "¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque lamentaréis y lloraréis!" (Luc. VI, 25). ¿Quién más santo que David? Quien, cuando fue acosado por las persecuciones de Saúl, no solo se negó a matar a su perseguidor, sino que incluso perdonó al perseguidor cuando pudo haberlo matado (I Reg. XXIV). Cuanto más fijaba su esperanza en la misericordia de Dios, más miserablemente sentía la debilidad de su tribulación. Pero cuando, habiendo vencido a sus enemigos, se libró de las presiones, añadió el homicidio al adulterio con imprudente seguridad. También se nos advierte en este salmo a restringir los deseos carnales y a no desesperar nunca de la misericordia de Dios. Cualquiera que, desesperando del perdón, dude en hacer penitencia, que recuerde la penitencia de David (II Reg. XI). Escuchemos también nosotros a David clamando, y clamemos con él; gimiendo, y gemamos con él. Escuchemos llorando, y lloremos con él; corregido, y alegrémonos con él.

#### EXPOSICIÓN DEL CUARTO SALMO PENITENCIAL.

(Sal. L.---Vers. 1.) Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia.

494 1. Pongamos ante los ojos de la mente a alguien gravemente herido, y apenas respirando los últimos alientos de esta vida, que yace desnudo en un estercolero, mostrando una herida

aún no vendada, consumido por el deseo del médico que se acerca, y rogando que tenga piedad de él. La herida del alma es el pecado, del cual se dice: "Herida, y cardenal, y llaga podrida, no han sido curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite" (Is. I, 6). Reconoce, herido interiormente, a tu médico, y descubre ante él las heridas de tus pecados. Que escuche el gemido de tu corazón, a quien todo el secreto de tu pensamiento está abierto. Que tus lágrimas lo conmuevan, y con una cierta importunidad de búsqueda, siempre saca de lo profundo de tu corazón suspiros hacia él: que tu dolor llegue a él, para que también a ti se te diga: "El Señor ha perdonado tu pecado" (II Reg. XII, 13). Clama con David; mira lo que él dijo: "Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia". Como si dijera: Estoy en peligro por una herida inmensa, que ningún médico puede curar, a menos que el médico que es omnipotente venga en mi ayuda. Para el médico omnipotente nada es incurable; quien, así como cura sin precio, así también restaura la salud con su palabra. Desesperaría, pues, de la herida, si no confiara en el omnipotente. Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia. Que busquen una pequeña misericordia aquellos que contraen la culpa por ignorancia. Pero yo, así como caí gravemente, también pequé conscientemente. Pero tú, médico omnipotente, corriges a los que desprecian, instruyes a los ignorantes, y perdonas a los que confiesan. Ojalá, Señor Jesús, te dignes acercarte a mí movido por la misericordia (Luc. X), que descendiendo de Jerusalén a Jericó, cayendo de lo alto a lo bajo, de lo vital a lo débil, caí en manos de los ángeles de las tinieblas, quienes no solo me despojaron del vestido de la gracia espiritual, sino que también, al imponerme heridas, me dejaron medio muerto. Ojalá ates las heridas de mis pecados, dándome la confianza de recuperar la salud, para que no se agraven si desesperan de ser sanadas. Ojalá me apliques el aceite del perdón y me infundas el vino de la compunción. Si me pones en tu montura, levantarás al pobre de la tierra, al indigente del estiércol (Sal. CXII). Tú eres quien cargaste con nuestros pecados, quien pagaste por nosotros lo que no habías robado (I Ped. II). Si me llevas al establo de tu Iglesia, me alimentarás con la refección de tu cuerpo y sangre. Si cuidas de mí, no pasaré por alto tus preceptos, ni caeré en la rabia de las bestias feroces. Necesito tu custodia mientras lleve esta carne corruptible. Escúchame, pues, oh Samaritano, despojado y herido, llorando y gimiendo, invocándote, y clamando con David: "Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia".

(Vers. 2.) Y según la multitud de tus misericordias, borra mi iniquidad.

2. Mis pecados son grandes y muchos, y por eso no solo espero una gran misericordia, sino que también requiero la multitud de tus misericordias, para que no sufra el castigo que temo por otros, si un solo pecado no es borrado. Por misericordia entendemos el afecto del que se compadece; por misericordia, en cambio, señalamos la misma exhibición de la misericordia, según está escrito: "Misericordioso y compasivo es el Señor" (Sal. CX, 4). Sería superfluo poner ambos términos, si no hubiera variedad en su significado. Debemos saber que nadie es más incurable que aquel que se cree sano. Es un claro indicio de la futura salvación si el hombre comienza a conocerse a sí mismo. David se conocía a sí mismo cuando buscaba la multitud de misericordias. Que el pecador diga con él: "Según la multitud de tus misericordias, borra mi iniquidad". Exhibiste inmensas e innumerables misericordias al mundo cuando rescataste al género humano de la servidumbre de la tiranía diabólica, y lavaste a tus elegidos de sus pecados en tu sangre. Que esta sangre lave las manchas de mis pecados, que pudo borrar las ofensas de todo el mundo (Apoc. V). No te pido oro, ni piedras preciosas, ni mercancías obtenidas con trabajos y naufragios, ni mercancías extranjeras traídas a nosotros desde regiones lejanas con gran peligro, que a menudo afeminan las mentes de hombres fuertes y las cautivan con la imagen de una falsa belleza; sino que, lo que es más excelente y precioso que todo esto, espero el perdón de los pecados. Lo cual se probará verdadero si, añadido el fruto de la penitencia, se acumula con los dones de tu gracia. ¿De

qué me sirve la impunidad de los males que he hecho, si no sigue también la facultad de obrar bien?

(Vers. 3.) Lávame más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado.

3. ¿Qué hay más inicuo que tocar la esposa ajena? ¿Matar a su esposo sin que él lo sepa ni llore? Y esto lo hizo el Profeta, sacado de los rebaños de ovejas, tomado de detrás de las ovejas que paren para gobernar el reino, dotado de fortaleza corporal, iluminado con los dones de la gracia espiritual. Quien había caído tanto más gravemente cuanto más alto se elevaba sobre los demás en la gloria del reino y en la excelencia de las virtudes. La alabanza de la gloria precedente aumentó la culpa de la falta siguiente. Cuanto más alto asciende alguien ante Dios antes de caer, tanto más gravemente cae. Diga, pues: "Lávame más de mi iniquidad". Que me aproveche, Señor, haber caído: que se laven con esta mancha las notas de los delitos que hasta ahora he descuidado. A menudo, mientras lamentamos algunas cosas mal hechas, la misma fuerza de la amargura nos despierta para examinarnos y encontramos otras cosas en nosotros que lamentar. Las cuales, cometidas, tanto más fácilmente las olvidamos cuanto que las consideramos nulas o leves. Pero la creciente amargura de la penitencia no solo nos trae al corazón los pecados mayores, sino que también nos recuerda los más pequeños. Todos los cuales perseguimos tanto más obstinadamente cuanto más vigilamos para extirpar de nuestro corazón toda semilla de malicia. Se lava, pues, más aquel a quien no solo se le perdona el pecado que castiga en sí mismo, sino que también se borran igualmente otros que el olvido había cubierto. Las aguas con las que se lava la iniquidad son dones del Espíritu Santo, que, viniendo como un torrente de lo alto, así como riegan los corazones de los elegidos para que germinen, también los limpian de toda contaminación de carne y espíritu. De este torrente está escrito: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Sal. XLV, 5). Y límpiame de mi pecado. Me ha manchado la suciedad de los crímenes, me ha contaminado el contagio del pecado, pero me refugio en la fuente de las misericordias. Eres poderoso para lavarme de la iniquidad y limpiarme del pecado. Actué inicualemente oprimiendo al inocente, cometí pecado no perdonándome a mí mismo. Pues el profeta sabía que quien intenta herir a otro, primero se hiere a sí mismo con su propia flecha. ¿Qué hay más cruel que matarse a sí mismo? Si la boca del mentiroso mata el alma, ¿cuánto más la espada del que hiere extingue la vida? Por eso está escrito: "Ten piedad de tu alma, agradando a Dios" (Eclo. XXX, 24). Y de nuevo: "¿Quién será bueno para el que es malo para sí mismo?" (Eclo. XIV, 5).

(Vers. 4.) Porque reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí.

496 4. Como si dijera: Sé a quién invoco. Invoco al justo, que odia los pecados y no los deja impunes. Así como espero su misericordia, también atiendo a su justicia. No pido recibir misericordia de tal manera que quiera que me quite su justicia. No quiero que mi pecado quede impune. Así es misericordia que perdona al pecador; así es justicia que no pase el pecado sin castigo. Pero porque yo mismo temo mi pecado, por eso ruego que no me castigues tan severamente. Por eso reconozco, para que tú perdones. Por tanto, ten piedad de mí, lava, limpia, porque reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí. No puse sobre mis espaldas lo que hice, no miro a otros olvidándome de mí. No pretendo sacar la paja del ojo de mi hermano, y no considerar la viga que está en mi ojo. Mi pecado está siempre ante mí. Cualquiera que desee encontrar la misericordia de Dios, es necesario que ya reconozca gravemente sus pecados, castigue sus culpas con lágrimas, prevenga el rostro del Señor en confesión, ponga ante los ojos de su corazón tanto las culpas de su obra como el terror de la última retribución; piense cuán discreto viene el juez, que por eso soporta a los pecadores, para que, convertidos, encuentre menos que condenar. Que suba al tribunal de su

mente, se ponga ante sí mismo, vea su fealdad para corregirse, no sea que queriendo finalmente vea y se avergüence. Sea para sí mismo un juez incorrupto, que lo atormente el temor, que estalle la confesión, para que con el Profeta pueda decir a Dios: "Reconozco mi iniquidad".

(Vers. 5.) A ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante ti, para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado.

5. El hombre no peca contra el hombre, porque lo mancha una culpa igual o mayor. Solo Dios castiga justamente los pecados, porque él es el único en quien no se puede encontrar lo que se deba castigar. Porque solo Dios perdona, solo él juzga justamente; a él solo muestra quien peca. Pues cuanto más se hace uno diferente de Dios pecando, tanto más ofende la majestad temible del juez supremo. Clame, pues, al Señor el pecador, clame consciente de sus iniquidades, clame desde lo más profundo de su corazón, y diga: "A ti solo he pecado", porque tú solo estás sin pecado: "y he hecho lo malo ante ti". Por otros mi pecado pudo ser ignorado, pero no pudo ocultarse a ti. Pues más penetrante que toda espada de dos filos, penetras hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de los tuétanos, y eres el discernidor de los pensamientos del corazón. Ninguna criatura es invisible ante ti: porque todas las cosas están desnudas y abiertas a tus ojos (Hebr. IV, 13). Eres tan sin pecado que incluso "eres justificado en tus palabras, y vences cuando eres juzgado". Escribe el Apóstol, diciendo: "Pero Dios es veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: para que seas justificado en tus palabras" (Rom. III, 4). Si Dios es veraz, necesariamente es justo en sus palabras. Pues si en sus palabras mezclara lo falso con lo verdadero, no sería en absoluto justo. Pero lejos esté de los corazones de los fieles pensar que hay mentira en Dios. Pues fiel es en todas sus palabras, y santo en todas sus obras (Sal. CXLIV, 13), como él mismo también dice: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mat. XXIV, 35). Por tanto, la verdad justifica a Dios, pero la mentira condena al hombre. Sigue: "Y venzas cuando seas juzgado".

6. El Profeta preveía que Dios vendría en carne, quien sería condenado por el juicio humano, para que el hombre se librara del tormento de la muerte eterna; por eso dice: "Y venzas cuando seas juzgado". Como si dijera: Todos los que han sido juzgados, incluso si han avanzado mucho en virtud, no han sufrido el juicio injustamente, porque antes de ser juzgados, de alguna manera cometieron pecado, pero tú, cuando recibas la sentencia de muerte injusta, porque eres el único hombre entre los hombres libre de todos los pecados, vences, pues, a todos los juzgados, cuando eres juzgado; ya sea tú, Dios Padre en el Hijo, o tú, Dios Verbo en el hombre asumido. Lo cual, sin embargo, puede entenderse de otra manera, como si dijera: Por eso ruego que tengas misericordia, que laves, que limpies: "para que seas justificado en tus palabras", es decir, que aparezcas veraz en tus promesas. Pues prometiste el reino eterno a los justos, y preparaste la recompensa de la vida eterna para los amantes de las virtudes. Pero a menos que me justifiques a mí y a otros, no podrás encontrar a quienes no condenes. Justifícame, pues, "para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado". Te juzgan quienes niegan que después de la caída se pueda hacer reparación, y afirman que a nadie se le concede el perdón de los pecados. A quienes, si me perdonas el pecado, superarás como fabricantes de mentiras y cultivadores de doctrinas perversas. O justifícame, "para que seas justificado en tus palabras". Pues prometiste que de mi descendencia asumirías carne; pero si no me limpias de tan gran crimen, parezco indigno de que tomes carne de mi descendencia. Pues tú eres quien dijo: "Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono" (Sal. CXXXI, 11). Lávame de la iniquidad, para que no sea defraudado de la promesa. Y venzas cuando seas juzgado. El Señor juzgado venció, porque de donde sucumbió en la pasión, de allí manifestó mayor gloria de sí mismo resucitando.

Juzgado venció, porque aquellos cuyo juicio temporalmente soportó muriendo, los condenó con justo juicio a la muerte eterna.

(Vers. 6.) He aquí que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre.

7. Es necesario, Señor, que tengas misericordia, porque desde el principio de mi vida caí en el foso del pecado, y contraí los inicios de mi nacimiento manchados por las suciedades de la concupiscencia carnal. No solo la iniquidad que recientemente cometí, está en mí: tengo en mí también desde lo antiguo lo que debes perdonar: "He aquí que en iniquidades fui concebido". Los hombres no son concebidos en pecados porque sea pecado que los cónyuges se unan; pues esta obra casta no tiene culpa en el cónyuge, porque el vínculo matrimonial no se desvía de la fidelidad. Dios instituyó la unión marital cuando al principio creó al hombre y a la mujer. Quienes ciertamente engendrarían hijos sin pecado, si, puestos en el paraíso, hubieran permanecido en la obediencia del Creador (Gen. I, 28). Pero porque el primer hombre, pecando, cayó de su estado de rectitud, transmitió la pena del pecado a sus hijos. Pues la delectación carnal es la pena del pecado; que se contrae de la raíz del pecado, de modo que nadie nace en el mundo sin ella. Pero así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XI). Confiese, pues, el penitente lo que mereció por la culpa, para que pueda conseguir lo que desea por el perdón.

(Vers. 7.) He aquí que amaste la verdad; me manifestaste los secretos y ocultos de tu sabiduría.

8. Por eso desde el principio repruebo mis caminos, yo mismo condeno mis pecados, porque amaste la verdad. Dios ama la verdad, porque no deja el delito sin venganza. O bien el hombre lo persigue castigándolo en sí mismo, o después Dios lo castiga con un juicio estricto. Sea, pues, grande o pequeño el pecado, si no es castigado por el hombre penitente, será castigado por Dios juzgando; como dice un sabio: "Sabido que no perdonarás al que delinque" (Job IX, 28). No se perdona al que delinque, porque sin venganza no se relaja el pecado. Dios ama la verdad, porque no omite el juicio justo. Me manifestaste los secretos y ocultos de tu sabiduría. Quien no está seguro del don del perdón, no es vehemente en la ejecución de la venganza. Y ciertamente antes de la venida de Cristo era incierto si los que habían caído gravemente podían obtener el perdón, y el perdón de los pecados ocultó a muchos; pero David, que había previsto que el Redentor del mundo vendría para quitar los pecados, no dudaba del perdón de los pecados. No ignoraba la obra de la sabiduría de Dios oculta desde los siglos, dispuesta antes de todos los tiempos, exhibida al final de los siglos. Pues la sabiduría de Dios es el Hijo de Dios, de quien está escrito: "Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios" (I Cor. I, 24). Él es por quien todas las cosas fueron hechas, y sin quien nada fue hecho (Juan I, 3). Él es de quien dice el profeta: "Todo lo hiciste con sabiduría" (Sal. CIII, 24). Y era digno que por él se hiciera el perdón, por quien se había hecho la creación; y él mismo fuera el dador de la gracia, quien había sido el autor de la naturaleza para todos. Este perdón, así como en el tiempo de la gracia lo concede a los que confiesan, así antes de su venida lo otorgó a los que lo esperaban. Estos son los secretos y ocultos consejos de la disposición divina, revelados a todas las naciones por la sabiduría de Dios en los últimos tiempos. Que porque David los conocía por el espíritu, confiaba confiadamente en la misericordia de Dios. ¿No eran inciertos para los ninivitas, quienes haciendo penitencia sobre la predicación de Jonás, dudando decían: "¿Quién sabe si se convertirá y perdonará Dios?" (Jonás III, 9)?

(Vers. 8.) Me rociarás con hisopo, y seré limpio; me lavarás, y seré más blanco que la nieve.

9. El hisopo es una hierba humilde, que se adhiere a la roca y muestra poca utilidad a simple vista, pero que, sin embargo, reduce la inflamación del pulmón y revela su acritud si se tritura. ¿Qué se designa, entonces, por el hisopo, sino la humildad de Cristo? Es ella la que reprime toda nuestra contumacia, así como esa hierba proporciona medicina al pulmón inflamado. ¿Quién, entonces, se negará a humillarse en el mundo por Dios, al escuchar que el Hijo de Dios soportó oprobios y burlas? ¿Quién considerará un deshonor sufrir por Dios, cuando el mismo Rey de reyes y Señor de señores (Apoc. XIX) fue condenado a la muerte más vil (Sab. II) por nosotros? Especialmente cuando Él mismo es para nosotros el modelo de justicia, cuyos mandatos debemos escuchar y ejemplos seguir; como Él mismo dice en el Evangelio: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). Según el testimonio de la ley (Num. XIX), un manojo de esa misma hierba, empapado en la sangre de una vaca roja, purificaba a los impuros. ¿Y qué se designa por la vaca, sino la debilidad de la encarnación del Señor asumida para el sacrificio? Así como por el sexo masculino se suele entender la fortaleza, también por el femenino se puede designar la debilidad; y está escrito de Él: Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios (II Cor. XIII, 4). Él es nuestro sumo sacerdote, que en el altar de la cruz ofreció el sacrificio de su cuerpo por la salud del mundo entero (Heb. IX). Sacerdote de los bienes futuros, que por su propia sangre entró una vez en el santuario, habiendo obtenido eterna redención. Esta vaca se llama roja para que en ella se demuestre claramente el rojo de la sangre de Cristo. De esto habla la esposa en el Cantar de los Cantares, diciendo: Mi amado es blanco y rubicundo (Cant. V, 16). Blanco, ciertamente, por la apariencia de la divinidad, rubicundo por la sangre de la pasión. Con este hisopo, por tanto, solo se rocía aquel que imita los caminos de la pasión del Señor. Y es santificado al ser rociado, como dice Pablo: Porque si la sangre de los machos cabríos y de los toros, y la ceniza de la becerra rociada sobre los impuros, santifica para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo? (Heb. IX, 13). Sigue: Lávame, y seré más blanco que la nieve. Así como el cuerpo es lavado por el agua de las suciedades, así la gracia del Espíritu Santo purga el alma de las manchas del pecado. Y al decir: Y seré más blanco que la nieve; muestra que ninguna belleza que esté en el cuerpo puede compararse con el decoro del alma santa. ¿Qué hay en los cuerpos más blanco que la nieve? Y sin embargo, quien sigue los caminos de la pasión de Cristo, es blanqueado más que la nieve. De los santos está escrito: Los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mat. XIII, 43). ¿Quién ignora que el sol es más blanco que la nieve? Además, el blanco de la nieve pasa rápidamente, pero el decoro de los santos permanecerá para siempre.

(Vers. 9.) Me darás a oír gozo y alegría, y se regocijarán los huesos humillados.

10. Entonces los santos tendrán un gozo verdadero e inestimable, cuando los impíos sean castigados con muerte eterna y enviados a la horrenda vorágine de tormento perpetuo por la sentencia de condenación extrema, y oigan: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mat. XXV, 34). En lo que dice: Gozo y alegría; entiende la doble veneración de los santos, que iluminados en aquel día por la visión de la claridad, como no podemos imaginar, disfrutarán de la bienaventuranza de las almas y también serán revestidos de incorruptibilidad en el cuerpo. De ellos está escrito: En su tierra poseerán el doble (Is. LXI, 7). Los santos, despreciando la gloria del mundo con el desprecio de la mente, mortifican en sí todas las voluptuosidades carnales, para vivir después eternamente en Dios. Y porque no rehúyen sufrir las miserias del mundo por Dios, adquieren la retribución de la bienaventuranza eterna. Esta bienaventuranza se concede a sus almas antes de la resurrección, y a sus cuerpos después del juicio; como escribe el apóstol Juan en el

Apocalipsis, diciendo: Vi bajo el altar de Dios las almas de los que habían sido muertos por la palabra de Dios y el testimonio que tenían, y clamaban con gran voz diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que habitan en la tierra? Y se les dieron vestiduras blancas a cada uno de ellos, y se les dijo que descansaran un poco más, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos que habían de ser muertos como ellos (Apoc. VI, 9). ¿Qué significa darles vestiduras blancas a cada uno, sino conferir a sus almas la inmortalidad de la bienaventuranza eterna? ¿Y qué significa que descansen hasta que se complete el número de los elegidos, sino esperar la gloria de la futura resurrección? En la cual, ciertamente, recibirán nuevamente vestiduras blancas; porque retomarán las vestiduras inmortales e incorruptibles de sus cuerpos. Porque los santos pasan a las recompensas de la felicidad eterna no solo con el alma, sino también con el cuerpo después del juicio, se dice correctamente de ellos que en su tierra poseerán el doble. Contemplando el profeta este incremento de felicidad, dice: Me darás a oír gozo y alegría, y se regocijarán los huesos humillados. Los huesos de nuestras almas son las virtudes, que en esta vida se humillan, porque son continuamente turbadas por los asaltos incesantes de las tentaciones. Porque la vida del hombre en la tierra es una tentación (Job VII); en la vida eterna, sin embargo, no solo recibirán la fortaleza de un poder invicto, sino que tampoco sentirán el asalto de vicios adversos.

(Vers. 10.) Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades.

11. Porque siempre tiene sus pecados ante sus ojos, con razón ruega que Dios aparte su rostro de ellos. Pues el profeta había dicho antes: Mi pecado está siempre ante mí. Quien, por tanto, siempre veía su pecado, llevaba un dolor continuo en su corazón por él. Y por eso Dios aparta sus ojos de su pecado, porque él lo observa sin cesar. Porque Dios no castiga los pecados de aquellos que en lo oculto del corazón se afligen por la memoria de sus malas obras. Ellos se juzgan a sí mismos para evitar el terrible juicio del Todopoderoso, según lo dicho por el apóstol: Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados (I Cor. XI, 31). Pero los réprobos, porque no ven lo que han cometido, no ocultan sus actos de la vista del juez. Y cuanto más rehúsan considerar sus errores, tanto más los exponen a la vista de la majestad divina. Dios ve las maldades de los pecadores, no para aprobarlas, sino para condenarlas; no para fomentarlas, sino para castigarlas; no para soportarlas siempre, sino para vengarlas en el juicio. En efecto, los ojos del Señor están sobre los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria (Sal. XXXIII, 17). Es una grave venganza no solo expulsar a los malhechores de la tierra, sino también borrar completamente su memoria. Consideremos, pues, los males que hemos hecho, y pongámoslos sin cesar ante los ojos de nuestra mente, no sea que cuando lleguemos ante la presencia de ese juez, veamos por primera vez, aunque no queramos, todo lo que hemos hecho. Porque Dios amenaza terriblemente al impenitente, diciendo: Pensaste, impío, que yo sería como tú; te reprenderé y pondré tus pecados delante de tu rostro (Sal. XLIX, 21). Sería como tú si dejara tu pecado impune. Porque tú no solo no quieres castigarlo, sino que lo arrojas detrás de ti para no verlo. Pero yo, que lo veo, ¿qué haré? ¿Lo dejaré impune? Soy juez y justo, soy juez y vengador de las iniquidades. ¿Cómo, entonces, juzgaré injustamente? ¿Cómo cambiaré la verdad por la mentira? He callado, ¿acaso callaré siempre? He callado, porque he otorgado misericordia. He disimulado tu iniquidad, he concedido tiempo para el arrepentimiento. Pero, ¿acaso callaré siempre? Más bien te reprenderé y pondré tus pecados delante de tu rostro (Ibid., 21). Te reprenderé por la mentira, cuando manifieste los consejos de los corazones. Apartas tus ojos de tus pecados, y te prometes una cierta seguridad de vana esperanza. Y porque tú mismo no te ves, piensas que yo tampoco te veo. ¿Acaso no te veo fornicando, a quien veo pensando en adulterio? Por esto te reprenderé y pondré tus pecados delante de tu rostro. Si no quieres aquí atender a tu rostro, haré que

reconozcas tu miseria. Y borra todas mis iniquidades. Por el profeta, el Señor dice: Yo soy el que borra tus iniquidades, y no me acordaré; pero tú acuérdate, y juzguemos (Is. XLIII, 25). Escucha bajo qué condición dice que no recordará tus iniquidades, a saber, si tú te acuerdas de ellas. Cuida, pues, de que nunca lo que has delinquido se te escape de la memoria, ni borres tus pecados por olvido alguno; no sea que, cautivado por las seducciones de las voluptuosidades carnales, no te acuerdes de tus iniquidades, y se te diga en el tiempo de necesidad: Arrojaste mis palabras detrás de ti (Sal. XLIX, 17).

(Vers. 11.) Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto dentro de mí.

12. En el Evangelio está escrito: Bienaventurados los de limpio corazón (Mat. V, 8). Si queremos tener en la morada de nuestro corazón a aquel que está limpio de todo pecado, primero debemos purgarlo de toda suciedad de vicios. Limpiemos, pues, el interior de nuestra mente, y escudriñemos diligentemente los secretos de nuestros pecados, no sea que del afecto nuestro brote la delectación del pecado, no sea que un deseo vergonzoso excite el corazón en secreto, no sea que de él surjan contiendas de pasiones, no sea que alguna vez estallen las disposiciones de pensamientos perversos. Porque el templo de Dios no puede estar contaminado, ya que está escrito: El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (I Cor. III, 17). Pero, ¿quién se gloriará de tener un corazón puro, o de estar libre de pecado (Prov. XX, 9, según la Septuaginta)? Si el profeta afirma tener labios impuros, cuyo labio fue purificado por el serafín con un carbón tomado del altar (Is. VI), ¿qué diremos nosotros, a quienes la lujuria contamina, la envidia angustia, la ambición precipita, la soberbia exalta? No es virtud humana limpiar el alma de movimientos ilícitos de tal manera que no sienta las voces de pensamientos tumultuosos. Pero como para Dios nada es imposible, clamemos a Dios con toda nuestra fuerza: Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto dentro de mí.

13. Observa el orden: primero el profeta pide a Dios un corazón puro, luego un espíritu recto. Primero, pues, hay que renunciar a todo pecado, y eliminar toda la fealdad de los vicios del corazón, para que todo lo que se haga o diga aparezca puro y claro ante Dios, ya que mana de la fuente de una buena intención. ¿Cómo podrá ser transparente lo que en su origen fue viciado? Porque está escrito: El hombre bueno del buen tesoro saca cosas buenas, y el hombre malo del mal tesoro saca cosas malas (Mat. XII, 35). Excluidos, pues, todos los deseos carnales del corazón, pide a Dios que renueve un espíritu recto, no sea que el espíritu inmundo, encontrando la casa de la que salió vacía, tome consigo otros siete espíritus peores que él, y habite allí con ellos, y el estado final sea peor que el primero. Esta es la renovación del espíritu recto, que desprecies con la mente toda la gloria del mundo, que fijas profundamente la mente en el amor de tu Creador, que guardes la paciencia ante las injurias recibidas, y con la paciencia guardada, alejes el dolor del corazón, que te consideres inferior a todos por humildad, que no te regocijes en la muerte del enemigo, que no ambiciones lo ajeno, que distribuyas lo propio a los necesitados, que ames al amigo en Dios y al enemigo por Dios, que te aflijas con compasión en la aflicción del prójimo. Esta es la renovación del espíritu que el apóstol persuade, diciendo: Renovad el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en justicia y santidad de la verdad (Ef. IV, 23). Y de nuevo: Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, y he aquí todas son hechas nuevas (II Cor. V, 17). Porque al hombre viejo pertenece desear la gloria de este mundo, apartar el alma de Dios, no guardar la paciencia, buscar la oportunidad de venganza, enorgullecerse despreciando a los mejores, arrebatar lo ajeno, retener lo propio, no amar a nadie por Dios, regocijarse en la muerte del enemigo. Pero todo esto lo rechaza quien se reviste de Dios y se esfuerza por caminar en novedad de vida.

(Vers. 12.) No me eches de tu presencia, y no quites de mí tu santo Espíritu.

14. Se echa de la presencia de Dios a quien se le niega la esperanza de perdón después del pecado. Porque quien peca contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el venidero (Mat. XII, 32). ¿Quién es, pues, el que peca contra el Espíritu Santo, sino el que no cree en la remisión de los pecados? Porque la remisión de los pecados es obra del Espíritu Santo. Pues de hecho, sobre el bautismo de Cristo, en el que se había de dar la remisión de los pecados, dijo Juan: Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego (Mat. III, 11). Por eso también el Espíritu Santo descendió sobre el Señor bautizado en forma de paloma; para mostrar claramente que la gracia espiritual purificaría los corazones de los creyentes por el lavacro del bautismo. ¿Acaso no pecó contra el Espíritu Santo Caín, cuando dijo: Mi iniquidad es mayor que para merecer perdón (Gén. IV, 13)? Y porque desesperó del perdón, por eso dijo: He aquí que me echas de tu presencia. De quien también se dice después que salió de la presencia del Señor. Ves cómo el que cae en la fosa de la desesperación es echado de la presencia de Dios. Y no quites de mí tu santo Espíritu. Observa cómo pide que no se le quite la esperanza de perdón después del pecado. Donde está la presencia del Espíritu Santo, no puede haber desesperación. Porque la fe se da en el espíritu, como dice el Apóstol: De hecho, Él intercede por nosotros con gemidos indecibles (Rom. VIII, 26). Y nadie que hable en el Espíritu de Dios dice anatema a Jesús (I Cor. XII, 3). Porque en Él clamamos: Abba, Padre (Rom. VIII, 15), porque está escrito: Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad (Juan IV, 23).

(Vers. 13.) Devuélveme el gozo de tu salvación, y con un espíritu principal afirmame.

15. El profeta se alegraba de la venida del Hijo de Dios antes de pecar, y seguro de que nacería de su linaje, se regocijaba antes de caer. Pero después de ser engañado por el amor de la esposa de Urías (II Sam. 12) y no tener medida en pecar, temió que Dios, ofendido por esto, le quitara lo que antes le había prometido complacido. Por eso dice: Devuélveme el gozo de tu salvación. ¿Quién es el Salvador, sino el mediador entre Dios y los hombres (I Tim. II)? De quien este mismo Profeta había dicho en persona de Dios Padre: Por la miseria de los pobres y el gemido de los necesitados, ahora me levantaré, dice el Señor. Pondré en salvación, actuaré con confianza en él (Sal. XI, 6). Porque se dice que Dios Padre se levanta cuando envía al Hijo, quien parecía estar postrado cuando envió a los siervos. Ellos no pudieron salvar a nadie: pero el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10). Por eso afirma que pondrá en él una salvación perfecta y duradera, y dice que actuará con confianza en él, a quien se sabe que no tuvo pecado alguno. Porque quien es consciente de graves delitos no puede actuar con confianza, porque podrá ser reprendido por aquel a quien corrige, o remordido por su propia conciencia. Pero nuestro Redentor pudo hablar libremente, porque nunca contrajo mancha de pecado ni por nacimiento ni por operación. Por eso decía a las turbas de judíos y a los príncipes de los sacerdotes que le envidiaban y calumniaban: ¿Quién de vosotros me convence de pecado? (Juan VIII, 46). Actuaba, pues, con confianza, a quien en nada acusaba la conciencia. Porque también está escrito de él que enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas y fariseos (Mat. VII, 29). Por eso David pide que se le devuelva el gozo de este Salvador, en quien todos los elegidos esperaban antes de su venida.

16. Y confirmame con un espíritu principal. Suele suceder a algunos que, al considerarse purificados por la satisfacción, relajan la vigilancia de su mente interna. Estos, abatidos por su propia arrogancia, caen peor, ya que, halagándose con la indulgencia, se prometen la seguridad de una esperanza vana. Por eso el Profeta suplica, diciendo: "Alégrese mi corazón,

para que tema tu nombre" (Salmo LXXXV, 11). No dice que se alegre para estar seguro, sino que se alegre para temer. Como si dijera abiertamente: Hazme corregido para que me regocije en el perdón, pero que nunca deje de estar alerta por la culpa. Así también en este lugar, después de pedir que le sea devuelta la alegría salvadora de Dios, para no ser dejado a caer en cosas peores, inmediatamente añadió: "Y confirmame con un espíritu principal". Sabía, en efecto, que toda alma es débil, a menos que sea fortalecida por la virtud del Espíritu Santo. Pues también de los apóstoles se dice: "Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca toda su fuerza" (Salmo XXXII, 6). ¿Qué se designa con el nombre de cielos, sino a los santos apóstoles? Que ciertamente embriagan la tierra de nuestro corazón con las lluvias de sus palabras (Salmo XVIII), truenan con las amenazas y terrores del juicio venidero, resplandecen con los signos de milagros y la santidad de sus obras. En definitiva, ellos son los que narran la gloria de Dios. A quienes el Espíritu les otorgó fuerza cuando, apareciendo en lenguas de fuego (Hechos II), encendió en sus corazones las llamas del amor divino. Esto podemos conocer claramente si consideramos cómo eran antes y cómo después de la venida del Espíritu Santo. Pues aquellos que habían abandonado a su Maestro cuando se dirigía a la pasión (Mateo XXVI), luego, fortalecidos por la gracia añadida del Espíritu Santo, predicaban el nombre de Cristo con constancia y públicamente. Pues, para no mencionar a los demás, el mismo príncipe de los apóstoles, que por miedo a morir había negado la vida (Ibídem), cuando, reunidos, los sacerdotes y escribas prohibieron hablar en el nombre de Cristo, decía: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos V, 29). Por tanto, la fuerza de los cielos proviene del Espíritu Santo, porque por la gracia infundida del Espíritu Santo, los apóstoles se hicieron fuertes en la confesión de Cristo, quienes antes habían sido débiles por la fragilidad de la carne. Pues si los pastores del rebaño del Señor no recibieran los dones prometidos de los carismas, sus corazones no habrían brillado con ningún adorno de virtud. Esta es la virtud del Espíritu, que así como libera a quienes llena de todo temor de penas y muerte, también los hace seguros de todo ataque de tentación diabólica. Con razón, pues, a quien se le devuelve la alegría salvadora de Dios en la remisión de los pecados, pide ser confirmado en la verdadera inocencia por la virtud del espíritu principal.

(Vers. 14.) Enseñaré a los inicuos tus caminos, y los impíos se convertirán a ti.

17. La divina clemencia hace libres de pecados a aquellos que prevé que, después de su conversión, serán útiles para la Iglesia. Por eso le dijo a Ananías sobre Saulo: "Ve, porque este es un vaso de elección para mí, para llevar mi nombre ante las naciones, los reyes y los hijos de Israel" (Hechos IX, 15). Con gran fruto, pues, le fueron perdonados los pecados por Dios. Pues quien antes fue blasfemo, perseguidor e injurioso (I Tim. I), después trabajó más que todos. Por tanto, el Profeta, que pide que sus iniquidades sean borradas y ser confirmado por el Espíritu Santo por el Señor, afirma que esto no será sin fruto, diciendo: "Enseñaré a los inicuos tus caminos". Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad (Salmo XXIV, 10). Misericordia es aquella por la cual, sin méritos precedentes, concede el perdón a los penitentes; verdad es aquella por la cual, después de la gracia de la vocación y el perdón, castiga los pecados de los impenitentes. Aquel a quien se le perdonan los pecados enseña los caminos de Dios a los inicuos, cuando da esperanza de perdón a los pecadores si se arrepienten, y a los inconvertibles, si no vuelven al perdón, les infunde el temor del infierno. Y los impíos se convertirán a ti. ¡Oh, cuán útil es la remisión de los pecados, que no solo hace libres a los convertidos de los pecados, sino que también aparta a otros del camino de la impiedad e injusticia, encendiendo la llama de la caridad! Esta es, en efecto, la evidente prueba de la caridad, que a quien por la gracia de Dios le ha tocado ser liberado de las cadenas de los pecados, él mismo, por celo de justicia, se esfuerce en exhortar a los

delinquentes a la esperanza del perdón. Ningún sacrificio es tan grato a Dios como el celo por las almas. Ejércese, pues, en el camino de Dios, a quien Dios ha perdonado los pecados, y con su ejemplo advierta a los pecadores a refugiarse en el remedio de la penitencia. No sea un árbol infructuoso, ni un obrero ocioso (Mateo XX), sabiendo que no solo se promete la recompensa a los que vienen a la viña por la mañana, sino que también se ofrece el denario de la vida eterna a los llamados cerca de la undécima hora.

(Vers. 15.) Líbrame de las sangres, Dios, Dios de mi salvación: y mi lengua exultará en tu justicia.

18. A menos que primero me liberes de los pecados, no podré ser ejemplo de conversión para otros. Líbrame, pues, de las sangres, es decir, de los deseos carnales, que militan contra el alma. Porque la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios. Dios, Dios de mi salvación. Nota en la repetición del nombre el gran afecto del corazón, como si dijera: Con razón te invoco para que me salves, porque solo tú eres el autor de mi salvación. Pues la salvación es del Señor (Salmo III, 9). De ti solo es la salvación, porque de todos los demás es debilidad, vanidad de vanidades, y todo es vanidad (Eclesiastés I, 2). No se salva el rey por mucha fuerza, ni el gigante se salvará por la multitud de su fuerza (Salmo XXXII, 16). En definitiva, el caballo es engañoso para la salvación. De estas palabras se deduce que ni de las riquezas temporales, ni de la fortaleza corporal se adquiere la salvación. Y mi lengua exultará en tu justicia. La justicia de Dios es la fe, como está escrito: "Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia" (Génesis XV, 6); porque "el justo vivirá por la fe" (Romanos I, 18). Si, pues, la vida del justo es la fe, es consecuente que esa misma fe sea la justicia, sin la cual nadie puede ser justo. Esta justicia de Dios la proclama con exultación aquel que, sin desear la abundancia de este mundo, ni temer la escasez, combate toda perversidad herética. O la justicia de Dios es que no quiere la muerte del pecador. Al hombre le parece justo vengar su injuria: pero la justicia de Dios es perdonar la ofensa al que confiesa.

(Vers. 16.) Señor, abre mis labios, y mi boca anunciará tu alabanza.

19. No podré de otro modo proclamar tu justicia, sino que abras mis labios. Porque tú eres quien cierra la boca de los soberbios y hace elocuentes las lenguas de los niños (Sabiduría X, 21). Hasta ahora yo mismo he abierto mi boca, y por eso he contraído pecado por vaniloquio. Ahora deseo que tú la abras, porque no deseo hablar sino lo que tú sugieras. Dios abre los labios de aquel que no solo atiende a lo que dice, sino también cuándo, dónde y a quién lo dice. La sabiduría de Dios dice: "El Señor me dio lengua erudita" (Isaías L, 4), cuando conviene decir el discurso. Con razón, pues, es sabio, porque ha recibido del Señor el tiempo en que debe hablar. Por eso no inadecuadamente dice la Escritura: "El hombre sabio callará hasta el tiempo" (Eclesiástico XX, 7). De aquí que también está escrito: "Pon a tu boca puerta y cerrojo, y en tus palabras yugo y balanza" (Eclesiástico XXVIII, 28). Y tal vez el Profeta pedía esta puerta al Señor, cuando decía: "Pon, Señor, guarda a mi boca, y puerta de contención a mis labios" (Salmo CXL, 3). Debemos, pues, cerrar nuestra boca y observar con más cuidado, para que nadie encienda nuestra voz en ira, y no devolvamos injuria por injuria. También se nos manda que haya yugo y balanza en nuestras palabras, para que todo lo que hablemos esté sazonado con humildad y pesado con medida. Proferimos, pues, palabras examinadas con la balanza de la justicia, para que haya gravedad en el sentido, medida en las palabras, peso en el discurso. No abramos la boca para hablar antes de que convenga, sino que examinemos nuestras palabras, si es necesario callar esto, si es necesario decirlo contra este, si es tiempo de este discurso, finalmente si no disiente de la virtud de la modestia. Que no brote nada indecente, nada deshonesto, nada que suene a envidia. Pero como no podemos ser idóneos para todo esto, a menos que lo recibamos del dador de toda gracia, debemos

exclamar con el profeta: "Señor, abre mis labios, y mi boca anunciará tu alabanza". No es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Eclesiástico XV, 9). Por eso el Profeta primero pide al Señor la indulgencia de los pecados, y luego promete que anunciará la alabanza de Dios; indicándonos claramente que solo aquellos que han merecido recibir la remisión de sus pecados pueden sentir la dulzura de la alabanza de Dios. Por eso está escrito: "A los rectos conviene la alabanza" (Salmo XXXII, 1). ¿Y qué hay más laudable en Dios que la misericordia? Pues está escrito: "Confiesen al Señor sus misericordias" (Salmo CXLIV, 10). En definitiva, sus misericordias están sobre todas sus obras. Aunque es laudable que haya creado al hombre del barro de la tierra, es más laudable que lo haya redimido perdido con la muerte de su propio hijo. En definitiva, aquello es de poder, esto de gracia. Y mi boca anunciará tu alabanza. Pues hay muchos que no alaban a Dios con su propia boca. Nunca alaba a Dios con su propia boca el avaro, nunca alaba con su propia boca el lujurioso. ¿No te parece que asume una boca ajena cuando intenta proferir lo que no siente en su corazón? De los cuales está escrito: "Su corazón está lejos de la disciplina; por eso no exultarán" (Job XVII, 4): porque ciertamente la alabanza de ellos no se eleva a los oídos del Dios omnipotente, cuyo corazón se aleja del camino de la justicia por el estudio de la intención perversa. Tales eran aquellos de los que el Señor decía: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí" (Mateo XV, 8).

(Vers. 17.) Porque si hubieras querido sacrificio, ciertamente lo habría dado: no te deleitarás en holocaustos.

20. El Profeta sabía por el espíritu que aquellas instituciones legales de sacrificios debían transferirse a la inteligencia de la ofrenda invisible; porque el verdadero y aceptable sacrificio es aquel en el que alguien alaba a Dios con corazón puro. Por eso en otro lugar dice: "En mí están, Dios, tus votos que cumpliré, alabanzas a ti" (Salmo LV, 12). Y de nuevo: "Ofrece a Dios sacrificio de alabanza" (Salmo XLIX, 14). Y nuevamente: "El sacrificio de alabanza me honrará". Por tanto, cuando dijo: "Mi boca anunciará tu alabanza", inmediatamente añadió: "Porque si hubieras querido sacrificio, ciertamente lo habría dado". Como si dijera: Ofreceré sacrificio de alabanza, sabiendo que no deseas la observancia de ceremonias carnales. Porque si hubieras querido sacrificio, ciertamente lo habría dado; no te deleitarás en holocaustos. Por eso no quiero confiar en el rito del sacrificio carnal, porque sé que no te deleitas en la matanza de machos cabríos y carneros. Pues tú dijiste: "No tomaré de tu casa becerros, ni machos cabríos de tus rebaños" (Salmo XLIX, 9).

(Vers. 18). Sacrificio a Dios, espíritu contrito: corazón contrito y humillado, Dios no despreciarás.

21. No hace verdadera penitencia quien no siente cierta tribulación del espíritu por la recordación de sus pecados. Lo cual es familiar a los reprobos; porque aunque a veces confiesen sus pecados, sin embargo, no los persiguen con lágrimas de severa animadversión. Los elegidos, en cambio, aunque sean mínimas las cosas que encuentran en sí para ser castigadas, erigidos contra sí mismos por el celo de la rectitud, se encienden diligentemente en los lamentos de la penitencia. Quienes, al elevarse con las alas de la santa contemplación para ver las cosas celestiales, cuanto más se acercan a la claridad de la luz divina, más sutilmente encuentran si algo vicioso se ocultaba en ellos. Y tanto les desagrade lo que soportan de la carne, cuanto les deleita lo que degustan de la suavidad de la vida incorruptible. Por eso, se enfurecen gravemente contra sí mismos, ya sea por palabras ociosas o por pensamientos vanos; y lo que antes creían leve, pronto lo aborrecen como grave y mortal. Contemplan los beneficios que les han sido otorgados divinamente, y también traen a la memoria las culpas pasadas. Enumeran las penosas necesidades de esta vida corruptible, y

meditan cuán grande es la felicidad de la gloria celestial. Y como sienten que son apartados de ella por la fragilidad de la carne, se hieren interiormente con la más poderosa herida de dolor. Por tanto, mientras recogen todas estas cosas ante los ojos de la mente con atenta consideración, arden interiormente con el fuego de la tribulación más vehemente. Esta es la tribulación espiritual de los santos, que en sus corazones genera la amargura de la penitencia y del deseo diferido. Esta ciertamente sentía Job, cuando decía: "Hablaré en la tribulación de mi espíritu" (Job VII, 11). Pues la tribulación del espíritu mueve las lenguas de los elegidos, para que la voz de la confesión impugne la culpa de la mala obra. Corazón contrito y humillado, Dios, no despreciarás.

22. Muchos tienen el corazón contrito, pero no tienen el corazón humillado. Pues hay muchos que, aunque lloren sus pecados, no cesan de oprimir a los pobres con la dominación de su poder. Estos ciertamente no ofrecen a Dios un sacrificio puro; porque lo corrompen con la mezcla de la detestable soberbia. O como el beato Jerónimo [En este salmo] expone este lugar, aquellos que rompen el corazón, pero no lo humillan, son los que lloran los pecados que han cometido, pero no temen cometer los mismos incluso después de las lágrimas. Pues cuando, llamados por la consideración de sus errores, vuelven a lo que habían dejado, se levantan contra su Creador por las obras depravadas. Porque es del vicio de la soberbia despreciar el temor de Dios, pisotear los preceptos del Creador con la transgresión de la acción depravada, descuidar las alegrías eternas de la vida celestial, no temer los infinitos castigos de la condenación perpetua. Por tanto, Dios no acepta el sacrificio de aquellos que, aunque se lavan con lágrimas de compunción, vuelven a ensuciarse con las manchas de los pecados que antes habían sido limpiados. De tales está escrito: "El que se bautiza de un muerto, y lo toca de nuevo, ¿de qué le sirve su lavado?" (Eclesiástico XXXIV, 30). Pues aquel que se lava de un muerto, es el que se limpia del pecado por la penitencia. A quien, si le sucede cometer de nuevo los pecados que había castigado, parece que la aplicación del lavado de la satisfacción no le ha servido de nada, ya que la torpeza del pecado repetido lo ha manchado más deshonestamente. Porque está escrito: "Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes" (I Pedro V, 5); la justicia divina rechaza a aquellos que, volviendo a los pecados por soberbia, son rechazados. Pero la clemencia de Dios no desprecia a aquellos que, conteniéndose y humillándose, no miran hacia atrás, porque está escrito: "Cercano está el Señor a los que tienen el corazón contrito, y salvará a los humildes de espíritu" (Salmo XXXIII, 19).

(Vers. 19.) Haz bien, Señor, en tu buena voluntad a Sion, para que se edifiquen los muros de Jerusalén.

23. Sion se interpreta como "especulación", por lo que se significa la santa Iglesia. Porque, situada en las alturas de las virtudes y del conocimiento, contempla de lejos la patria celestial y, con la mirada interior, detecta las huestes de los enemigos espirituales que se aproximan. A la cual Dios hizo bien cuando envió a su Hijo al mundo. Viniendo el Hijo de Dios, la Iglesia santa, que libera del poder diabólico, la unió en la unidad del espíritu. De lo cual Juan dice: "El que tiene a la esposa, es el esposo" (Juan III, 19). ¿Y qué hay más benigno que el Hijo de Dios asumiendo la forma de siervo (Filipenses II), sometiéndose a las leyes de la muerte, redimiéndonos con su propia sangre, abriendo el acceso a la vida eterna que la culpa había cerrado; alimentándonos con su cuerpo, y trasladándonos del poder de las tinieblas a la gloria celestial y al reino de la luz? ¿Qué, en definitiva, más benigno que Dios entregando a su Hijo para redimir al siervo? La Iglesia siente, no obstante, diariamente la benignidad de Dios, cuando Dios la ilumina con la claridad de su conocimiento, la confirma con la virtud de su espíritu en medio de las tormentas del mundo, la refresca con las delicias de la intimidad de su suavidad, y a través de ella perdona los pecados a los pecadores. Y es de notar lo que dice:

"En tu buena voluntad", para que entiendas que nada puede ser perfecto por los méritos, sino que solo se concede por el don gratuito de la misericordia divina. Para que se edifiquen los muros de Jerusalén. Por Jerusalén, que se interpreta como "visión de paz", se entiende el alma santa, que contempla con la mirada de la mente la futura paz de los santos; y, con todos los enemigos muertos en ella, no siente la impugnación de los movimientos ilícitos. Cuyos muros son las virtudes, que aquel ciertamente edifica, que no cesa de construir el edificio espiritual a partir de las obras de justicia y piedad. Cada uno, pues, es ciudadano de Jerusalén o de Babilonia. Pues así como por el amor de Dios cada santo se hace ciudadano de Jerusalén; así por el amor del mundo, todo iniquo opera en la estructura de Babilonia.

24. Para construir el edificio de esta Babilonia espiritual, los perversos imitan el ejemplo de la antigua Babel (Gén. XI). Según la Sagrada Escritura, los autores de esa ciudad usaron ladrillos en lugar de piedras y betún en lugar de cemento. Esto simboliza que los amantes del mundo construyen una ciudad de vida carnal que fácilmente será derribada por los vientos y las corrientes. Cabe destacar que se dice que estos vinieron de Oriente y habitaron en el campo de Senaar (Ibídem). Cristo es verdaderamente el Oriente, como atestigua el profeta: "He aquí el hombre cuyo nombre es Oriente" (Zac. VI, 12); vienen de Oriente aquellos que se alejan de la compañía de Cristo viviendo mal. Senaar se interpreta como "rechinar de dientes" o "hedor de ellos". Habitan en el campo de Senaar quienes, no en la altura de las virtudes, sino en la llanura de los vicios, desgarran a sus prójimos con murmuraciones y, yaciendo en el lodazal de una vida ociosa, exhalan el hedor de su infamia. Dios omnipotente les quebranta los dientes cuando confunde sus hechos y palabras. Por eso está escrito por el profeta: "Quebrantaste los dientes de los pecadores" (Sal. III, 8). Y de nuevo: "El Señor quebrantará sus dientes en su boca; el Señor romperá las muelas de los leones" (Sal. VII, 57). Sobre su hedor está escrito por otro profeta: "Los animales se pudrieron en su estiércol" (Joel I, 17). Pudrirse los animales significa que los hombres carnales terminan su vida en el hedor de la lujuria. E Isaías dice: "Y en lugar de perfume habrá hedor, y en lugar de cinturón, cuerda" (Isa. III, 24). Porque estos emiten el hedor de sus malas obras, quienes, desechando el cinturón de la castidad, tejen la cuerda de la lascivia. De ellos se dice por el profeta: "¡Ay de los que arrastran la iniquidad con cuerdas de vanidad!" (Isa. V, 18). Con razón, pues, quienes habitan en Senaar construyen una ciudad con ladrillos, porque quienes están entregados a las cosas terrenales sirven a los placeres de la carne, levantando un cambio de mente con material frágil.

25. Sin embargo, quienes, despreciando la codicia de las riquezas terrenales y renunciando a los placeres de la vida carnal, acumulan en sí mismos la santificación a través de las obras de santidad y virtudes, estos ciertamente transforman los ladrillos en piedras. Y no erigen una estructura espiritual en la arena de la confianza mundana (I Cor. X), sino en la roca de la fe, que es Cristo (Mat. VII), construyen atrios no sujetos a destrucción, a semejanza de aquella parábola evangélica. Tales personas pueden decir con Isaías: "Los ladrillos han caído, pero edificaremos con piedras labradas; cortaron los sicomoros, pero los reemplazaremos con cedros" (Isa. IX, 10). Construye con piedras labradas quien, al caer los ladrillos, castiga la lascivia de la carne con el rigor de una disciplina más estricta, quien supera la ley de los miembros con la ley de la mente, quien cambia la fortaleza del cuerpo por la virtud del espíritu. Por eso se dice por el profeta: "Los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas" (Isa. XL, 31). Al no decir "recibirán", sino "renovarán", muestra claramente que hay una fortaleza que se deja y otra que se inicia de nuevo. Los hombres santos tienen su fortaleza en esta carne, cuando, luchando por la fe, desprecian todos los tormentos con la virtud de la constancia, o, protegidos con armas espirituales, repelen las tentaciones diabólicas. De ellos está escrito por Salomón: "He aquí el lecho de Salomón, sesenta valientes lo rodean, de los

más valientes de Israel" (Cant. III, 7). Los valientes rodean el lecho de Salomón, porque los santos contemplan con incansable deseo la íntima paz de nuestro Redentor. De la santa Iglesia de los elegidos se dice: "Fuerza y honor son su vestidura" (Prov. XXXI, 25). Quien se muestra decoroso en las virtudes, pero no resiste las tentaciones, se viste de honor por un tiempo, pero no de fortaleza. Porque los santos de Dios, brillantes por las obras de justicia y vestidos por las impugnaciones de los adversarios, se dice de ellos bajo el tipo de la Iglesia: "Fuerza y honor son su vestidura". Quien, despreciando la débil fortaleza de la carne, excita su alma al vigor del espíritu, cambia los ladrillos por piedras, con las que se edifican los muros de Jerusalén. También podemos entender por Jerusalén aquella santa ciudad que se construye en los cielos con piedras vivas (Apoc. XXI), y que, como una esposa adornada para su esposo, es preparada por Dios. De ella dice el apóstol: "Pero la Jerusalén de arriba es libre, la cual es madre de todos nosotros" (Gál. IV, 26). Con razón se dice libre, porque está libre de toda molestia de corrupción. No es incongruente que se llame Jerusalén, que experimenta en sí misma la verdadera paz sin defecto. Es la ciudad de la paz, en la que ningún enemigo entra y de la que ningún ciudadano sale. Ciudad, digo, cuyas calles están pavimentadas con oro puro (Apoc. XXI), y en la que se canta incesantemente un cántico de alegría. Como está escrito, no necesita sol ni luna; porque cuando Dios la ilumina con la presencia de su claridad, es imposible que alguna sombra de oscuridad la oscurezca. Dios es luz, como dice el apóstol Juan en su Epístola; y en él no hay tinieblas (I Juan I, 6). Si tanta es la claridad del sol que ilumina toda la tierra con su salida, ¿cuánta se estima la claridad de Dios, quien creó el sol mismo y le infundió esta belleza luminosa que vemos para nuestro beneficio? Los muros de esta Jerusalén se edifican cuando los fieles predestinados a la vida son llevados a la perfección de la justicia. La figura de esta ciudad la llevó el templo de Salomón (III Reg. VI), en cuya edificación, construida con piedras, no se oyó el sonido de un martillo. En los edificios sagrados que han de permanecer, aún somos golpeados afuera por los azotes, para que luego en el templo del Señor seamos dispuestos sin ninguna disciplina de golpe, de modo que todo lo que en nosotros es superfluo o torcido, ahora lo corte el golpe, y entonces solo la concordia de la verdad nos una en el edificio celestial. No es de extrañar que el templo se llame también ciudad, que también se llama tabernáculo, como está escrito: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres" (Apoc. XXI, 3).

(Vers. 20.) Entonces aceptarás el sacrificio de justicia, las ofrendas y los holocaustos; entonces pondrán sobre tu altar becerros.

26. Edificada la Jerusalén celestial, solo el sacrificio de justicia será acepto al Señor, porque allí no habrá necesidad de ofrecer sacrificio por el pecado. En esta vida, porque en muchas cosas pecamos diariamente, es necesario ofrecer a Dios el sacrificio de un corazón contrito y un espíritu humillado. En la resurrección, cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción y esto mortal se haya vestido de inmortalidad (I Cor. XV), ninguno de los santos podrá pecar más, ni nadie orará a Dios por el pecado. Tanto se borrará el pecado, que incluso la pena del pecado será completamente destruida, como está escrito: "La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? Porque el aguijón de la muerte es el pecado" (Ibid. XV, 55). Necesariamente se demuestra que el pecado está ausente allí donde no se encuentra el aguijón de la muerte. No será necesario, pues, ofrecer allí sacrificio por el pecado, donde ni siquiera en pensamiento se admite el delito. Los santos ofrecerán a Dios el sacrificio de justicia en la vida eterna, porque, enfocados solo en el amor del Creador, dirán alabanzas incansables a su remunerador con alegría de corazón. Por eso está escrito: "Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, te alabarán por los siglos de los siglos" (Sal. LXXXIII, 5). Y de nuevo: "Voz de júbilo y de salvación en las tiendas de los justos" (Sal. CXVII, 15). Entonces Dios aceptará las ofrendas

de sus elegidos, porque las santas meditaciones de ellos no serán manchadas por ninguna mezcla de maldad. Asimismo, aceptará sus holocaustos, porque todo lo que habrá en ellos será encendido por la llama de la caridad divina. Y entonces pondrán sobre tu altar becerros. El altar es el Hijo de Dios, de quien el mismo Señor dice: "Haréis para mí un altar de tierra" (Éx. XXIV, 20). ¿Qué es hacer un altar de tierra sino no dudar de la encarnación del Hijo de Dios? Él es en quien en esta vida ponemos los sacrificios de nuestros corazones y en quien sacrificamos las cogitaciones ilícitas para que no prevalezcan. Por eso está escrito: "Bienaventurado el que tomará y estrellará a tus pequeños contra la roca" (Sal. CXXXVI, 9). A la roca estrellamos a nuestros pequeños cuando, con la intención de imitar a Cristo, mortificamos los movimientos ilícitos que surgen. Porque está escrito: "La roca era Cristo" (I Cor. I, 1). Él es, pues, la roca a la que sujetamos nuestras cogitaciones; él es el altar, a cuya clemencia nos atrevemos a imponer las víctimas de nuestros pecados. De hecho, "él mismo llevó nuestros pecados" (I Ped. II, 24). Sobre él, pues, los santos se impondrán a sí mismos como becerros en la vida eterna, porque, liberados por la gracia de Dios de la ley del pecado y de la muerte, al no estar ya sujetos a ningún yugo de la ley, atribuirán todo a la gracia del Hijo de Dios. Ningún hombre ascendería al cielo si el Hijo de Dios no hubiera tomado carne para nuestra salvación. O ciertamente pondrán becerros sobre el altar cuando, despojados de la vejez del primer hombre y despojados de las vestiduras mortales, hechos becerros, es decir, renovados y puros, vivirán para siempre.

27. Pero si, como se ha dicho, queremos entender la edificación de Jerusalén según la inteligencia moral, también podemos adaptar convenientemente este versículo a esa interpretación de la siguiente manera. Se dijo a David, rey, por el Señor: "No edificarás casa para mí, porque eres hombre de sangre" (I Par. XVII, 1). Pero después su hijo, pacífico de hecho y de nombre, y que obtuvo del Señor la gracia de la sabiduría más allá de los mortales, edificó el templo de obra maravillosa, como atestigua el libro de las historias, para el Dios de Israel (III Reg. VI). En esto se da a entender que mientras luchamos con las huestes hostiles de los vicios, con la oposición de las virtudes, no podemos edificar la casa de la sabiduría; pero cuando, superadas las huestes de los adversarios y expulsada la barbarie de las pasiones, sentimos que se ha hecho la paz en nuestros dominios, con la carne ya obedeciendo a todos los mandatos de la mente, entonces construimos nuestro cuerpo como un templo inviolable para el Señor, en el que Dios acepta el sacrificio que ofrecemos predicando la verdad con celo de justicia, y asume las ofrendas de santas meditaciones y los holocaustos de oraciones ardientes con el fuego del deseo ferviente. También ponemos becerros sobre el altar de nuestros corazones (Sal. LXVIII), produciendo cuernos y pezuñas, si sabemos quebrantar las sentencias de los herejes con la autoridad de ambos Testamentos y separar las virtudes de los vicios mediante el estudio de la discreción. Por las pezuñas de los becerros, que están hendidas, entendemos la discreción; por los cuernos, señalamos los preceptos de ambos Testamentos. O ciertamente producimos cuernos si incluso en las cosas de la carne procuramos agradar a Dios. Porque el cuerno, aunque es de carne, se endurece superando la carne. Quien, pues, dejando la debilidad de la carne, incluso por el servicio de la carne realiza obras de virtud, como si produjera cuernos de la carne.

#### PROEMIO. EN EL QUINTO SALMO PENITENCIAL.

Oración del pobre cuando está angustiado y derrama su súplica ante el Señor.

¿Quién es este pobre cuya oración se menciona en este salmo, sino aquel de quien dice el Apóstol: "Siendo rico, se hizo pobre por nosotros" (I Cor. VIII, 9)? Él, para hacernos partícipes de sus riquezas, asumió las necesidades de nuestra pobreza: "Se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y hallado en condición de

hombre; se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Filip. II, 7). Así como se hizo pobre por nosotros, también se angustió por nosotros. De hecho, fue entregado a la muerte por nosotros y colgado en el madero por nosotros. Porque murió, como dice el Apóstol, "por nuestros delitos" (I Cor. XV, 3), y resucitó "por nuestra justificación" (Rom. IV, 25). De la naturaleza humana tuvo que angustiarse, de la cual también tuvo que morir. Ora, pues, nuestra cabeza en este salmo, para que por la gracia seamos llevados de nuevo a donde caímos por la culpa del primer padre. Esta oración también puede convenir a cualquiera que se reconozca pobre y reconozca la miseria de sus necesidades; que considere cuán engañosas son las riquezas de este mundo y cuán terrible es caer en manos del Dios vivo. Quien, volviendo los ojos hacia atrás, reflexiona de dónde ha caído, y al mirar alrededor todas las calamidades que se avecinan, considera las que ha encontrado. Que todo esto lo reúna ante los ojos de su mente todo pobre, y considerando a Cristo pobre y angustiado por nosotros, atienda a la multitud de sus miserias; recuerde cuánta gloria tuvo en la creación de Adán, y en todas estas cosas, angustiado, no ante los ojos de los hombres, sino ante el Señor, derrame su súplica, diciendo:

### EXPLICACIÓN DEL QUINTO SALMO PENITENCIAL.

(Sal. 101.---Vers. 1.) Señor, escucha mi oración, y llegue a ti mi clamor.

1. En esta oración que vamos a exponer, algunas cosas se atribuyen a la cabeza misma, otras convienen a nuestra debilidad. No es de extrañar que Cristo pronuncie como tuyas cosas que solo nos conciernen a nosotros. Toda la santa Iglesia universal, bajo Cristo Jesús, su cabeza, es un solo cuerpo. Por eso dice el Apóstol: "Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, que es el principio, el primogénito de entre los muertos" (Col. I, 18). Ella es la que se regocija por el Profeta y dice: "Ahora ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos" (Sal. XXVI, 6). Porque el Padre exaltó al Hijo, que es la cabeza de la Iglesia, sobre sus enemigos, cuando, destruido el imperio de la muerte, lo estableció en la igualdad de su majestad, a quien también dijo: "Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (Sal. CVIII, 1). Cristo, pues, con toda su Iglesia, ya sea la que aún está en la tierra, ya sea la que ya reina con él en los cielos, es una sola persona. Y así como hay un alma que vivifica los diversos miembros del cuerpo, así el Espíritu Santo vivifica e ilumina toda la Iglesia a la vez. Porque así como Cristo, que es la cabeza de la Iglesia, fue concebido por el Espíritu Santo, así la santa Iglesia, que es su cuerpo, es llenada por el mismo Espíritu Santo para que viva; es fortalecida por su virtud para que subsista en la unidad de la fe y la caridad. Por eso dice el Apóstol: "De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor" (Col. II, 2). Este es el cuerpo, fuera del cual el espíritu no vivifica. Por eso dice el bienaventurado Agustín: "Si quieres vivir del espíritu de Cristo, sé parte del cuerpo de Cristo" [Tract. 26. in Joan.]. De este espíritu no vive el hereje, no vive el cismático, no vive el excomulgado; porque no son del cuerpo. La Iglesia, sin embargo, tiene el espíritu vivificante, porque se adhiere inseparablemente a su cabeza, Cristo. Porque está escrito: "El que se une al Señor, un espíritu es con él" (I Cor. VI, 17). Por los miembros ora, pues, la cabeza en este salmo, para que Dios Padre escuche la oración de su cuerpo, y para que su clamor ascienda a los oídos de la divina majestad. Porque Cristo ora diariamente por la Iglesia, de quien da testimonio el apóstol Pablo: Porque "sentado a la derecha del Padre intercede por nosotros" (Rom. VIII, 34). De hecho, él mismo es la propiciación por nuestros pecados (I Juan 2). Esta oración también puede convenir a cualquier fiel que pida a Dios perseverancia en el bien, y emita el clamor tanto de un deseo santo como de una operación incansable. El clamor a veces se toma en buena, a veces en mala significación. Clama el justo cuando obra justicia con deseo; clama también el impío cuando añade pecado a pecado.

Clamaba Moisés cuando conducía al pueblo liberado de la servidumbre egipcia a la tierra prometida a través del desierto. Clamaba también el pueblo de Gomorra cuando, por la frecuente perpetración del pecado, provocaba a Dios a la ira. De hecho, a Moisés, que callaba, le dijo el Señor: "¿Por qué clamas a mí?" (Éx. XIV, 15). Y de ellos dice el Señor: "El clamor de Sodoma y Gomorra ha llegado hasta mí" (Gén. XVIII, 20). Por eso alguien nos advierte, diciendo: "Quítese de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería" (Ef. IV, 31). Aquí, sin embargo, el clamor se toma por la operación incansable, cuando se dice: "Y llegue a ti mi clamor". Es de notar que, habiendo dicho antes: "Escucha mi oración", añadió inmediatamente: "Y llegue a ti mi clamor". Porque merecen ser escuchados por el Señor aquellos que, encendidos por el celo del amor divino, hacen todo el bien que pueden. Porque quien, acostumbrado a acciones perversas, se dedica a las obras de iniquidad, no es digno de ser escuchado cuando ora. Por eso dice la Verdad misma: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos" (Mat. VII, 21). Si queremos, pues, que nuestra oración llegue a los oídos de Dios, es necesario que nos esforcemos por purificar nuestra operación de toda mezcla de maldad, para que podamos decir a Dios con el Profeta: "Y llegue a ti mi clamor".

(Vers. 2.) No apartes de mí tu rostro; en el día de mi tribulación, inclina hacia mí tu oído.

2. Se ha dicho a semejanza de los señores, quienes, cuando se ofenden gravemente por la culpa de alguno de los suyos, suelen expulsarlo de su presencia y separarlo del grupo de sus familiares asistentes, apartar el rostro del suplicante y negar el perdón al que lo solicita. Dios, sin embargo, aunque nos apartemos de Él con soberbia, se aparta de nosotros por justicia; pero cuando nos humillamos y nos volvemos a Él, no desdeña volverse hacia nosotros por misericordia. Pues Él mismo dice: "Convertíos a mí, y yo me convertiré a vosotros" (Zacarías 1, 3). Y de nuevo: "Si el impío se arrepiente de todos sus pecados que ha cometido, y hace juicio y justicia, vivirá y no morirá: de todas sus iniquidades que ha cometido, no me acordaré; y en su justicia que ha hecho, vivirá" (Ezequiel 18, 21). He aquí que se nos muestra el seno de la misericordia de Dios. ¿Por qué excluimos de nosotros la misericordia de Dios? ¿Por qué fingimos no escuchar su llamado? Pues no solo no se aparta de los convertidos, sino que también exhorta a los apartados para que se conviertan. De ahí que diga por el profeta: "Si un hombre deja a su esposa, y ella se va y se casa con otro hombre, ¿volverá él a ella? ¿No será esa mujer contaminada y mancillada? Pero tú has fornicado con muchos amantes; sin embargo, vuélvete a mí, dice el Señor" (Jeremías 3, 1). Trae a colación la semejanza de una mujer abandonada y fornicadora, para que conozcamos su piedad y sepamos que lo ofendemos más gravemente al no cesar de llamarnos incluso después del delito. Esta clemencia de la vocación de Dios se expresa en parte, cuando al hombre apartado se le dice por otro profeta: "Y tus ojos verán a tu maestro, y tus oídos oirán la voz detrás de ti que te amonesta" (Isaías 30, 20). Pues aquel que percibe las palabras de Dios estando delante, es quien antes de cometer el pecado, conoce los preceptos de su voluntad. Porque estar aún ante su rostro es no despreciarlo pecando. Sin embargo, si comienza a obrar iniquidad despreciando el temor de Dios, es como si le diera la espalda. Pero incluso detrás de él, Dios lo sigue amonestando, porque incluso después de perpetrar la maldad, lo persuade para que vuelva a Él. Escuchemos, pues, la voz detrás de nosotros que nos amonesta, y volvamos al Dios que nos invita, al menos después de los pecados: para que si descuidamos temer la justicia del que castiga, al menos nos avergoncemos de la piedad del que llama y se compadece.

3. En cualquier día que me aflija, inclina tu oído hacia mí. He aquí que nuestra cabeza ya está sentada a la derecha de Dios, y sin embargo dice que está afligida. ¿Dónde, entonces, se

aflige, sino en el cuerpo? Pues que se aflige en el cuerpo lo muestra claramente cuando dijo a Saulo, el perseguidor: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (Hechos 9, 4). Y a Pedro le dijo: "Voy a Roma a ser crucificado de nuevo" [Hegesipo, l. III, c. 2]. Pues quien ya había sido crucificado en sí mismo, decía que sería crucificado de nuevo en Pedro. Aunque hay en los corazones de los elegidos otra tribulación, que en ellos genera la continua amargura del arrepentimiento. Pues quien, acumulando ante los ojos de su mente los males que ha cometido, se compunge por cada uno de ellos, se aflige en el secreto de su corazón con gran y amarga ansiedad de dolor y miedo. Los hombres elegidos suelen volver la mirada de su mente a los pecados de los que son conscientes, y considerando cautelosamente cada uno de ellos, llorar por cada uno; para que de este modo preparen la morada de su corazón, mientras lamentan cada exceso de su error. De ahí que Jeremías diga: "Mis ojos derramaron ríos de lágrimas" (Lamentaciones 3, 48). Derramar aguas divididas de los ojos es asignar lágrimas separadas a cada pecado, y compensar las alegrías de la iniquidad con los dolores de la satisfacción, para que mientras la memoria de este o aquel delito toque más agudamente la mente, se purifique al mismo tiempo de todos y cada uno. Lo que dice: "Inclina tu oído hacia mí", es como si dijera: Estoy enfermo, no puedo levantarme hacia ti, porque no es del hombre dirigir su camino. Pero tú, como un médico fiel, inclina tu oído hacia mí. Inclina tu oído, porque yo no levanto mi cuello. Pues sé que si me levanto, te alejas más; si me humillo, te acercas más. Pues así como te acercas al humilde, te alejas del altivo. Por eso me aflijo, para que inclines tu oído hacia mí.

(Vers. 3.) En cualquier día que te invoque, escúchame rápidamente.

4. Ya no deseo cosas terrenales, sino que liberado de la primera cautividad, anhelo las celestiales. Escúchame, pues, orando no por las riquezas del mundo, no por la gloria temporal, no por la fecundidad de los hijos, no por la muerte de los enemigos. Pero escúchame rápidamente, para que en mí cumplas lo que dijiste: "Aún mientras hablas, diré: Aquí estoy" (Isaías 58, 9). Muchos llaman a Dios, pero no lo invocan, porque procuran orar solo con los labios, no con el afecto del corazón. Pero quien desea a Dios con todo su corazón, clama confiadamente: "En cualquier día que te invoque, escúchame rápidamente". Invoca en el día quien ora a Dios en la pureza de la mente. Cuya justicia, cuando ha revelado sus caminos al Señor, es sacada como la luz, y su juicio, como dice el Profeta, es iluminado como el mediodía (Salmo 36, 6). Por eso está escrito: "Pensad en el Señor con bondad, y buscadlo con sencillez de corazón" (Sabiduría 1, 1). Pues la sencillez del corazón es el día, que no es oscurecido por el engaño, no es ensombrecido por la mentira, no es oscurecido por la envidia, no es ofuscado por el dolo; que es iluminado por la luz de la verdad, y la claridad de la presencia divina lo ilumina. Pues está escrito: "Con los sencillos es su conversación" (Proverbios 3, 32). Conversar con Dios es revelar a las mentes humanas los secretos de su voluntad por la iluminación de su presencia. Por tanto, se dice que Dios conversa con los sencillos, porque ilumina las mentes de ellos con la claridad de su inspiración sobre los secretos celestiales, a quienes ninguna sombra de duplicidad oscurece. En cambio, de los no sencillos se dice: "El Señor abominará al hombre sanguinario y engañoso" (Salmo 5, 8). Y Salomón dice: "El espíritu santo de disciplina huirá del engaño, y se apartará de los pensamientos que carecen de entendimiento" (Sabiduría 1, 5). Por tanto, es evidente que a estos los ilumina habitando en ellos, y a aquellos los ciega alejándose.

(Vers. 4.) Porque mis días se han desvanecido como humo, y mis huesos se han secado como leña.

5. Esto se refiere a lo que dijo: "Escúchame rápidamente". Como si dijera: Es necesario que me escuches rápidamente, porque mis días se han desvanecido, es decir, han llegado a su fin

como el humo. Aquí quiere que se entienda por sus días todo el tiempo en que ha pospuesto los mandamientos de Dios, y encendido por los deseos funestos de cosas percederas, viviendo carnalmente para sí mismo y no para Dios. Pues en esta vida tiene su día el alma perversa, que se regocija en el tiempo transitorio, y disfruta de la letal alegría de la delectación carnal. De ahí que nuestro Salvador, amenazando a la Jerusalén transgresora con la justa destrucción de su ruina, diga: "Y en este tu día, que es para tu paz" (Lucas 19, 42). Pues aquel pueblo tenía entonces su día, porque confiando en la opulencia de las cosas pasajeras, se regocijaba en la tranquilidad y el éxito. La prosperidad había cerrado sus ojos, para que no conocieran el tiempo de su visitación, ni vieran la destrucción de los males inminentes. Pues así como los azotes abren los ojos del corazón, así a veces el éxito próspero embota la agudeza de la mente, hasta el punto de que la mente no puede conocerse a sí misma, cautivada por el deleite de la prosperidad mundana. De ahí que Salomón diga: "La desviación de los simples los matará, y la prosperidad de los necios los destruirá" (Proverbios 1, 32). Por tanto, la prosperidad destruyó al pueblo israelita, cuyos ojos en su día cerró para que no conocieran la vastedad de su futura destrucción. Este es el día del que Jeremías dice: "No deseé el día del hombre" (Jeremías 17, 16). Diga también el alma fiel: "Mis días se han desvanecido como humo". El humo, como es sabido por todos, al principio se eleva en lo alto, pero pronto se desvanece como si nunca hubiera existido. Así, la soberbia humana, cuando se hincha con la opulencia de las cosas, se eleva en lo alto, pero al caer de su estado de altura, se precipita hacia abajo. De ahí que la Verdad misma diga: "Todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado" (Lucas 14, 11). De ahí que el Profeta escriba: "Vi al impío superexaltado y elevado como los cedros del Líbano; y pasé, y he aquí que no estaba; lo busqué, y no se halló su lugar" (Salmo 36, 35). En lo cual se debe considerar cómo se destruye el poder de los perversos, cuyo lugar no se encuentra después de poco tiempo. Sigue: "Y mis huesos se han secado como leña".

6. Por huesos podemos entender la razón y la inteligencia, que permanecen como secas cuando no tienen la gordura de las obras y virtudes. De esta gordura dice el Profeta: "Como de grosura y de gordura se saciará mi alma" (Salmo 63, 6). O por huesos, entendemos a los más fuertes en la Iglesia, porque así como por los huesos se sostiene nuestro cuerpo, así por ellos se gobierna y sostiene el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Pues el cuerpo de Cristo también tiene su carne, es decir, los débiles, carentes de la fortaleza de las virtudes, que necesitan el sostén de los perfectos. De esta carne se dice adecuadamente en la persona de Cristo por Job: "A mi piel y a mi carne se adhirió mi hueso" (Job 19, 20). Lo cual se cumplió en la pasión de Cristo, cuando los discípulos huyeron y las mujeres permanecieron, y lo siguieron hasta la cruz (Lucas 23). Pues sabemos que en el cuerpo humano la piel sobresale exteriormente, pero la carne se adhiere a los huesos internamente. Por tanto, cuando la carne se consume, la piel se adhiere al hueso de Cristo, porque cuando los apóstoles, que estaban más familiarmente con Él, huyeron y dudaron, las mujeres, que parecían estar más alejadas, no se apartaron ni de la cruz del crucificado ni del sepulcro del sepultado. Pero como los hombres santos se compadecen de los imperfectos que pecan y simpatizan con su debilidad, se dice ahora adecuadamente: "Mis huesos se han secado como leña". Lo cual mostraremos claramente si traemos un ejemplo a colación. Veamos cómo uno de los huesos de Cristo se debilita con los débiles, se duele con los dolientes, se seca con los que se secan. Pues dice: "¿Quién se debilita, y yo no me debilito? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemó?" (2 Corintios 11, 19). Ves cómo había trasladado a sí mismo las debilidades de todos, lloraba las caídas de todos como propias. Por eso dice: "Para que llore a todos los que pecaron y no se arrepintieron" (1 Corintios 12, 21). Finalmente, se hizo todo para todos, para ganar a todos (1 Corintios 9). Por tanto, los huesos se secan como leña cuando los perfectos se compadecen de las debilidades carnales, y se consideran vacíos de la gordura espiritual, al ver a aquellos

desprovistos de los auxilios de las virtudes. La causa de esta infelicidad la manifiesta claramente cuando añade:

(Vers. 5.) Fui herido como la hierba, y se secó mi corazón, porque olvidé comer mi pan.

7. Está escrito en Isaías: "Toda carne es hierba, y toda su gloria como la flor del campo" (Isaías 40, 6). Y de nuevo: "Verdaderamente el pueblo es hierba" (Isaías 40, 7). Pues el hombre es comparable a la hierba, porque por el nacimiento verdece en la carne, por la juventud florece en la flor, por la muerte se seca en el polvo. Pues él es, como atestigua Job, "que sale como flor y es cortado" (Job 14, 2). Pero esta muerte y destrucción, que llega a todos los hombres por sentencia de justa condenación, desciende del pecado del primer hombre. De ahí que el Apóstol diga: "Por un hombre entró el pecado, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres" (Romanos 5, 12). Por tanto, el hombre que, si hubiera permanecido en la obediencia de su Creador, podría haber vivido eternamente, fue herido con mortalidad por la culpa de la desobediencia. De esta herida se dice en este lugar: "Fui herido como la hierba, y se secó mi corazón". Pues el primer hombre, al pecar, cayó en la muerte, y la sucesión propagada del género humano se secó consecuentemente de la verdor de la razón íntima. La razón por la cual el corazón humano se secó de aquel verdor en el que fue creado, la manifiesta añadiendo: "Porque olvidé comer mi pan". El primer hombre creado en el paraíso tenía su pan, mientras con paso firme de mente guardaba los preceptos de su Creador. Pero su pan era la delectación de la visión divina, la saciedad de la palabra de Dios, el gozo de la paz interior, el esplendor de la luz inaccesible, el refrigerio de la sabiduría, la sociedad de los ángeles, el amor de Dios, el júbilo del espíritu, la suavidad de la contemplación, el deseo de la conversación, la seguridad de la mente, la presencia del Creador. Este pan lo perdió entonces, cuando consintió en la sugestión de la serpiente (Génesis 3). Pues al tocar lo prohibido, olvidó el precepto. De modo que quien tenía la cima de las bienaventuranzas, cayó en el abismo de las miserias: y quien se alimentaba de la dulzura de la suavidad íntima, después comió el pan del dolor. Por tanto, quien lleva su imagen, hecho de tierra terrenal, olvida comer su pan, porque cautivado por las seducciones de la voluptuosidad terrenal, no se deleita en la palabra de Dios. Pues nuestro pan es la palabra de Dios. De ahí que la Verdad misma diga: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mateo 4, 4). Siga, pues, al olvido la conmemoración, y acompañe a la hambre la refacción, para que comiendo aquel pan que descendió del cielo (Juan 6), evitemos la pena de la muerte perpetua, y participemos de la vida eterna, como dice el Señor en el Evangelio: "Si alguno come de este pan, vivirá para siempre" (Juan 6, 52).

(Vers. 6.) A la voz de mi gemido se adhirió mi hueso a mi carne.

8. Al secarse el corazón por la falta y el olvido del pan y del vino, se emite la voz del gemido, porque donde ha fallado la intención del deseo de la vida eterna, consecuentemente procede del corazón la vociferación de las malas cogitaciones. En la cual, ciertamente, el hueso se adhiere a la carne, si la razón se somete a la delectación. Esta voz, ciertamente, se llama gemido, porque por ella se llega a la tristeza. O genera en esta vida el dolor del arrepentimiento, o en el futuro produce el tormento de la venganza. También podemos entender por la voz del gemido, la voz de la serpiente, porque persuadió a los primeros hombres a que comieran del fruto prohibido, y les prometió con engaño que serían dioses (Génesis 3). Esa es la voz del gemido, por la cual todos pecamos, por la cual nos hicimos mortales y pasibles; la voz por la cual caímos de los gozos celestiales, y exiliamos en el amargor de las lágrimas. Por esta voz el hueso se adhirió a la carne, porque Adán consintió a Eva. Cada uno de nosotros tiene en sí a Adán y a Eva. Pues así como en aquella primera

transgresión del hombre la serpiente sugirió, Eva se deleitó, Adán consintió; así también vemos que sucede diariamente, cuando el diablo sugiere, la carne se deleita, el espíritu consiente. Pues cuando somos tentados, a menudo caemos en la delectación, o incluso en el consentimiento. Pero así como aquel pecado fue seguido por la muerte, así también el alma que consiente al pecado muere, porque se separa de su vida, que es Dios. Pues estamos muertos, cuando nos llenamos de los huesos de los muertos. Muerta es la mala palabra que sale de nuestra boca. Pues está escrito: "Sepulcro abierto es su garganta" (Salmo 5, 11). Pero tenemos puertas por las cuales somos llevados los muertos, a saber, los sentidos del cuerpo, de los cuales dice el Profeta: "Tú que me levantas de las puertas de la muerte" (Salmo 9, 15). Pues estas son las puertas por las cuales entra la muerte, y por las cuales el muerto es llevado. Pues que por ellas entra la muerte, lo testifica otro profeta, que dice: "La muerte ha entrado por nuestras ventanas" (Jeremías 9, 21). Pues quien ha mirado a una mujer para codiciarla, ha admitido la muerte por las ventanas de los ojos (Mateo 5). Pero quien siembra discordias entre hermanos, y habla iniquidad en lo alto, por la puerta de la boca es llevado muerto. Y esto me parece significar el joven llevado fuera de la puerta de la ciudad, a quien Jesús resucitó (Lucas 7). Significa al hombre muerto por la delectación y ya llevado fuera de las puertas por los juicios de la mala obra. Te ruego, Señor Jesús, que hagas justas todas las puertas de mi ciudad, para que entrando en ellas confiese tu nombre, y a tu majestad, con los justos que entran por ellas, para que allí la muerte no tenga entrada, la pasión no domine, sino que la salvación ocupe sus muros, y la alabanza sus puertas.

(Vers. 7.) Me he hecho semejante al pelícano del desierto, y he llegado a ser como el búho en las ruinas.

9. El pelícano es un ave que ama la soledad, en la cual se alimenta de animales venenosos; y por eso se designa al pecador, que habitando en el desierto de este mundo con el corazón, cautivado por las seducciones de esta vida llena de aflicciones, se deleita con el veneno de la persuasión diabólica. El búho, que también se llama *nycticorax*, habita en las ruinas de las casas. Suele cantar de noche, por lo cual se señala a aquellos que se regocijan en la obra tenebrosa, y se exultan en la destrucción de sus mentes. Pero como la red de la Iglesia lanzada al mar de este siglo presente no solo recoge peces malos, sino que también atrae a los buenos, se dice adecuadamente ahora:

(Vers. 8.) He velado, y he llegado a ser como un gorrión solitario en el tejado.

10. Vigilante es aquel que mantiene los ojos de su mente abiertos a la luz verdadera. Vigilante es aquel que guarda con sus obras lo que cree, como está escrito: Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras (Apoc. XVI, 15). Tu vestidura es tu fe, tu vestidura es tu obra. Cuídala, pues, para que los extraños no roben tu esfuerzo; no sea que quedes desnudo y se manifieste tu vergüenza. Sé como el gorrión solitario en el tejado. Por el gorrión, que es un ave cauta y quejumbrosa, y que anida en las casas, se entiende correctamente al hombre que, habitando en las alturas y viviendo en soledad, no cesa de clamar por sus pecados. Es propio del hombre prudente y circunspecto poner su nido en lo alto, llorar por sus pecados y habitar en soledad, para que no desee lo terrenal en su obra, adquiera perdón en sus lamentos y huya del ruido de pensamientos vanos en su morada, de modo que pueda decir con el Profeta: Me alejé huyendo, y permanecí en soledad (Sal. LIV, 8). O también nuestra cabeza fue pelícano de soledad cuando nació en Judea, que era una ciudad sola llena de gente, despojada de profetas y justos (Thren. I), y desprovista de la virtud del Espíritu Santo. Fue un búho cuando evangelizó el reino de Dios a los que estaban en tinieblas. De él está escrito: La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan I, 5). Si lo hubieran conocido, nunca

habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Por domicilio entendemos a los judíos, que estaban en parte derruidos y en parte parecían estar de pie, porque mantenían la circuncisión, tenían la ley y los profetas, pero no creían en aquel que los profetas habían predicho que vendría en carne. En ellos permanecían los muros de la observancia carnal, pero había caído el techo de la fe y la disciplina. Mataron, pues, la vida los muertos, y las tinieblas extinguieron la luz. Pero escuchemos qué más hizo: Velé, y me convertí en un gorrion solitario en el tejado. Veló, porque resucitó de entre los muertos. Quien durmió en la muerte, veló en la resurrección. De ahí que diga: Yo dormí y tomé sueño, y resucité (Sal. III, 6). De ahí que Jacob en la bendición diga: Cachorro de león, Judá, subiste a la presa, hijo mío; descansando te acostaste como león, y como leona: ¿quién lo despertará? (Gen. XLIX, 9). ¿Quién es este cachorro de león, sino aquel de quien en el Apocalipsis se dice a Juan: Venció el león de la tribu de Judá (Apoc. V, 5)? Subió a la presa, porque el más fuerte sobrevino al hombre fuerte armado y lo venció (Luc. II). Le quitó sus armas, porque lo privó de aquel derecho que parecía tener sobre los hombres. Pues él, al ambicionar lo ilícito, perdió lo adquirido. También distribuyó sus despojos, porque hizo de los vasos de ira vasos de misericordia. De ahí que el león, descansando, se recostó, porque voluntariamente sufrió la muerte. Pero nadie lo despertó, porque por el poder de su divinidad él mismo resucitó de entre los muertos. Y porque después de su resurrección ascendió al cielo, correctamente, después de haber dicho, Velé, añadió: Y me convertí en un gorrion solitario en el tejado. Porque solo entre los muertos libre, reina con el Padre en el cielo. De ahí que diga: Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo.

11. Dicen los filósofos que el pelícano mata a sus hijos tan pronto como nacen; después, durante tres días, se aflige con gran dolor y les muestra de alguna manera el afecto natural. Luego, la madre se hiere a sí misma y los resucita con su sangre. ¿Quién es nuestro padre y madre, sino el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II)? quien mata en nosotros toda iniquidad, para que encontremos una mejor resurrección, como él mismo dice: Yo mataré, y yo haré vivir (Deut. XXXII, 39). Y de él está escrito por el profeta: Nos vivificará después de dos días, en el tercer día nos resucitará (Oseas VI, 3). Aún clama en soledad nuestra cabeza o su miembro, cuando llama a aquellos que aún no han conocido la verdad. Clama en el domicilio, cuando invita a la penitencia a los que han caído. Clama en el tejado, cuando advierte que debemos echar fuera el temor. De ahí que en el Evangelio diga a los discípulos: Lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados (Marc. X, 27).

(Vers. 9.) Todo el día me reprochaban mis enemigos: y los que me alababan, juraban contra mí.

12. ¿Qué hay más injusto? Había venido el Hijo del hombre a buscar y salvar lo que se había perdido. Había venido, digo, para quitar el gemido de los dolientes, para reconciliarnos con Dios (Luc. XIX); pero los judíos, cegados por la oscuridad de su iniquidad, devolviendo mal por bien, lo odiaban como a un enemigo, y le lanzaban reproches de maldición, diciendo: Tienes demonio (Juan VIII, 48), y otros delirios de locura que contiene el libro de los Evangelios. Y aunque a veces le halagaban exteriormente, interiormente se enfurecían, como aquellos que queriendo atraparlo en su palabra decían: Maestro, sabemos que eres veraz, y enseñas el camino de Dios en verdad, y no te importa de nadie (Mat. XXII, 16). Lo llamaban maestro, pero no venían con intención de aprender, sino con deseo de hacer daño. Pues que así era, la Verdad lo manifiesta, llamándolos tentadores e hipócritas. Como si juraran contra él, quienes conspiraban mentiras en su consejo contra él. También durante todo el tiempo de esta vida, los enemigos de la verdad de la Iglesia de Dios reprochan, cuando la atacan con la depravación herética o la disimilitud de costumbres.

13. Muchos, sin embargo, en la causa de Dios, actúan con engaño y falsedad, y fingen estar en el cuerpo de Cristo, y perturban la paz de la Iglesia de Dios con maquinaciones ocultas. De los cuales ciertamente aquí se dice: Los que me alababan, juraban contra mí. Estos son los que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mat. VII, 15). Que en palabras parecen tener mansedumbre social, pero en el corazón llevan furia hostil. Tal era aquel Simón el Mago, bautizado por los apóstoles, pero luego reprobado por el príncipe de los apóstoles, por su ambición de nefanda venalidad. De ahí que se le dijera: No tienes parte en este asunto (Hech. VIII, 21). Pues al querer comprar con dinero la gracia del Espíritu Santo, se alejó miserablemente de la doctrina de Cristo. Él mismo había ordenado, diciendo: De gracia recibisteis, dad de gracia (Mat. X, 8). Esta es, digo, la herejía, que intentó los mismos rudimentos de la Iglesia naciente, y antes que otras herejías apareció primero. Aunque la locura de este error fue condenada desde entonces, después sin embargo en la Iglesia brotó con germen pestilente. En nuestros tiempos especialmente ejerció el veneno de su malicia, y perturbó la paz de toda la Iglesia con infestación cismática. Pues incitó contra la Iglesia de Dios no solo a una innumerable multitud de pueblo, sino también, si es lícito decirlo, al poder real. Ninguna razón permite que se considere rey a quien destruye más que gobierna el imperio, y cuantos puede tener como socios de su perversidad, los hace ajenos a la comunión de Cristo. Quien, seducido por la codicia de ganancias deshonestas, desea llevar cautiva a la esposa de Cristo, y con temerario atrevimiento intenta anular el sacramento de la Pasión del Señor. La Iglesia, que nuestro Salvador quiso que fuera libre por el precio de su sangre, este, transgrediendo los derechos de la potestad real, intenta hacerla esclava. Cuánto mejor sería para él reconocerla como su señora, y ofrecerle, siguiendo el ejemplo de los príncipes religiosos, el servicio de devoción, y no extender su orgullo de dominio contra Dios, de quien recibió el dominio de su potestad. Él es quien dice: Por mí reinan los reyes (Prov. 8, 15). Pero cegado por la inmensa oscuridad de la codicia, y evidentemente ingrato al beneficio divino, y orgulloso contra Dios, transgrede los límites que pusieron nuestros padres, despreciando el temor divino, y se exalta con la furia de su tiranía contra la verdad católica. Tanto extiende la temeridad de su locura, que reclama para sí la Iglesia Romana, cabeza de todas las Iglesias, y usurpa el derecho de potestad terrena en la señora de las naciones. Lo cual prohibió absolutamente aquel que la confió especialmente al bienaventurado apóstol Pedro, diciendo: A ti te daré mi Iglesia (Mat. XVI, 18). Que se cierre, pues, la boca de los que hablan iniquidad, y toda la hueste de los herejes enmudezca: porque ninguna fuerza tiene la mentira, que se encuentra destruida por la misma voz de la verdad. Sigue:

(Vers. 10.) Porque ceniza como pan comía, y mi bebida con llanto mezclaba.

14. Por esto principalmente los escribas y fariseos acusaban a nuestro Redentor, porque no solo no rechazaba a publicanos y pecadores, sino que también con ellos compartía comida y bebida. De ahí que algunos de ellos, llevándolo con indignación, decían: ¿Por qué come y bebe vuestro maestro con publicanos y pecadores? (Mat. IX, 11). Pero él, que no había venido a llamar a justos, sino a pecadores, ¿qué decía? No necesitan médico los sanos, sino los enfermos (Ibid. 12). ¡Oh inmensa clemencia de Dios! ¡Oh inestimable caridad de la gracia! Quería curar a aquellos que no querían tener salud, que armados contra su salvación, y acusando al médico al modo de los frenéticos, preferían incurrir en la muerte por su enfermedad, que encontrar la vida por la salud. Pero nuestro Redentor comía cenizas cuando los incorporaba a su cuerpo. Eran cenizas, porque al seguir más al príncipe de las tinieblas que al autor de la luz, en sus corazones estaba casi extinguido el amor del fuego divino. Cenizas, digo, eran, evidentemente inútiles para cualquier uso, y completamente disueltos sin el pegamento de la caridad. ¿Quién no admirará las riquezas de la misericordia de Dios? ¿Quién ya no desesperará de la remisión de los pecados? ¿Quién no creerá que, si se

convierte, obtendrá el perdón, al oír que incluso a los incrédulos se les admite con tanta benignidad? De ahí que el Apóstol diga: Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos de la ira por él (Rom. V, 10). Porque nuestro Redentor, viniendo al mundo, hizo de los vasos de ira vasos de misericordia, y abrió el seno de su piedad a todos los que venían a él, correctamente ahora dice: Porque ceniza como pan comía, y mi bebida con llanto mezclaba.

15. ¿Cuál fue su hambre o su sed? Él mismo lo muestra claramente, cuando dice: Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre, que me envió (Juan IV, 34). Y de nuevo: Me es necesario hacer las obras de mi Padre, que me envió, mientras es de día; viene la noche cuando nadie puede trabajar (Juan IX, 4). ¿Cuáles son estas obras del Padre, que dice que deben hacerse de día y no de noche, sino la cultura salvadora del campo intelectual? Él es el hombre que sembró buena semilla en su campo (Mat. XIII); a cuya cultura después destinó obreros (Mat. IX), cuando decía: La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies (Luc. VIII, 2). ¿Cuál es, pues, este campo? Él mismo lo muestra, cuando dice que el campo es el mundo, y la semilla es la palabra de Dios. Sembró, pues, para cosechar, cosechó para comer. Recoge diariamente el fruto de este campo, y como si de él se alimentara, se deleita con los progresos de los elegidos. De ahí que el esposo en el Cantar de los Cantares diga: Comí mi panal con mi miel (Cant. V, 15).

16. Este hombre también tiene una viña, la santa Iglesia, a la cual envió obreros a cultivar desde la mañana (Mat. XX), y después no cesó de enviar en cada tiempo. Está claro, pues, que así como cultivó el campo para comer, así plantó la viña para beber. Buena viña, que adornada con los colores de las uvas, y propagada con los sarmientos de amor y perseverancia, ofrece al Rey de todos un dulce sorbo en sus frutos. Buena, digo, viña, que puede decir: Fui viña para el pacífico, en la que tiene pueblos (Cant. VIII, 11). ¿Cuál es aquella que tiene pueblos, sino la santa Iglesia difundida por todo el mundo? Ella tiene pueblos, porque contiene a los creyentes rectos de todas partes de la tierra. En esta, pues, solo se convierte en viña cada elegido, porque nunca podrá dar fruto quien se aparta de la unidad de la Iglesia. Pues a Dios le sustrae el cáliz, quien consiente en la vana charlatanería de los herejes. ¿Qué es lo que Dios anhela, sino nuestra fe (Juan IV)? De ahí que pidiera de beber a la mujer samaritana, de quien no leemos que bebiera agua, sino que le ofreció bebida espiritual cuando lo reconoció como Salvador del mundo (Juan XIX). También en la cruz tenía sed, y deseaba la penitencia de los pecadores y la fe de los incrédulos. Pero la viña del Señor de los ejércitos, plantada en los padres por Dios, y cultivada con el arado de la doctrina y las azadas de la palabra por manos de los profetas, finalmente convertida en amargura, cuando debía ofrecerle el vino de la alegría, le ofreció el vinagre de la envidia mortal. Pues a menudo el buen vino se corrompe y se convierte en vinagre. Porque aquel pueblo, santo en los padres y malvado en los hijos, fue como primero vino, y después vinagre. Sin embargo, hubo algunos entre ellos que creyeron en este Salvador de todos, y hubo quienes se levantaron del profundo de los pecados hacia el padre de las misericordias. ¿Quién estuvo alguna vez más atado por más o mayores crímenes que aquella mujer pecadora, de la cual, como dice el Evangelista, expulsó siete demonios (Marc. XVI)? Pues también Zaqueo, publicano y ladrón, fue jefe de publicanos y ladrones, y sin embargo, el Hijo de Dios se hospedó en su casa (Luc. XIX, VI). Pero Simón se indignó por la admisión de la mujer: y la multitud murmuró por el hospedaje del pecador (Luc. XIX). Había mezclado su bebida con llanto, y por eso la insolencia de sus enemigos le reprochaba. Lo cual vemos que ocurre diariamente en la Iglesia, cuando vemos a pecadores llorando por sus pecados, revestirse de Cristo y entrar en su unidad. O ciertamente mezclar la bebida con llanto para Dios, es atraer a unos desde lo exterior hacia lo interior, y a otros desde lo interior hacia lo exterior. Sabemos

que la bebida se extrae de lo exterior hacia lo interior, y el llanto se deriva de lo interior hacia lo exterior. Porque nuestro Creador examina nuestros secretos, y no solo pesa las obras, sino también las intenciones profundamente, por su juicio oculto sucede que a algunos que parecían justos a los ojos de los hombres, los reprueba, y a otros que estaban cargados de crímenes, corregidos por la penitencia, los salva. Y cuando, según la sentencia del Apóstol, no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16), a unos que habían caído, los levanta misericordiosamente; a otros que parecían estar de pie, los permite caer justamente. Pues del pecado del primer padre recibimos que ni siquiera en la misma justicia podemos ser estables, sino que o nos erigimos contra Dios, atribuyéndonos el bien que hacemos, o nos elevamos en soberbia contra los prójimos, de donde también se añade:

(Vers. 11.) A causa de tu ira e indignación, porque al levantarme me has abatido.

17. Porque el primer hombre, pecando, sufrió la sentencia de justa condenación, que después la sucesión de los descendientes consecuentemente incurrió, por eso Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, y a liberarlos de la condenación en la que estaban retenidos. La Iglesia, que es su cuerpo, a la cual le otorgó las llaves del reino de los cielos, y le dio el poder de atar y desatar, por eso recibe diariamente a los pecadores, porque reconoce esa sentencia de ira de Dios. Porque así como por el rostro reconocemos a la persona del hombre, correctamente por el rostro de la ira, entendemos el conocimiento de la condenación. Pues que reconoce la ira de la indignación, lo muestra claramente cuando añade: Porque al levantarme me has abatido. Creado el resto de los animales, el hombre fue elevado sobre todos, porque fue dotado de libertad de albedrío y de la luz de la razón. A él también se le dio que no como los demás animales mirara siempre a la tierra, sino que, por la misma disposición de su cuerpo, mirara al cielo erguido; para que de esto también conociera claramente que debía dirigir su intención a las cosas altas, y elevar su mente a Dios. Pues su terror y temblor cayó sobre todos los animales, porque por la voz divina fue puesto sobre ellos. Tampoco incurriría en la muerte, si obedeciendo a los preceptos divinos nunca pecara. Pero transgrediendo los mandatos de su Creador, tanto más gravemente cayó, cuanto más alto estaba antes de caer. Cayendo, pues, fue abatido, porque no temiendo pecar, sufrió enfermedades por la salud, y aceptó la muerte por la vida.

(Vers. 12.) Mis días se han desvanecido como sombra: y yo me he secado como heno.

18. Gravis allisio, por la cual la luz se convierte en tinieblas, y el verdor se transforma en aridez. Pues el primer hombre tuvo el día como sombra, cuando se escondió de la faz del Creador (Gén. III). Quiso ocultarse entre las sombras del bosque, para mostrar claramente las sombras de ceguera que había sufrido interiormente. Si no estuviera en la sombra, no creería que Dios es local, ni pensaría que puede esconderse de sus ojos, sabiendo que Él ve incluso los secretos del corazón. Buscó entonces la sombra del cuerpo, quien primero incurrió en la sombra de la mente. Su día se había inclinado, y por eso la luz de la sabiduría no brillaba en su interior. Pues cuando el sol se inclina, produce sombras más grandes y gradualmente retira la magnitud de su calor. Por eso se describe que Adán fue llamado por Dios después del mediodía (Ibíd.), para que reconozcamos exteriormente lo que sucedía interiormente. Al mediodía la luz es más pura, el aire más claro, el calor más intenso. Así, pues, el mediodía estaba en el pecho de Adán, mientras, iluminado por la luz de la contemplación divina, ardía con las llamas del amor supremo. Pero perdió este mediodía miserable cuando pecó. Allí se enfrió el incendio del amor, se oscureció la claridad, falló la visión. Sin embargo, viniendo al mundo, el verdadero Hijo de Dios nos devolvió esta claridad, cuando con la iluminación de

su presencia ahuyentó las tinieblas de nuestro corazón. Por eso está escrito: El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz (Isa. IX, 2). Gran luz es el perdón de los pecados, el don de la gracia, la claridad de la inteligencia, el gozo de la contemplación, la concesión de virtudes. Pues nos dio, como dice el Apóstol, la prenda del espíritu (II Cor. V, 5): hemos probado la buena palabra de Dios y las virtudes del siglo venidero (Hebr. VI). Estos son los días de gracia que nos ha concedido la excelencia de la bondad de Dios. En los cuales, si despreciamos la noche de la maldad, caminamos sin tropiezo hacia la herencia del reino celestial. Por eso el Salvador dice: Si alguno camina de día, no tropieze, porque ve la luz de este mundo (Juan XI, 9). Pero estos días en nosotros declinan como sombra, cuando oponemos las nubes de nuestros pecados a la propiciación divina, y sufrimos la oscuridad de la mente, y extinguimos el ardor de la caridad divina. Sabemos, sin embargo, que cuando el sol se inclina hacia el ocaso, las sombras crecen hasta que llega la noche, y la luz del día desaparece por completo. Así, ciertamente, cuando en los corazones de los réprobos el sol de justicia comienza a ponerse, la sombra de ceguera crece vehementemente, de modo que no son iluminados por la luz divina, sino que son envueltos por la oscuridad mortal de la noche. Sigue:

19. Y yo como heno me he secado. Nadie ignora que por muy tierna o deleitable que sea la hierba, si se corta con la hoz, inmediatamente pierde la belleza de su color y se seca por la falta de humedad de la raíz. Así, ciertamente, cualquiera que se aleja de Dios por obras depravadas, necesariamente se seca por la falta de la humedad de la virtud interior. Por eso el Salvador dijo a sus discípulos: Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí (Juan XV, 4). Pues aunque los pecadores a menudo parezcan florecer en esta vida, reconocen su aridez al final, cuando pierden a la vez la dulzura de la vida risueña y la dignidad de la gloria temporal. Confiando en la vanidad de su sabiduría, mientras esperan que todo les sea fácil, creen que no necesitan la virtud de la religión. Y mientras se jactan de su vana sabiduría, no temen vivir insensatamente. Y los que están alejados de la raíz de la verdadera sabiduría, se han secado en su necia sabiduría. Si quieren revivir en la misma raíz de la sabiduría vital, deben esforzarse al máximo por avanzar hacia la fuente de la vida con el progreso de la mente.

(Vers. 13.) Pero tú, Señor, permaneces para siempre, y tu memoria de generación en generación.

20. Esto se refiere a lo que dice: Yo como heno me he secado. Como si dijera: Yo, que amando la vanidad y siguiendo la mentira, no quise permanecer en la eternidad y estabilidad, me hice temporal e inestable, incurrí en la aridez de la muerte. Pero tú, Señor, permaneces para siempre. Esta es, pues, la única esperanza de mi salvación, que me adhiera a ti; para que así como por mí me hice árido, por ti me haga eterno: y viviendo en ti, huya de la muerte, de la cual al apartarme perdí la vida. Nosotros también, sabiendo que el primer hombre fue hecho de tierra terrenal, el segundo del cielo celestial (I Cor. XV): así como llevamos la imagen del terrenal, llevamos también la imagen del celestial, y seamos uno con él, que resucitando de entre los muertos ya no muere, y la muerte no tendrá más dominio sobre él (Rom. VI). Él es quien se hizo espíritu vivificante, de quien si somos miembros, ascenderemos juntos a donde nuestra cabeza nos ha precedido. La esperanza de su ascensión nos la confirió él mismo, quien dijo: Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII, 24). Pero si fuéramos separados de su cuerpo, como miembros cortados, careceremos de la participación de la vida, ni ascenderemos con él al cielo. Seamos, pues, uno con él, porque como él mismo dijo: Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan III, 13). Y es de notar que no dijo, vives, sino, permaneces para siempre. El hombre, aunque viva mucho tiempo, no permanece

un solo día; porque por la condición de la muerte está destinado a cambiar siempre. De quien un sabio dice: Que como una flor sale y se marchita, y huye como una sombra, y nunca permanece en el mismo estado (Job XIV, 2). Pero Dios, que solo es verdaderamente eterno, verdaderamente inmortal, permanece para siempre, porque en él no hay nada transitorio, nada mutable, nada que sea ajeno a su sempiterna divinidad. Tu memoria de generación en generación. ¿Qué es más memorable en Dios que la misericordia? Pues de ella está escrito: Sus misericordias sobre todas sus obras (Sal. CXLIV, 9). Y la misericordia del Señor desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen (Sal. CII, 17). Aunque creó al hombre de manera maravillosa, más maravillosamente lo redimió perdido por la muerte de su Hijo. Esta misericordia memorable de Dios permanece de generación en generación, que se extiende a todos los que viven a lo largo de los tiempos hasta el fin del mundo.

(Vers. 14.) Tú te levantarás y tendrás misericordia de Sion, porque es tiempo de tener misericordia de ella, porque ha llegado el tiempo.

21. Si tomamos Sion literalmente, podemos notar en este lugar la vocación de los judíos y de los gentiles. Y parecerá de este modo como una exposición del verbo precedente, para que al nombrar dos generaciones, muestre cómo la misericordia de Dios permanecerá de generación en generación. Dice, pues: Tú te levantarás y tendrás misericordia de Sion. Por el Hijo, Dios Padre se levantó, porque quien antes no era conocido, por él llegó al conocimiento de los hombres. Por eso se le llama la palabra del Padre y el esplendor (Hebr. I); porque por él se conoce la voluntad de Dios, y se declara la misma esencia de la divinidad. Sion, es decir, el pueblo judío, tuvo misericordia de él, cuando quiso nacer de su progenie, y primero los llamó a la fe. Tiempo de tener misericordia, entiende tiempo de plenitud, porque según la sentencia del apóstol: Cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo nacido de mujer, hecho bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley (Gal. IV, 4). Lo que dice: Porque ha llegado el tiempo, quiere decir el tiempo de la gracia, del cual el Señor dice por el profeta: En el tiempo aceptable te escuché, y en el día de la salvación te ayudé (Isa. XLIX, 8). Lo que el apóstol explica diciendo: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación (II Cor. VI, 2).

(Vers. 15.) Porque agradaron a tus siervos sus piedras, y tendrán misericordia de su tierra.

22. Por las piedras de Sion podemos entender a los apóstoles, que nacidos del pueblo judío, edificaron la Iglesia de sí mismos. Estas piedras agradaron a los siervos de Dios, cuando los profetas, por el espíritu, vieron cómo serían. Pues si los apóstoles no hubieran agradado a los profetas, de ninguna manera Isaías habría dicho de ellos: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas? (Isa. LX, 8). Y de nuevo: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas! (Rom. X, 15, de Isa. LII). ¿Quiénes son los que anuncian la paz, sino los apóstoles que predicán a Cristo? Él es nuestra paz, como dice el Apóstol, que hizo de ambos uno (Efe. II, 14). Por eso, cuando él nació, los ángeles anunciaron a los pastores la paz devuelta a los hombres (Luc. II), que después los apóstoles proclamaron públicamente a todas las naciones. Por los pies de los que anuncian, entendemos los afectos de los apóstoles, que eran hermosos cuando no buscaban sus propios intereses, sino la utilidad de los oyentes. Hermosos, digo, eran, que no contraían las manchas del lucro terrenal en el mismo curso de su obra. Entonces se dice que tenemos pies corporales hermosos, cuando no nos manchamos con la suciedad del camino fangoso. Porque los apóstoles no buscaban riquezas terrenales en su oficio de predicación, se dice con razón que sus pies eran hermosos. Por eso Ana profetizó de Dios, diciendo: Guardará los pies de sus santos (I Sam. II, 9). Porque los profetas, por el Espíritu Santo, vieron cómo serían los apóstoles, se dice con razón ahora que las piedras de Sion agradaron a los siervos de Dios.

Estas piedras tuvieron misericordia de la tierra, porque absolvieron de los pecados a los que hacían penitencia. Por tierra entendemos a los pecadores. Por eso se dijo a la serpiente por el Señor: Comerás tierra todos los días de tu vida (Gén. III, 14). El antiguo enemigo come tierra; porque esconde a los pecadores en el vientre de su malicia; y deseando la perdición de los hombres, de algún modo se alimenta, mientras se deleita con sus malas obras. Las piedras de Sion, los apóstoles, tuvieron misericordia de la tierra, cuando a los judíos convertidos del error los absolvieron de los pecados. He aquí que se ha construido un muro de la casa de Dios, que es la Iglesia, un muro, digo, de la circuncisión; vendrá un muro de la incircuncisión, para que dos muros unidos en una piedra angular, construyan una sola ciudad (Efe. II). Veamos, pues, qué sigue:

(Vers. 16.) Y temerán las naciones tu nombre, Señor, y todos los reyes de la tierra tu gloria.

23. Como si dijera: No solo tendrás misericordia de Sion, llamando a los judíos, sino también de las naciones, convirtiéndolas a la fe. Las cuales no resistirán al Evangelio, sino que, reconocida la verdad, temerán tu nombre, Señor. Temerán, digo, no con temor servil, sino casto y filial. Las naciones temieron a Dios, cuando despreciaron el culto de los ídolos, y despreciados los errores de la antigua superstición, fueron purificadas por el bautismo de penitencia, y recibieron las enseñanzas de la doctrina cristiana. En estas palabras se nota que no dice: Sion temerá tu nombre, Señor, sino: Las naciones temerán tu nombre, porque aunque Cristo fue enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel, sin embargo, rechazando ellos la palabra de Dios, y juzgándose indignos de la vida eterna, los apóstoles se volvieron a las naciones (Mat. XV), que recibieron el nombre de Cristo con gozo (Hech. XIII). Por eso el Apóstol dice: Digo que Cristo Jesús fue ministro de la circuncisión, por la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres. Y que las naciones glorifiquen a Dios por su misericordia, como está escrito: Por eso te confesaré entre las naciones, y cantaré a tu nombre (Rom. XV, 8). Por eso dice de nuevo: Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado, pero la elección lo ha alcanzado (Rom. XI, 7). Y todos los reyes de la tierra tu gloria. Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (I Cor. I). Llamó a los ignobles para vencer a los nobles; eligió a los pescadores para someter a los reyes. He aquí que se ha cumplido lo que se predijo de Cristo: Todos los reyes de la tierra temerán tu gloria. Pues toda cumbre del mundo se inclina ante la reverencia de Cristo; toda dignidad de la condición humana se inclina al servicio de Cristo, como dice el Apóstol: Cristo se hizo obediente por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra (Fil. II, 8). La gloria de Cristo es la resurrección, por la cual arrebató el reino al diablo, y destruyó el imperio de la muerte. Pues quien en la muerte fue visto débil, en la resurrección apareció glorioso. Por eso dice el Apóstol: Y si murió por debilidad, pero vive por el poder (II Cor. XIII, 4).

(Vers. 17.) Porque el Señor edificó Sion, y se verá en su gloria.

24. Esta es la causa por la cual las naciones y los judíos son llamados a la fe. Pues de ambos pueblos se edificó Sion espiritual, que puesta en la altura de las virtudes, abandona lo terrenal, se dirige a lo celestial, prevé el futuro, no teme los ataques de los enemigos. Sus fundamentos están en los montes santos (Sal. LXXXVI), porque como dice el Apóstol: Ya no somos extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas (Efe. II, 19). En esta ciudad Dios se une al hombre, como está escrito: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos (Apoc. XXI, 3). Pues rechazó la sinagoga, eligió la Iglesia. Por eso está escrito: El Señor ama las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob (Sal. LXXXVI,

2). Aquellas moradas Dios las abandonó, pero Sion, es decir, la Iglesia, la iluminó con la presencia de su habitación. Por eso allí no se le ve, pero aquí es visto por aquellos que son puros de corazón, con la mirada de la mente, pues se añade: Y se verá en su gloria. En su gloria Cristo es visto en la Iglesia, quien en la sinagoga fue visto en debilidad. En cuya debilidad no será visto de la muerte, quien hecho inmortal e impassible, con el Padre Dios en aquella sede celestial ya glorifica. Por eso dice el Apóstol: Aunque conocimos a Cristo según la carne, ya no lo conocemos (II Cor. V, 16). También podemos entender por lo que se dijo antes, Tú te levantarás y tendrás misericordia de Sion, el perdón de los pecados que se da en la Iglesia, y los dones de la gracia multiforme, que se consiguen con incrementos divinos diarios. Que Dios multiplica en aquellos a quienes agradan las piedras de Sion, es decir, que reciben la doctrina de los apóstoles y, en la medida de lo posible, imitan sus ejemplos. Pero ya volvamos a lo que sigue.

(Vers. 18.) Miró a la oración de los humildes, y no despreció sus súplicas.

25. Dios miró a la oración de los humildes, cuando envió a su Hijo al mundo para reformar la naturaleza humana. Pues esto requería la oración de los justos, esto esperaba el deseo de los profetas, que viniera al mundo aquel que redimiera al hombre de la servidumbre diabólica, y abriera el acceso a la vida, que la culpa había cerrado, con el gratuito don de su piedad. Por eso Isaías dice: Clamarán al Señor a causa del opresor, y él les enviará un Salvador y defensor que los libre (Isa. XV, 20). De estas palabras se deduce claramente que miró a la oración de aquellos que clamaban en la tribulación, no solo les concedió un Salvador, sino que también les envió un defensor. El mismo que fue Salvador, fue también defensor. Pues el Hijo de Dios es el Salvador, de quien está escrito por el profeta: Dios mismo vendrá y nos salvará (Isa. XXXV, 4). Por eso también Jesús fue llamado por el ángel antes de ser concebido en el vientre (Luc. 1 y 2). Pues que es defensor, él mismo lo muestra cuando dice por el profeta: Yo que hablo justicia, y soy defensor para salvar (Isa. LXIII, 1). De esto no despreció las súplicas, porque les concedió lo que pedían. Pues si hubiera despreciado sus súplicas, de ninguna manera habría enviado a su Hijo para liberarlos. Por eso Moisés dijo al Señor: Te ruego, Señor, envía a quien has de enviar (Éxod. IV, 13). Por eso otro profeta exclamó, diciendo: ¡Ojalá rasgaras los cielos y descendieras! (Isa. LXIV, 1). Por eso también David dijo: Dios, da tu juicio al Rey (Sal. LXXI, 1). Dios Padre dio su juicio al Rey, cuando el Hijo de Dios asumió la sustancia de la carne humana. Por eso el Padre mismo dijo al Hijo: Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión; los regirás con vara de hierro, y como vasija de alfarero los quebrarás (Sal. II, 8). Está claro, pues, que le dio su juicio, a quien entregó tanto el reino de los buenos como la destrucción de los incorregibles. Pues una vez que una vasija de alfarero se rompe, de ninguna manera se repara después. ¿Qué se designa, pues, por la ruptura de las vasijas de alfarero, sino la condenación final? Pues allí, por la severidad del juicio, quienquiera que se rompa, de ninguna manera se reparará después por el remedio de la penitencia. Este juicio ciertamente se hará por el mediador entre Dios y los hombres, porque está escrito: El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo (Juan V, 22). Asimismo, Dios mira a la oración de los humildes, cuando escucha a los fieles que oran por sí mismos o por otros.

(Vers. 19.) Estas cosas se escribirán para la generación venidera, y el pueblo que será creado alabará al Señor.

26. Así como la Iglesia primitiva fue construida a partir de dos pueblos, también hay una doble generación reunida en la unidad de la fe, a saber, la carnal y la espiritual. Por lo tanto, ya sea que entendamos Sion y lo mencionado anteriormente literalmente, o que todo se

refiera a la Iglesia a través de una comprensión mística, lo que sigue concuerda con lo anterior y se alinea con lo ya expuesto. Pues se ha dicho: "Tú, Señor, te levantarás y tendrás misericordia de Sion". Y nuevamente: "Porque el Señor edificó Sion". Ahora dice: "Escriban esto para la generación futura". Lo que fue prometido a los judíos parece haberse cumplido en los gentiles. Si, según la inteligencia espiritual, aceptamos a Sion como la Iglesia, entendemos por generación futura a la espiritual, en la cual ciertamente están escritas las promesas divinas; porque todo lo que la Sagrada Escritura afirma sobre la remisión de los pecados y la eternidad de la felicidad, la generación espiritual lo inscribe en sus corazones por el amor del espíritu. A esta generación se le dice: "Escucha, Israel, los mandamientos del Señor, y escríbelos en tu corazón como en un libro" (Deut. VI, 3, 7). Sobre esta inscripción de los mandamientos de Dios, el Señor dice a través del profeta: "Este es el pacto que haré con ellos; pondré mis leyes en sus corazones y las escribiré en sus mentes" (Jer. XXXI, 33). Buen padre es aquel que no prescribe a sus hijos los derechos de una herencia terrenal, ni casas construidas de barro o ladrillos, ni montones de oro o plata, que a menudo son semilleros de envidia y celos, y fomentos de soberbia y lujo; sino que propone la gracia de la caridad y el amor, los edictos de la justicia y la piedad, y la ley de la verdad no en piedra, pergamino, madera o cera, sino en las tablas del corazón; para que los hijos de la promesa eterna nunca se ocupen de pensamientos vanos, sino que, teniendo siempre el testamento del Padre omnipotente ante sus ojos, piensen en lo que deben temer o esperar, y se esfuercen con todos sus votos en cumplir los mandamientos celestiales. De estos dice el Profeta en el salmo: "Esta es la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob" (Sal. XXIII, 6). ¿Qué hay más noble que la generación divina? ¿Qué más sublime que la celestial? ¿Qué más puro que la concepción espiritual? El Señor inmaculado quiso que el hombre naciera sin mancha de pecado, y que la sucesión de la descendencia humana se propagara sin el vicio de la delectación carnal. Y por eso hizo a Adán de tal manera que pudiera engendrar hijos sin pecado, si hubiera permanecido en la obediencia al Creador. Pues podría haber sido que, así como la tierra germina sus frutos sin delectación, así una mujer pudiera dar a luz sin pecado; y así como Adán fue creado puramente por Dios, así el hombre pudiera procrear al hombre puramente. ¿Por qué debería parecerle increíble al hombre, cuando incluso a las abejas se les concede esto mismo? Pero porque el alma humana se negó a obedecer a su Señor, la carne despreció obedecer al imperio del alma. Pues siempre le fue rebelde después, y se levantó en soberbia contra aquella de la que había sido sierva. A menudo, además, se eleva tanto que, en cambio, domina a su señora. De ahí que, en la procreación de los hijos, caiga en pecado por delectación, y al obrar bien, delinque al obrar mal.

27. Pero el Mediador entre Dios y los hombres, así como nos devolvió la vida que habíamos perdido, también restauró en nosotros esta generación. Por eso quiso nacer de una virgen y sin pecado; para mostrar claramente que también nos concedería esto entre los innumerables dones de sus beneficios. Por eso dice: "Por tanto, el mismo Señor os dará una señal: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo" (Isaías VII, 14). No diría que la concepción de la virgen es una señal, si no nos señalara algo en su propio nacimiento que debiéramos creer. Por eso está escrito nuevamente: "Oh raíz de Jesé, que estás como señal para los pueblos" (Isaías XI, 10). La natividad de Cristo sin mezcla viril fue una señal para los pueblos, que a los que creen en su nombre les daría el poder de ser hechos hijos de Dios: a aquellos que no nacen de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Juan I, 12). Así como la bienaventurada María dio a luz a Cristo siendo virgen, y permaneció incorrupta después del parto, así también la madre Iglesia genera hijos para Dios sin dolor, y siempre persevera virgen e intacta. Quienes en esto también, al amar a Dios con todo su corazón, muestran claramente que tienen a Dios por Padre. Porque es propio de los hijos amar, no

temer. Además, en este amor no se adormecen en la ociosidad, ni se enorgullecen de sus obras, sino que guardan la voluntad de Dios en los mandamientos celestiales, y no buscan ninguna alabanza de los hombres por la operación de las virtudes. Por eso se añade: "Y el pueblo que será creado alabarán al Señor". En sus obras alaban a Dios, quienes no atribuyen a sí mismos el bien que hacen, sino a la gracia de Dios. Por eso Pablo, cuando dijo que había trabajado más que todos, añadió y dijo: "No yo, sino la gracia de Dios conmigo" (II Cor. XV, 10). Pero las obras de santidad que hay en nosotros, deben ser llevadas al exterior para la edificación de los prójimos, de tal manera que en ellas no se busque el favor o la gracia humana, sino que se alabe a Dios, de quien han sido conferidas a los hombres. Por eso la Verdad misma dice a los apóstoles: "Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo V, 16).

(Vers. 20.) "Porque miró desde su excelso santuario; el Señor miró desde el cielo a la tierra."

28. Ni nacería algo nuevo después de la creación, ni la vida de los santos alabaría perfectamente a Dios, si no nos hubiera mirado la divina misericordia a través de aquel que nos enseñó a nacer de nuevo en Nicodemo, mostrando que de otro modo no podríamos entrar en el reino, a menos que renaciéramos del agua y del espíritu. Por eso, cuando el profeta dijo que el Señor bendeciría al pueblo que iba a ser creado, inmediatamente añadió la causa de nuestra redención (Juan III), como quien indudablemente sabía que de otro modo no podría crearse un nuevo pueblo, a menos que nuestro Señor y Redentor, el nuevo hombre, viniera al mundo. Ni podría nadie dudar más de la verdadera salvación, sabiendo que el médico omnipotente había descendido a los enfermos. Por tanto, se dice: "Porque miró desde su excelso santuario". Decimos que miramos cuando observamos desde lejos. Por lo tanto, porque por la encarnación del Verbo de Dios no solo Judea, que parecía estar cerca, sino también los gentiles serían liberados por misericordia, ahora se dice correctamente: "Porque miró desde su excelso santuario", según está escrito: "Paz a los que están lejos, y paz a los que están cerca" (Efesios II, 17). Nuestro Redentor no sin razón es llamado excelso, porque nadie de los mortales contempla el poder de su divinidad; de hecho, fue santo, y fue de Dios en todo. Por eso él mismo dice de sí en el Evangelio: "A quien Dios santificó y envió al mundo" (Juan XVI, 36). Porque fue de Dios en todo, él mismo testifica cuando dice: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Juan V, 19). El mismo que fue excelso, también fue cielo; pero excelso por la sublimidad, cielo por la divina habitación. Porque en él, como testifica el Apóstol, "habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Colosenses II, 9). Y también el Señor dice por el profeta: "El cielo es mi trono" (Isaías LXVI, 1). ¿Qué mayor trono de Dios que Cristo? Cristo es, por tanto, el cielo de Dios, desde el cual el Señor miró a la tierra, para que, al dar esperanza de perdón a los pecadores a través de él, mirara desde el cielo a la tierra, para que se hiciera cielo quien fue tierra. Esto se muestra claramente cuando inmediatamente se añade:

(Vers. 21.) "Para escuchar el gemido de los prisioneros, para liberar a los hijos de los muertos."

29. Los hombres santos no incongruentemente son llamados prisioneros, porque atados con los vínculos de la disciplina de Dios, no se desvían hacia las cosas exteriores, y como si fijaran inmóvilmente el paso de su obra, no se apartan en absoluto del deseo del Creador. De estos grilletes está escrito: "Pon tus pies en sus grilletes, y tu cuello en sus collares" (Eclesiástico VI, 25). Porque ciertamente, aquel cuyos pasos son refrenados de la maldad, su fe es adornada con la variedad de las santas virtudes. El cuello es la fe, por la cual cada fiel se une a Dios, y como por el cuello, la Iglesia, que es su cuerpo, se une a su cabeza, Cristo. Por

eso, en alabanza de la esposa en el Cantar de los Cantares se dice: "Tu cuello es como collares" (Cantar I, 10). Porque como dice Santiago: "La fe sin obras está muerta" (Santiago II, 26); el cuello de la esposa está adornado con collares, cuando la fe del alma santa es decorada con obras. Los prisioneros gimen continuamente, porque al considerar las tinieblas de su exilio, suspiran incesantemente por la claridad de la visión de Dios. Pero Dios no escucharía su gemido, si no nos hubiera dado a su Hijo como mediador. Por eso dice el Apóstol: "Por quien tenemos acceso al Padre, y él mismo es la propiciación por nuestros pecados" (Efesios II, 18). Por tanto, es evidente que Dios no escucharía el gemido de nadie, si no hubiera venido aquel por quien tenemos acceso al Padre. Para liberar a los hijos de los muertos. Los hijos de los muertos son los imitadores de los mártires, aquellos que entregaron sus cuerpos por el testamento de Dios, y lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero (Gálatas V); o aquellos que, mortificando sus miembros sobre la tierra, crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias. También podemos entender por prisioneros a aquellos que se reconocen atados por los vínculos de la mortalidad y la pasibilidad, y afligidos por las miserias de la necesidad humana, gimen incesantemente.

(Vers. 22.) "Para anunciar en Sion el nombre del Señor, y su alabanza en Jerusalén."

30. Liberados de los vínculos del pecado, tanto más anuncian el nombre de Dios en la Iglesia, cuanto más se les ha perdonado de los excesos de los pecados que tenían. ¿Qué otra cosa es anunciar el nombre del Señor, sino predicar la misericordia de Dios en la Iglesia? Porque es propio de los señores tener misericordia. Por eso se dice de Cristo: "Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Mateo XXI, del Salmo CXVII, 26). Sabemos que el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, es el juez del género humano; según está escrito: "El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio ha dado al Hijo" (Juan V, 22). Si hubiera venido en su primer advenimiento en el nombre de juez, ciertamente no habría nadie que pudiera escapar de la pena de la condenación eterna. Porque todos, como dice el Apóstol, "pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos III, 13). Por tanto, vino en el nombre del Señor, quien vino para perdonar los pecados, no para condenar a los pecadores. Vino, digo, en el nombre del Señor primero, quien vendrá en el nombre de juez en su segundo advenimiento. En Sion, por tanto, anuncian el nombre del Señor, quienes predicán la misericordia de Dios a los pueblos. Sigue: "Y su alabanza en Jerusalén". Llama a una sola Iglesia con diferentes nombres por diversas causas: la llama Sion, como la que se eleva a las alturas; Jerusalén, como la que, habiendo ya mortificado a sus enemigos, contempla en sí misma la verdadera paz. Es de notar que primero se debe anunciar el nombre del Señor, y después puede ser alabado. Porque el reconocimiento del nombre es seguido por la alabanza de la confesión. ¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído? (Romanos X). ¿Qué mayor alabanza de Dios hay, que el mundo reunido en la unidad de la fe, no solo anuncia sus obras, sino que también lo alaba con su vida y obras? Por eso se añade:

(Vers. 23.) "En la reunión de los pueblos en uno, y de los reyes para servir al Señor."

(Vers. 24.) "Le respondió en el camino de su virtud, anúnciame la brevedad de mis días."

31. Los pueblos se reunieron en uno en la Iglesia extendida por todo el mundo, que cree que Cristo es el Hijo de Dios. De esta unidad dice el Apóstol: "Un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo" (Efesios IV, 5). Fuera de esta nadie alaba a Dios, nadie anuncia. Esta unidad la designaba aquel único que, después de la agitación del agua, descendiendo a la piscina, era sanado (Juan V): Porque nadie puede encontrar el remedio de la verdadera salvación, a menos que venga a la unidad de la fe, y revistiéndose de Cristo por la santificación de la vida, se haga uno con él. Por eso la Verdad misma dice: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a

ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII, 3). Por reyes, entendemos a aquellos que dirigen los movimientos de sus almas según la voluntad de Dios, y como reyes dominan sobre ellos, mientras, sentados en la eminencia de la razón como en un trono real, someten a servidumbre todo lo que se opone, y con todo pacificado, disponen en sí mismos las leyes de la equidad y los derechos de la inocencia; o también a aquellos que, estando al frente de los pueblos, parecen estar en la cumbre de las cosas, mientras abundan en riquezas, son colmados de honores, sobresalen en el dominio terrenal del imperio, y son exaltados por la gloria del poder mundano, no parecerá absurdo, ya que tanto aquellos en la dirección de sus corazones sirven al Señor, como estos, manteniendo las enseñanzas de la religión cristiana, someten sus cuellos mentales al yugo de la fe ortodoxa.

32. En esta reunión de pueblos y reyes, cualquier fiel responde a Dios en el camino de la verdad, es decir, en Cristo, quien se propuso a nosotros como el camino diciendo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV, 6). Esta respuesta no se estima por la voz, sino por la obra. No responden al Señor aquellos que, llamados, viven perversamente, que después de haber recibido la semilla divina en la tierra racional, producen espinas de perversidad o abrojos de maldad (Mateo XIII); sino aquellos que, adaptándose en todo bien, dan gracias a Dios por su vocación, y llevan fruto a Dios al ciento por uno, o al sesenta, o incluso al treinta en la inocencia del corazón. Es de notar lo que dice: "En el camino de su virtud" (Juan XV). Porque la virtud de Cristo es la gloria de su resurrección. Aunque hizo obras que nadie más hizo, y las señales de sus milagros afirman la fe en su divinidad, sin embargo, ninguna vía más poderosa o adecuada para creer en él existió, que el hecho de que muerto y sepultado resucitó al tercer día. En el camino, por tanto, de la virtud de Dios responde la Iglesia, cuando, sin afirmar nada ambiguo sobre la gloria de la resurrección de Cristo, sin sentir nada oscuro, se esfuerza en morir con Cristo en sus miembros por el bautismo y la penitencia, y revistiéndose de Cristo por la novedad de vida, se vivifica con él. Porque al no ver nada en sí misma que sea luminoso, nada vital, cree que solo de Dios puede adquirir tanto la plenitud de las virtudes luminosas, como la deseada eternidad de la vida indeficiente, que también solo puede advertir por la gracia de Dios cuán sujeta está a defectos, cuán sujeta a debilidades, cuán rodeada de miserias. Por eso dice: "Anúnciame la brevedad de mis días". Como diciendo: Ya que no puedo lograr esto por mis propias fuerzas, que pueda entender cuán pocos son mis días, haz que por la gracia de tu inspiración, reconozca tanto la falta de virtudes, como la brevedad de esta vida, para que, considerando el rápido tránsito de esta vida, no sienta en mi corazón ningún afecto por el amor de ella.

(Vers. 25.) "No me llames en la mitad de mis días, en generación y generación son tus años."

33. Por la mitad de los días, entendemos la imperfección de la vida, en la cual cualquier fiel ruega no ser llamado del exilio de este mundo, para que si en el día de su salida aún está ocupado por el amor de la vida transitoria, no pueda menos pasar a aquella vida de eternidad. En esta vida tomamos solo la mitad de los días, porque aunque el esplendor de este sol material nos ilumine continuamente, sigue la noche, que oscurece continuamente a los iluminados. Por tanto, que cada uno ruegue que, mientras en el curso de esta vida se fija en el amor de la mente, antes de que se esfuerce por alcanzar las cosas eternas, no sea llamado por Dios. Los hombres santos, aunque están rodeados de carne mortal, no están en la mitad de los días, porque suspendidos por el amor del deseo perfecto, ya disfrutaban en esperanza de aquella eternidad de vida bienaventurada. Por eso Pablo dice: "En esperanza fuimos salvados" (Romanos VIII, 24). Por eso dice nuevamente: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses III, 20). Así llegan al estado de eternidad con un curso sin tropiezos; así, antes del término de esta vida, han fijado su mente en el deseo de la eternidad. Esto se muestra claramente cuando inmediatamente se añade: "En generación y generación son tus años".

Nota que significa su vida con la expresión de pocos días, pero la eterna con los años en generación y generación; para que por esto también el lector prudente entienda tanto la longitud infinita de aquella futura felicidad, como la brevedad pasajera de la gloria temporal. ¿Quién no sabe que los años son mucho más largos que los días? Porque aunque en los años se pueda entender un fin, dice que permanecerán en generación y generación. La Sabiduría dice: "Generación va, y generación viene, pero la tierra permanece para siempre" (Eclesiastés I, 4). Esta es la inestable permutación de esta vida, que al morir unos, otros les suceden, a quienes después, de manera similar, otros no en igual condición nacen. De todas estas generaciones que han sido o serán en el mundo, se perfecciona aquella generación viva y divina, que disfrutará para siempre de la compañía de la claridad de Dios. En esta, por tanto, nos dice el profeta que permaneceremos, es decir, en la eternidad de Dios: entonces, cuando la generación que precede y la que sigue se hagan una, ya que la muerte, que antes de ser absorbida en victoria, no deja nada estable, nada sólido, nada intacto (I Cor. XV).

34. Sin embargo, estas palabras pueden entenderse de otra manera, refiriéndose a lo anterior de este modo. Se ha dicho anteriormente: El pueblo que será creado alabaré al Señor. ¿Cómo, entonces, lo alabaré? Lo muestra al decir: Le respondió en el camino de su virtud, y anunciarán su alabanza en Jerusalén. No en la Jerusalén que sirve con sus hijos (pues aquella llamada no responde en alabanza), sino en aquella a la que se le dijo: Alégrate, estéril que no das a luz, rompe y clama tú que no das a luz (Isaías LIV, 1); llamada, responde al Señor puesta en el camino de su virtud. El camino de la virtud de Cristo es la imitación de su constancia. En este camino, el pueblo creado, o la Jerusalén inteligible, responde al Señor, porque así como Cristo puso su alma por nosotros, siguiendo la constancia de Cristo, no rehusó poner su alma por los hermanos en sus hijos. Lo que respondió lo muestra al decir: Anúnciame la brevedad de mis días. El pueblo renovado, o la madre fecunda de hijos espirituales, ruega que el tiempo de esta tribulación le parezca breve en comparación con la felicidad eterna; para que no, mientras cree que las persecuciones que sufre se extienden demasiado, por la dilación de las recompensas, vencida por el tedio, pierda la constancia de Cristo que propuso imitar. Entonces Dios nos anuncia qué debemos seguir, cuando nos inspira los secretos de su voluntad. ¿Acaso no había anunciado Dios la brevedad de sus días, quien decía: Considero que los sufrimientos de este tiempo no son dignos de ser comparados con la gloria futura que se revelará en nosotros (Rom. VIII, 18)? Pues sabía que la presión temporal de las pasiones se concluye con un fin veloz, mientras que la felicidad de la gloria celestial no se angustia con ningún término.

35. Podemos entender también otra cosa por la brevedad de los días. Hubo herejes que decían que la Iglesia no era universal, sino que se consumaría en el tiempo de Donato y antes del fin del mundo; no atendiendo a lo que el Señor prometió a los apóstoles, diciendo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20). Contra ellos se dice ahora: Anúnciame la brevedad de mis días. Es evidente que por la multiplicidad de los días se entiende la vida eterna; por la brevedad, se designa el curso de este mundo. Pues está escrito: La longitud de los días está en su mano derecha (Prov. III, 16). ¿Qué se designa por la mano derecha, sino la vida perpetua? Porque la paz de los santos no se cierra con ningún término, correctamente se dice que en la mano derecha de Dios está la longitud de los días. Pues lo que aquí se dice: Anúnciame la brevedad de mis días, es como si la Iglesia dijera: Hay quienes, envueltos en la oscuridad de su insensatez y en los errores de su detestable perfidia, afirman que seré terminada en breve, y que no tendré habitante hasta el fin del mundo; pero tú, de cuyas promesas no desconfío, anúnciame la brevedad de mis días. La futura brevedad de los días, digo, ha sido dada a la Iglesia, porque durante todo el tiempo de esta vida debe florecer la fe cristiana en el mundo. No me retires en la mitad de mis días.

Por la mitad de los días, entiende la imperfección de los tiempos transitorios, en la cual Dios permitiría ser retirado, si favoreciera esta sentencia de los herejes. Esto lo pide para que no la perversidad de algún error la aparte de aquellos años que son de generación en generación.

(Vers. 26.) Al principio tú, Señor, fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos.

36. El principio es el Hijo de Dios, de quien está escrito; Él es el principio de toda criatura (Apoc. III). Lo cual él mismo mostró claramente, cuando se nombró a sí mismo como principio. De hecho, en el Apocalipsis dice a Juan: Yo soy el alfa y el omega, el primero y el último, el principio y el fin (Juan VIII; Apoc. I, 8; XXI, 13). En este principio se fundó la tierra, porque en él se fundó la Iglesia. De aquí que el Apóstol dice: Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III, 11). De aquí que el mismo Mediador de Dios y de los hombres, dice al príncipe de los apóstoles: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mat. XVI, 18). Él es la piedra, de la cual Pedro tomó su nombre, y sobre la cual dijo que edificaría su Iglesia. La Iglesia es llamada tierra, tanto porque en la cosecha de los pueblos fieles abunda en fecundidad espiritual, como porque en la solidez de la fe persevera inmóvil con perpetua firmeza. Por eso se dice por Salomón: La tierra permanece para siempre (Ecles. I, 4). La tierra se dice que permanece para siempre, porque la santa Iglesia en este mundo no decaerá de la fe católica, y en el futuro permanecerá con Dios en eterna estabilidad. Pues que en esta vida no debe ser quebrantada por ninguna adversidad, ni superada por ninguna persecución, lo muestra claramente aquel sobre quien está edificada, cuando dice: Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mat. XVI, 18). Las puertas del infierno son las herejías, que mientras engañan a muchos débiles en la fe con la astucia engañosa de las palabras, les abren como una entrada al infierno. También son puertas del infierno ciertos poderes de este mundo. ¿Qué hicieron Nerón, Diocleciano, y este que en este tiempo persigue a la Iglesia, sino que todos son puertas del infierno? ¿Quién podría imaginar cuántos han sido devorados por sus promesas? ¿Cuántos aterrorizados por su miedo? ¿Cuántos superados por sus aflicciones? A todos ellos el profundo de la muerte perpetua los ha absorbido, y el infierno los ha admitido al tormento de la condenación eterna. Pero la Iglesia, fundada en la solidez de aquella piedra de la que se ha dicho, es sacudida por los vientos de las amenazas, no se mueve por los ríos de las persecuciones, no tambalea por las incomodidades de las penas corporales, ni vacila por el temor de la misma muerte. Sin embargo, aquellos que abren como puertas del infierno a sus seguidores, no cesan de impugnarla y perseguirla por todos los medios. ¿Qué hacen, sino que intentan invalidar las palabras de la verdad? Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, dice el Señor, y sin embargo, intentan prevalecer contra ella. Pero el Señor es fiel en todos sus caminos, y santo en todas sus obras. Al principio fundó la tierra, y los cielos son obra de sus manos (Sal. CI, 26). ¿Qué entendemos por cielos, sino a los santos predicadores? Que riegan esta tierra, de la que se ha dicho, con las lluvias de sus palabras, tronando a los pueblos fieles sujetos, amenazando con la salida de la condenación eterna, brillando al hacer milagros para confirmar la fe de sus palabras. Pues que las palabras del predicador son lluvia, lo testifica el Señor, cuando dice por el profeta: Como descende la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelve allá, sino que riega la tierra y la fecunda, y la hace germinar, y da semilla al sembrador y pan al que come; así será la palabra que salga de mi boca (Isa. LV, 10). ¿Qué más claro? Así como las lluvias descenden del cielo, así de los predicadores emanan las palabras de la doctrina. Estos son, sin duda, los que narran la gloria de Dios. De los cuales también aquí se dice, que los cielos son obra de sus manos. En los precedentes dice el Profeta: Veré tus cielos, obra de tus dedos (Sal. VIII, 4); aquí dice: Los cielos son obra de tus manos. ¿Qué significa que allí se llaman obra de los dedos, y aquí de las manos, sino que allí se entienden los diversos dones del Espíritu Santo que deben ser infundidos en los corazones de los doctores?

Aquí, sin embargo, se llaman las mismas obras de las virtudes, que proceden de esos mismos dones en el conocimiento de los hombres. Porque por las manos se realiza toda obra, las mismas operaciones de las virtudes se significan por las obras de las manos. Primero, la gracia espiritual se infunde en las mentes humanas, y luego lo que el espíritu ha obrado en la mente, se demuestra en las obras. También los doctores de la Iglesia son llamados cielos, porque el Señor preside en ellos, mientras ejerce sus juicios a través de ellos (Mat. XVIII). A quienes les dio las llaves del reino de los cielos, les dio el poder de atar y desatar (Juan XX). Por ellos, por tanto, juzga, porque lo que sea atado por ellos, él lo ata. Sabemos, además, que sentarse es propio del juez, y el mismo Señor dice por el profeta: El cielo es mi trono (Isa. LXVI). Si, por tanto, el trono de Dios es el cielo, y en los rectores de la Iglesia el Señor juzga, ya que sentarse es propio del juez, necesariamente se sigue que los rectores de la Iglesia son llamados cielos. Estos cielos son obra de las manos de Dios, porque el hecho de que sean cielos, lo han recibido de la gracia de la virtud, como está escrito: Por la palabra de Dios fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca toda su virtud (Sal. XXXII, 6).

(Vers. 27.) Ellos perecerán, pero tú permaneces, y todos como vestidura se envejecerán.

37. Que nadie ponga ya su esperanza en el hombre. Pues aunque los cielos sean obra de las manos de Dios, sin embargo, perecerán. ¿Cómo perecerán, sino según el cuerpo? Pero si según el cuerpo han de perecer, ¿dónde está la resurrección? No solo es un crimen negarla, sino que incluso dudar de ella es un gran pecado. Está claro, por tanto, que no perecerán de tal manera que no resuciten: sino que, al perecer en ellos la corrupción que sufren en esta vida, se destruirá lo que es animal, para que viva lo que es espiritual; y ya no serán lo que fueron, al ser transformados en otra naturaleza, exultarán perpetuamente en la luz de la claridad de Dios. Solo Dios es verdaderamente inmortal, porque solo él es eterno e inmutable. De ahí que el bienaventurado Agustín diga: La verdadera eternidad y la verdadera inmortalidad no existen sino en la Deidad de la Trinidad, para quien ser es ser perfecto; porque una naturaleza sin principio, que no necesita incremento, así como no tiene fin, tampoco recibe mutabilidad. Sin embargo, las criaturas, incluso aquellas a las que Dios ha dado o dará eternidad, no están completamente exentas de todo fin, porque no están fuera de la mutación. Entre estas cosas, debemos saber que estos cielos de los que se habla, perecerán y no perecerán; porque en ellos morirá la corrupción que contrajeron de la generación carnal. Y, sin embargo, en ellos será más plena la divina inhabitación que en esta vida recibieron por espejo y enigma (I Cor. XIII). Los cielos no dejarán de ser de este modo, mientras amplíen más el seno de su corazón para recibir a Dios en sí mismos. Por eso, cuando el profeta dijo que perecerían, añadió y dijo: Pero tú permaneces. Como si dijera claramente: Perecerá ciertamente todo lo que en ellos se tiene de corrupción humana, pero permanecerá en ellos lo que han recibido de tu virtud. Tú permaneces. Está claro, por tanto, que en ellos no muere lo que se tiene de la participación de la divinidad. Sin embargo, la carne se reducirá a polvo, para que luego, por la resurrección, sea reformada en mejor estado. Por eso se añade: Todos como vestidura se envejecerán. Las vestiduras de los santos son sus cuerpos. Por eso está escrito de algunos: Estos son los que no mancharon sus vestiduras (Apoc. III, 4). Y de nuevo: Lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la sangre del Cordero (Apoc. VII, 14). Estas vestiduras ciertamente se envejecen cuando, al dirigirse sus almas al cielo, sus cuerpos mismos se reducen a la esencia de la tierra. Pero como la inmortalidad del cuerpo sigue a la transformación de la resurrección, consecuentemente añadió, diciendo:

(Vers. 28.) Y como un manto los cambiarás, y serán cambiados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán.

38. No debemos pasar por alto que cuando dijo que serían cambiados como un manto, añadió: Y serán cambiados. Señaló con estas palabras aquella doble transformación de los santos en la vida futura, en la cual no solo sus cuerpos, sujetos a la corrupción y a la muerte en este mundo, recibirán la perpetua incorruptibilidad, sino que también su alma y corazón pasarán a la estabilidad eterna, de modo que, así como no podrán morir, tampoco podrán pecar; y se manifestará en ellos el beneficio de la bondad múltiple de Dios, cuando lo mortal se haya revestido de inmortalidad, y el afecto no sienta tentación. Es de notar que los santos son llamados manto de Dios. Así como nada es más cercano al hombre que su vestidura, así nada es más cercano a Dios que los santos. Así como el hombre se rodea de sus vestiduras, así Dios se viste de sus santos. Por eso está escrito por el profeta: Vivo yo, dice el Señor, que en tu exaltación te vestirás de todos estos como de un manto (Isaías XLIX, 18, según la LXX). Y de nuevo se dice a Dios por otro profeta: Mirra, áloe y casia de tus vestiduras (Sal. XLIV, 9). Porque de los santos proceden los aromas de todas las virtudes, se dice correctamente que de las vestiduras de Dios proceden mirra, áloe y casia. Por eso el Apóstol dice: Somos el buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II, 15). Las vestiduras de Dios, por tanto, se cambian, porque los santos, después de la muerte del cuerpo, pasan a la felicidad de la vida celestial. Sigue:

39. Pero tú eres el mismo. Esta es la verdadera eternidad de Dios, y su verdadera inmortalidad, que no solo su virtud sempiterna y divinidad no se concluyen con el límite de ningún fin, sino que su poder y voluntad no se cambian en absoluto por la imperfección o la variedad de la inconstancia. Por eso dijo a Moisés de sí mismo: Yo soy el que soy (Éxodo III, 14). Y de nuevo: Esto dirás a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado a vosotros (Ibídem). Por eso aquí se dice: Pero tú eres el mismo. El hombre, aunque sea él mismo, no es el mismo, porque ha recibido de la corrupción de su mortalidad que no puede permanecer mucho tiempo en el mismo estado. Lo cual es demasiado absurdo pensar de Dios. Así como es eterno, también es inmutable, no sintiendo disminución, ni creciendo con aumentos, no cambiando de propósito, no desaprobando lo que una vez ha sido aprobado. Por eso se añade: Y tus años no se acabarán. Si por los años de Dios entendemos la eternidad, vemos claramente cómo sus años no se acabarán. Pero si por años entendemos la misma multitud de los santos, los años no se acabarán, porque con aquel que nunca se acabará, serán uno. Llamamos año a una cierta revolución de días. ¿Qué son los santos, sino días; y qué son los pecadores, sino noche? Por eso está escrito: Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría (Sal. XVIII, 3). Los años, por tanto, no se acabarán, porque los coros de los santos, una vez que hayan recibido en sí mismos aquella luz incomprensible, no sentirán más la oscuridad de la ignorancia o de la tentación. Pues un día parece acabarse cuando, oscurecido por las nubes o por la noche, comienza a no brillar. Lo cual estará ausente de aquella vida, porque la verdadera luz, que no puede ser oscurecida, brillará en los santos.

(Vers. 29.) Los hijos de tus siervos habitarán, y su descendencia será dirigida para siempre.

40. ¿Quiénes son los hijos que habitarán en los años, es decir, en la eternidad de Dios, sino los imitadores de los apóstoles, que con Dios en el reino celestial permanecerán perpetuamente? Todos los fieles son llamados hijos de los apóstoles, porque por ellos fueron engendrados en la fe. Por eso el apóstol dice a los Gálatas: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto (Gál. IV, 19). En lo que dice que allí habitarán hijos y no siervos, muestra que nadie puede llegar al reino celestial, a menos que primero, desechando la vejez, se haga hijo por la novedad de vida. Pues aquellos mismos que llama siervos, fueron hijos de los apóstoles, rechazando ciertamente la antigua conversación, y caminando en la novedad de vida por Cristo. Fueron, por tanto, siervos, y fueron hijos: siervos por el trabajo de la obra, hijos por la mutación de la novedad. Por eso, de los hijos de Israel, que fueron liberados de la

servidumbre egipcia y cruzaron el Mar Rojo con Moisés como guía, ninguno entró en la tierra de la promesa, excepto dos (Éxodo XIV); pero sus hijos entraron después, y recibieron los beneficios prometidos de la divina largueza a sus padres. Se significaba por esto que nadie puede ascender a la tierra prometida de la herencia eterna, a menos que primero haya aprendido a caminar en la novedad de vida por el amor del espíritu. Los dos, Caleb y Josué (Josué XIV), designan la cabeza y el cuerpo, es decir, Cristo y la Iglesia, que solos entran en aquella tierra de los vivientes.

41. Pero lo que dice, Su descendencia será dirigida para siempre, quiso que se entendieran las obras de los elegidos, que entonces se dirigen para siempre, cuando todo se refiere a Dios. Pues no dirige su descendencia quien busca algo transitorio de sus obras. Nuestras obras se llaman descendencia porque, así como del grano recogemos fruto, así de nuestras obras esperamos recompensa. Por eso el apóstol dice: Lo que el hombre siembre, eso también cosechará (Gál. VI, 8). Porque quien en esta vida siembre la semilla de una buena obra, en el futuro cosechará el fruto de la recompensa eterna. Por el siglo se entiende la eternidad de aquella vida bienaventurada, que porque no se divide en varias mutaciones de tiempos, se designa no inconvenientemente con la apelación de un solo siglo. Dirijamos, por tanto, nuestra descendencia hacia ese siglo, y trabajemos por el alimento que no perece, sino que permanece para vida eterna. Mientras tengamos tiempo, hagamos el bien, para que cuando hayamos llegado a la inagotable bienaventuranza de aquella vida, recojamos frutos perpetuos en el cielo. Pues ese fruto es verdaderamente perpetuo, por el cual vivimos perpetuamente, y nos alegramos con la saciedad perenne del pan y del vino. Perpetuo, digo, porque al comerlo no se disminuye, y con la vejez no se deteriora.

PROEMIO AL SEXTO SALMO PENITENCIAL. Cántico de los grados.

Entre las innumerables y resplandecientes obras y las eminentes estructuras de variedad, con las que el templo de Salomón fue adornado, se describe también que se ascendía a él por quince escalones (III Reyes VI). Esto no se hizo por casualidad o sin razón. Salomón, investigador de los secretos celestiales y receptáculo de la sabiduría divina, construyó aquel templo hecho por manos humanas de tal manera que señalara otro templo no hecho por manos humanas, para que de la construcción corruptible de la casa terrenal se imaginara de algún modo la incorrupta belleza del templo celestial. A aquel templo que se construye en el cielo con piedras vivas, no se llega por un camino llano o espacioso, ni se asciende con pasos corporales, sino con el progreso de la fe y el ascenso de la caridad. Por eso el Profeta dice: Bienaventurado el hombre cuyo auxilio está en ti, ha dispuesto en su corazón las ascensiones (Salmo LXXXIII, 6). Dijo que las ascensiones están dispuestas en el corazón del hombre bienaventurado, y mostró desde dónde debemos ascender, cuando dice: En el valle de lágrimas. En él lamentamos la condenación de nuestro exilio y lloramos las innumerables molestias de la corrupción humana. ¿Quién está libre de molestias? Por eso Job dice: Si soy impío, ¡ay de mí!; si soy justo, no levantaré la cabeza, saturado de aflicción y miseria (Job X, 15). Y de nuevo: La vida del hombre en la tierra es una tentación (Ibid., VII, 1). Porque en esta vida vio que todo está lleno de trampas y tentaciones, no dijo que hay tentaciones en ella, sino que recordó que ella misma es una tentación. La vida temporal es laboriosa, más ligera que las fábulas, más veloz que un corredor, fluctuante en inestabilidad, vacilante en debilidad; cuya morada está en casas de barro, o más bien, subsiste en el barro, sin fortaleza, sin constancia de propósito, sin descanso de las turbaciones, sin alivio de los trabajos. ¿Quién, en definitiva, no es atormentado por el dolor, no es urgido por la preocupación, no es socavado por el miedo? La risa sigue al llanto, la alegría acompaña a la tristeza; la saciedad sigue al hambre, el hambre excluye de nuevo a la saciedad; en la noche se desea el día, en el

día se busca la noche; en el frío, el calor, en el calor, el refrigerio; antes de la comida, suspiros, después de la comida, tribulación; las iras, las indignaciones agitan, y innumerables movimientos perturban a los miserables hombres. Este es el valle del que los hombres santos disponen salir incesantemente con los afectos de la mente, y ascender a aquel bien inefable, a aquella alegría inestimable que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II). Aunque parezcan estar entre los hombres en cuerpo, elevan sus almas a las cosas celestiales; y adheridos a aquel bien puro y supremo, inmortal y perpetuo, abandonan las cosas temporales y corruptibles, y hechos superiores al mundo, descansan en el seno de la contemplación divina. Allí, en aquel templo celestial, contemplan a Dios con los ojos del corazón, y en la estructura de ese mismo templo también ellos se convierten en piedras. Por los quince escalones de aquel templo, se señala el ascenso espiritual de los Santos. Este número se divide en siete y ocho, y por eso se señala por él la doble vida de los justos, a saber, la activa y la contemplativa. La activa se ocupa en el mundo, la contemplativa se eleva a las cosas celestiales. Porque el número siete señala la vida temporal, y el número ocho la vida perpetua, correctamente por esos números se expresa tanto la vida contemplativa como la activa. Por eso el autor del templo mencionado, Salomón, orando al Señor, dice: Dame, Señor, partes de siete, y también de ocho (Ecles. XI, 2). Deseaba, dotado de la potencia de la dignidad real, gobernar a los pueblos sometidos a él de tal manera que no se viera privado de la perfección de la contemplación divina. Pues constreñido por la necesidad administrativa del oficio, se veía obligado a insistir en la acción temporal, pero la dulce dulzura de la contemplación divina lo refrescaba en su mente. También se puede entender que aquel que asciende los quince escalones a aquel templo de la iluminación divina, arrebatado por el amor de la virtud sempiterna de Dios, despreciando gradualmente las cosas temporales, que se designan por el número siete, se eleva a las cosas sublimes por las escaleras de las ocho bienaventuranzas, hasta que el Dios de los dioses sea visto en Sion con los ojos de la mente. Pero ahora vemos, como dice el Apóstol, por espejo en enigma (I Cor. XIII, 12). Es imposible que alguien encerrado en la cárcel de este cuerpo de barro, o rodeado por el lodazal de la carne mortal, contemple a Dios ascendiendo sobre los querubines y volando sobre las alas de los vientos (Salmo XVII), o reconozca cuán grande es su potencia divina. Por eso se dice por Juan: A Dios nadie lo ha visto jamás (I Juan IV, 18). Y a Moisés, que buscaba ver a Dios, le fue respondido por el Señor: No me verá el hombre y vivirá (Éxodo XXXIII, 20). Si tanta es la claridad del sol, que no podemos mirarlo con los ojos corporales, ¿cuánta es la claridad de aquel que hizo el sol, para que podamos verlo en esta corrupción en la que estamos? Pero contemplarlo por espejo en enigma, que la Iglesia recibió con la humilde venida del esposo, es signo de aquella visión eterna y imagen de la futura perfección, en la que ya no caminaremos por fe, sino por visión, y con el rostro descubierto contemplaremos la misma gloria de la majestad divina con ojos no deslumbrados. Porque estos quince salmos contienen una cierta forma de ascenso espiritual, correctamente todos están prenotados bajo el mismo título, para que así como se ascendía a aquel templo material por escalones de piedra, así aquel templo celestial nos ofrezca estos cánticos, por los cuales el alma exultante en Dios ascienda como por ciertos escalones. Ascendamos, pues, no con el cuerpo sino con el espíritu, no con pasos sino con afectos, cantemos este salmo, y en él nos esforcemos por acercarnos a Dios con la meditación, diciendo con el Profeta:

#### EXPOSICIÓN DEL SEXTO SALMO PENITENCIAL.

(Salmo CIX.---Vers. 1.) Desde lo profundo clamé a ti, Señor; Señor, escucha mi voz.

1. Que cada uno atienda en qué profundidad yace, y cuán lejos de Dios ha quedado por sus acciones perversas. Clame a él con todas sus fuerzas quien contempla los abismos, y se sienta sobre los querubines, hasta que, arrancado de las tinieblas del profundo, sea iluminado por la

luz suprema, y disfrute de la claridad del conocimiento divino. Jonás clamó a Dios desde el vientre del cetáceo, desde la profundidad del mar, desde el profundo de la desobediencia, y su oración llegó a los oídos de Dios, quien lo sacó de las olas, lo liberó de la bestia, lo absolvió de la culpa. Clame también el pecador, a quien la tempestad de las pasiones ha quebrantado al alejarse de Dios, a quien el maligno enemigo ha absorbido, a quien las olas del presente siglo han envuelto, reconozca que está en el profundo, para que su oración llegue a Dios. Porque este salmo pertenece a los que ascienden, veamos cómo el justo clama a Dios desde el profundo. ¿Cómo no es profundo aquel que ha dispuesto sus ascensiones en su corazón, que dirige la intención de su corazón a Dios, que eleva el esfuerzo del trabajo hacia los cielos? Pero es necesario saber que los hombres santos se sienten más débiles y abatidos cuanto más se elevan por el deseo de la mente, acercándose más a Dios. Entonces es cuando comienzan a conocer perfectamente su miseria, cuando comienzan a sentir la presencia de Dios en su corazón. De ahí que Abraham, quien mereció la gracia de la conversación divina, recuerda que es polvo y ceniza, diciendo: Hablaré al Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gén. XVIII, 27). De ahí que Jacob, después de ver al Señor, con el nervio del muslo marchito, cojeó de un pie (Gén. XXXII); porque ciertamente se consideran débiles e indefensos aquellos que se levantan para ver a Dios por el esfuerzo de la santa contemplación. Quienes, al dejar de poner su esperanza en la carne, como si perdieran la fuerza de una pierna. Y se acostumbran a apoyarse únicamente en el deseo celestial, en la medida en que sienten que se debilitan en la esperanza de las cosas temporales. Y como si no tuvieran nervio en el muslo, cuando no confían en la generación carnal. Consideran vanidad todo lo que está bajo el cielo, y cuando se ven llenos de miserias de la vida presente y rodeados por todas partes, claman a Dios como desde lo profundo. Gran profundidad es la vida mortal, en la que nada es seguro, nada vital, nada seguro, nada tranquilo. Gran, digo, profundidad, en la que el pecador es sepultado, el impío sumergido, el justo turbado. Por eso clama y dice: Desde lo profundo clamé a ti, Señor.

2. En lo cual es notable que no dice, clamó, sino clamé. Tienes en esto un documento de perseverancia, para que si al principio no eres escuchado, no desfallezcas en la oración, sino que insistas en las súplicas y el clamor. Dios quiere ser rogado, quiere ser forzado, quiere ser vencido por cierta importunidad. Por eso te dice: El reino de Dios sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mat. XI, 12). Sé, pues, diligente en la oración, sé importuno en las súplicas, cuida de no desfallecer en la oración. Si parece no escuchar al que ruega, sé raptor, para que recibas el reino de los cielos; sé violento, para que incluso a los cielos les hagas violencia. ¿Qué hay más rico que este robo? ¿Qué más glorioso que esta violencia? Buena violencia, en la que Dios no es ofendido, sino aplacado; el prójimo no es herido, sino ayudado; el pecado no es aumentado, sino disminuido. Buena, digo, violencia, en la que no se busca una ganancia que pronto perecerá, sino que se adquiere un reino que permanecerá sin fin. Aprendan aquellos que, posponiendo el temor divino, saquean las cosas ajenas, y no cesan de acumular más pecados que ganancias con los robos de los pobres, a robar algo con lo que se aseguren verdaderas riquezas y adquieran la gloria de la alabanza perpetua; no sea que también en esto sean acusados de necedad, si pudiendo robar cosas preciosas y eternas, parecen llevarse solo las viles y transitorias. Hagan también violencia a los mismos cielos, y arrebaten el reino de los cielos con cierta fuerza de oración. Sean importunos en las súplicas, para que con el uso prolongado del clamor puedan decir: Desde lo profundo clamé a ti, Señor; Señor, escucha mi voz. La repetición del nombre venerable aumenta el afecto de la súplica. Se mueve el deseo, si el nombre que se ama, se repite. Aquí parece que quien habla presenta una cierta causa de ser escuchado, cuando insinúa que ha clamado, para que como por derecho deba ser escuchado, quien ha insistido en el clamor. Esta causa también se lee que los apóstoles dieron al Señor, cuando, al rogar la cananea, dijeron: Despidela, porque clama tras nosotros (Mat. XV, 23). Por eso mereció ser escuchada por el Señor, porque,

rechazada por la primera respuesta del Señor, no cesó de clamar. Encendida por la fe y el amor, no dejó de clamar hasta que adquirió la salud deseada para su hija.

(Vers. 2.) Sean tus oídos atentos a la voz de mi súplica.

3. Este que asciende se atreve a pedir algo mayor, y también asciende en su misma oración, cuando pide a Dios que, como inclinando de algún modo sus oídos, atienda a su oración; no sea que haya demora en la escucha, si los oídos están lejos de la oración. Parece que pide un afecto especial de la misericordia divina, cuando ruega que de algún modo se incline a escuchar, para que al querer escuchar la voz del suplicante, no difiera ejercer la obra del misericordioso, siguiendo en esto el modo de hablar humano, como si Dios necesitara de tal afecto, a quien no escapa el pensamiento, no se oculta la voluntad, mientras ni la intención le calla, ni el deseo le es mudo. Pues cuando un poderoso descuida escuchar a alguien que suplica, como rechazado en la primera entrada, quien suplica desconfía de ser escuchado. Pero si quien es rogado, comienza a escuchar con gusto desde el principio, y dejando de lado otros asuntos, se dedica solo a las palabras del que ruega, inmediatamente quien vino a rogar concibe una cierta confianza de obtener, y animado de algún modo por esa esperanza, expone su causa más libremente. Gran indicio de su buena voluntad le dio el Señor cuando se mostró sin demora atento al que hablaba. Así también nosotros, cuando buscamos que se nos conceda el perdón de Dios, y se nos confieran los dones vitales de la gracia celestial, si sentimos a Dios presente por algunos indicios de su suavidad y dulzura, nos animamos más al deseo de él, haciéndonos de algún modo más ciertos de obtener lo que deseamos, cuando aquel a quien nuestra alma desea, se acerca a nosotros deseantes por misericordia. Este que asciende, pues, que ha propuesto elevar su mente a la altura incorruptible, pide que los oídos de Dios estén atentos a su súplica; para que, como su oración se dirige a Dios por el esfuerzo de la recta intención, sea rápidamente escuchado por aquel a quien ruega. Pero al hombre que asciende y progresa, el Señor le dice por el Profeta: Aún hablando tú, diré: Aquí estoy (Isaías LVIII, 9). Entre la oración y la súplica hay esta diferencia, que la oración se hace por la virtud de la perseverancia, y la súplica se hace por la impunidad de los pecados. Por eso quien se esfuerza por ascender a la cima de la altura, dice: Sean tus oídos atentos a la voz de mi súplica. Suplica a Dios que olvide sus pecados, que quiera ser padre, no juez. Y por eso añade, diciendo:

(Vers. 3.) Si observas las iniquidades, Señor, Señor, ¿quién podrá sostenerse?

4. Repite el nombre, para excitar el afecto. Dios observaría la iniquidad, si negara el perdón a los pecadores. Si solo mostrara severidad, y no también aplicara piedad. Si hiciera esto, nadie esperaría la gloria de la felicidad eterna; nadie podría soportar el castigo del justo juicio. Todos han pecado, como dice el Apóstol, y necesitan la gracia de Dios (Rom. III, 23). Pero porque perdona de corazón a los penitentes, y al pecador convertido olvida todas sus iniquidades (Ezequiel XVIII), ¿quién ya dudará de la misericordia? ¿quién ya desesperará del perdón? Esto es lo que el Señor promete por el profeta, diciendo: Yo soy, yo soy, quien borra como nube tus iniquidades, para que seas justificado (Isaías XLIII, 25). Atiende cómo la confesión del pecado borra los pecados, que justifica al impío, quita de Dios la memoria de los pecados. Confesemos para que nuestros pecados sean borrados, y después de la confesión no volvamos a ellos, sino que, según el Apóstol, extendiéndonos a lo que está adelante, olvidemos lo que está atrás (Filip. III). No deseemos volver a Egipto ni sentarnos sobre las ollas de carne (Éxodo XVI); ni seamos codiciosos de males (I Cor. X), ni veneremos los ídolos de la mente, ni tentemos a Dios, ni murmuramos en el desierto de este mundo. Confesemos acusándonos de los pecados pasados, confesemos alabando a Dios por el perdón de los pecados. Hay, pues, confesión del pecado, y confesión de alabanza. Si no hubiera

confesión de alabanza, nuestro Salvador no habría dicho: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra (Mat. XI, 25). Pues, ¿cómo confesaría pecado, quien no cometió pecado (I Pedro 2)? Preceda, pues, la confesión, para que la alabanza siga, como está escrito: A los rectos conviene la alabanza (Salmo XXXII, 1). Porque tenemos un Pontífice que puede compadecerse de nuestras debilidades (Hebr. IV), de quien también claramente se sigue:

(Vers. 4.) Porque en ti hay propiciación, y por tu ley te esperé, Señor.

5. ¿Quién es la propiciación sino Cristo Jesús (Hebr. IX), quien se ofreció a sí mismo como sacrificio a Dios, para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo aceptable, seguidor de buenas obras (Tito II)? De hecho, Juan dice: Él es la propiciación por nuestros pecados (I Juan II, 2). Él está con Dios: porque se sienta a la derecha de Dios, como dice el Profeta: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Salmo CIX, 1). El Apóstol también testifica que sentado a la derecha del Padre intercede por nosotros (Rom. VIII).

6. Y por tu ley te esperé, Señor. La ley de Dios es misericordia, por la cual concedió perdón a los pecadores, abrió el acceso a la vida eterna a los que regresan. Esta ley, orando por sus crucificadores (Lucas XXIII), Cristo la cumplió, esta nos indicó el verdadero maestro que debemos guardar. Dice: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos (Lucas VI, 27). En esto ciertamente mostró que no podemos ser hijos de Dios de otra manera, sino guardando la ley de la misericordia, amando a los enemigos. Esta también nos insinúa Pablo que debemos guardar, cuando dice: Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, corregid a tal en espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gál. VI, 1). ¿Quién lleva las cargas del otro, sino quien tiene caridad? Porque quien verdaderamente ama, no hiere al que le hiere, no devuelve injurias por injurias, no difama a los que le difaman, no odia a los que le odian. Está escrito: La caridad es paciente, es benigna (I Cor. XIII, 4). Paciente, para soportar los males ajenos; benigna, para amar incluso a aquellos a quienes soporta. Quien, pues, soporta con ecuanimidad los males infligidos, lleva como las cargas de un hermano débil. Esta es la ley de la misericordia, por la cual confiamos escapar de la condenación perpetua, por la cual también esperamos al salvador nuestro Señor Jesucristo (Filip. III): Quien, si, como se dijo antes, observara las iniquidades, nadie podría soportar. Pero lo esperamos por su ley, quien perdonamos a los que pecan contra nosotros, para que recibamos de él el perdón de nuestros pecados. Por eso la Verdad misma dice: Perdonad, y se os perdonará (Lucas VI, 37).

(Vers. 5.) Mi alma esperó en su palabra, mi alma esperó en el Señor.

7. Observa el orden de la caridad perfecta. Aquel que asciende y progresa en el amor divino, encendido internamente por la fe y el amor, se eleva con deseo hacia lo eterno, se eleva con esperanza hacia lo supremo, no descuida el cuidado de los prójimos, no pospone su salvación; se vuelve hacia ellos en medio de los mismos gozos de la contemplación divina, y los exhorta a que se acerquen a Dios por los mismos pasos; proponiéndose a sí mismo como ejemplo, para que si son impedidos por alguna debilidad del deseo del que progresa, ya por el ejemplo del que ha llegado, sean promovidos. Por eso dice: Mi alma esperó en su palabra. No desconfíen, no duden, pongan sus corazones en su poder (Salmo XLVII); porque mi alma esperó en su palabra. Quien permanece en la palabra, no es defraudado del reino. De otra manera, no podemos dar fruto, a menos que permanezcamos en él. Por eso dice:

Permanezcan en mí, y yo en ustedes (Juan XV, 4). ¿Dónde, pues, permanecer, sino en él? Los señores fallarán, los palacios caerán, las ciudades serán destruidas, las torres serán arrancadas de sus cimientos; finalmente, el cielo y la tierra pasarán, pero la palabra del Señor permanece para siempre (Mateo XXIV). Permanezcamos, pues, en aquel que permanece para siempre (Isaías XL). No sigamos la vanidad, abandonando la verdad: ni nos entristezcamos como los demás, que no tienen esperanza (I Tesalonicenses IV), sino que esperemos en él. Y si se demora, esperemos, no sea que nos suceda lo que se dice por el profeta: Ay de aquellos que han perdido la paciencia (Eclesiástico II, 16). Por eso se añade: Mi alma esperó en el Señor. Cualquiera que, quebrantado por las molestias de la adversidad mundana, abatido por la infestación de la tentación diabólica, haya caído de la esperanza de las promesas celestiales, pierde la recompensa de la paciencia que antes tenía. Pero quien espere, recibirá una gran recompensa. Porque el Señor es fiel en todos sus caminos (Salmo CXLIV, 13). Prometió en esta vida el perdón a los penitentes. Es manifiesto, pues, que así como concede el perdón de los pecados a los confesores, así dará el reino de los cielos a los que no caen de la esperanza. Por eso, quien esperó en su palabra, dice que espera en el Señor. Porque así como maldito es el hombre que confía en el hombre (Jeremías XVII); así también bienaventurado aquel cuyo nombre es el Señor su esperanza, y no miró a vanidades y locuras falsas (Salmo XXXIX).

(Vers. 6.) Desde la guardia de la mañana hasta la noche espere Israel en el Señor.

8. Si tomamos esto literalmente, parece más bien desalentarnos que aconsejarnos. ¿Quién es tan pusilánime que espere en el Señor solo un día? ¿Dónde quedará entonces aquella sentencia de Pablo, que dice: Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Romanos VIII, 25)? ¿Qué pequeña es la paciencia de un solo día, y qué breve la espera! Pero para entender mejor este pasaje, vayamos al título del salmo veintiuno. Se titula, Por la ascensión de la mañana (Salmo XXII, 1). ¿Qué es la ascensión de la mañana, sino la resurrección hecha por Dios en la mañana? Allí, ciertamente, también se hizo una guardia, hasta el punto de que la ceguera de la perfidia judía se extendió, creyendo que aquel a quien habían visto muerto no resucitaría; y para que sus discípulos no lo robaran de noche, aseguraron el sepulcro con guardias. Otra traducción tiene, Desde la vigilia de la mañana (Mateo XXVII); por lo cual se expresa más adecuadamente la misma resurrección del Señor. Porque quien durmió en la muerte, vigiló en la resurrección. Por eso dice: Yo dormí, y me adormecí, y resucité (Salmo III, 6). Y de nuevo: Vigilé, y me hice como un gorrión solitario en el tejado (Salmo CI, 8). Esta resurrección es, por tanto, el fundamento de nuestra esperanza, porque esperamos llegar allí donde sabemos que nuestra cabeza ha precedido. Pues leemos que muchos fueron resucitados antes de esta resurrección, y sin embargo el apóstol dice: Porque Cristo es las primicias de los que durmieron (I Corintios XV, 20). Juan también lo llama el primogénito de los muertos (Apocalipsis I). Porque todos los que resucitaron antes que él, murieron de nuevo: Cristo, en cambio, resucitando de entre los muertos, ya no muere (Romanos VI, 9). Por tanto, la resurrección de Cristo es el fundamento de nuestra esperanza; porque creemos que resucitaremos en aquella vida, en la cual esperamos vivir con él sin fin. Y ya no debe el hombre dudar de la verdad de la resurrección, sabiendo que el verdadero hombre Cristo resucitó de entre los muertos. Porque murió para que viviéramos, tomó de nosotros para ofrecer por nosotros. Muriendo, destruyó la muerte, resucitando, nos abrió el camino a la vida. De ahí que la Iglesia le diga: Me has hecho conocer los caminos de la vida (Salmo XV, 10). Pues antes de su advenimiento, el camino de la vida era desconocido para todos, yendo todos hacia la muerte, y descendiendo al infierno incluso los elegidos, hasta que vino aquel que llamó a los impíos a la justificación, y a los muertos a la vida, estableciendo la verdadera fe con las pruebas de su muerte y resurrección,

y formándonos con las enseñanzas de la nueva doctrina, por las cuales ciertamente podemos evitar la muerte, y caminar en la novedad de vida, por la gracia añadida del Espíritu Santo.

9. También podemos entender por la guardia de la mañana los mismos rudimentos de nuestra fe, para que desde el momento del bautismo recibido, después de la iluminación de la gracia salvadora, cada uno dirija su intención hacia él, y ponga su esperanza singularmente en él. Pues el alma recibe como una luz matutina, cuando, expulsadas las tinieblas de la infidelidad, y limpiada la oscuridad de los vicios, y lavadas las manchas de los pecados por el baño de la regeneración, comienza poco a poco a conocer a Dios, y a alegrarse en la luz del conocimiento divino. Porque la luz es el conocimiento de Dios, de la cual está escrito: Iluminaos con la luz del conocimiento (Oseas X, 12, según la LXX). Gran luz que evacua las tinieblas del corazón, purifica los ojos de la mente, eleva los ánimos, enciende los corazones, enseña los caminos de la justicia, aumenta el deseo de la virtud. Gran luz, por la cual evitamos los tropiezos, prevenimos los precipicios, evadimos los peligros, atravesamos las trampas, no tememos lo próspero, soportamos lo adverso, rechazamos el error, seguimos la verdad. ¿Quién no desea ser iluminado por esta luz? ¿Quién no anhela ser iluminado por este resplandor? De ahí que el Profeta nos advierta, diciendo: Acérquense a él, y sean iluminados (Salmo XXXIII, 6). Quien se acerca por la fe, es iluminado por el conocimiento. Pero inmediatamente después de la iluminación, debe seguir la esperanza de la gracia. Esto es lo que aconseja quien dice: Desde la guardia de la mañana hasta la noche espere Israel en el Señor. ¿Cuál es esta guardia? ¿Acaso de oro o plata? ¿Acaso de joyas o piedras preciosas? ¿Acaso de vestidos o riquezas? ¿No son estas las que hundan al hombre en la perdición? Pero hay algo mucho más precioso que debe ser guardado por el iluminado. Porque el Profeta dice: Los juicios del Señor son verdaderos, justificados en sí mismos; más deseables que el oro y la piedra preciosa en gran medida (Salmo XVIII, 10). Finalmente, de la Sabiduría se ha dicho que es más preciosa que todas las riquezas, y todo lo que se desea no puede compararse con ella (Proverbios III). Estas son, pues, las riquezas que debe guardar quien ha llegado de la noche a la mañana, mucho más preciosas que las terrenales, y más verdaderas que las temporales, que ni el fuego puede quemar, ni la polilla consumir, ni el ladrón robar (Mateo VI). Esto también me parece que el Profeta sintió cuando en los precedentes preguntó: ¿Con qué corregirá el joven su camino? (Salmo CXVIII, 9). No sea que si esto lo afirmara sin discusión, lo que se añade pareciera más dicho precipitadamente que definido con juicio. Y para que el consejo se creyera más saludable, cuanto más se viera examinado con meditación propensa, añadió a continuación: Guardando tus palabras. Pero volviéndose a Dios, responde a lo preguntado, para que se creyera remedio de la piedad divina, lo que se había encontrado no por presunción humana, sino por inspiración divina. De ahí que Jeremías diga: Bueno es para el hombre llevar el yugo desde su juventud. Se sentará solitario, y callará (Lamentaciones III, 27). El yugo es la palabra de Dios impuesta al cuello de nuestra mente, para que no procedamos con altivez, ni con gestos de los ojos (Isaías III), ni nos enorgullecamos por cualquier gracia recibida, ni levantemos en alto nuestro cuerno, ni hablemos iniquidad contra Dios (Salmo LXXIV); sino que en todo nos presentemos como ministros de Dios (II Corintios VI), humillemos nuestras almas, y según el Apóstol, seamos imitadores de Dios como hijos amados (Efesios V).

10. Pero este yugo debe llevarse desde la juventud, para que cada uno prevenga los años de juventud con la corrección adecuada de la disciplina; no sea que si lleva el yugo después de los años de juventud transcurridos, sea estimulado por el recuerdo de sus pecados, y agitado por el uso del error y la costumbre de pecar, y siempre surgiendo nuevas batallas, sienta en sí mismo los tumultos de las impugnaciones, por lo cual cada día sea vencedor o vencido. Pues si desde los mismos comienzos de la adolescencia somete su cuello al yugo de la palabra, con

todo bien dispuesto en sí mismo, se sentará en paz. Se sentará, ciertamente, sometiendo la carne del alma, y desde el tribunal de la razón, como desde un asiento judicial, proponiendo edictos a todos los movimientos internos como a ciertos ciudadanos. Se sentará, digo, sin temer a ningún enemigo, sin sentir ninguna impugnación. Porque estar es propio del que lucha, pero sentarse es propio del que está en descanso. También se sentará solitario, es decir, alejado de todo tumulto de deseos carnales. De esta soledad dice David: Me alejé huyendo, y permanecí en soledad (Salmo LIV, 8). Pues el rey poderosísimo que gobernaba a tantos miles de pueblos, no habitaba en soledad. Pero habitaba en la soledad de su corazón, en la cual no sufría ningún ataque de enemigos espirituales, ningún ruido de pensamientos perversos, ningún tumulto de clamor iniquo. Pero quien se sienta solitario, calla, entendiendo que es mejor callar que hablar imprudentemente. De ahí que esté escrito: El hombre sabio callará hasta el momento (Proverbios XI, 12). Pues primero es necesario aprender antes de enseñar. Por eso se dijo: Escucha, Israel (Deuteronomio VI). Pues no dijo primero, habla, sino escucha. Pero al profeta se le dijo por el Señor: Hijo de hombre, ponte de pie, y escucha todo lo que te hable (Ezequiel II, 1). Quien escucha, calla. Por tanto, calla quien medita en la ley de Dios día y noche, y escucha lo que el Señor Dios habla en él, quien habla paz a los que se convierten al corazón (Salmo LXXXIV). Resta, pues, que digamos qué significa que hasta la noche se debe esperar en el Señor. ¿Quién duda que la noche es el fin del día? Así también para cada hombre, el fin de esta vida es su muerte. También puede entenderse por noche aquel día del juicio final, que el profeta llama día de tinieblas y oscuridad, en el cual los elegidos son llamados al reino celestial (Joel II), donde ya su esperanza terminará, recibiendo todo lo que en esta vida esperaron, y los santos cantarán en alabanza de Dios: Como hemos oído, así hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos (Salmo XLVII, 9). Porque lo que uno ve, ¿qué espera? (Romanos VIII). Esperamos, pues, en esta vida, para que lo que aquí concebimos en esperanza, allí lo tengamos en ti.

(Vers. 7.) Porque con el Señor hay misericordia, y copiosa redención con él.

11. Nos recomienda la caridad de Dios, para exhortarnos a esperar. Porque por esto esperamos hasta la noche, porque lo creemos misericordioso, lo sabemos longánime. Por eso no incongruentemente se ha dicho por un sabio: Me angustiaría, si no conociera tus misericordias, Señor (Ezequiel XXXIII). Pues el remedio de la tribulación de nuestro corazón es la misericordia divina; y contra el mal de la desconfianza aplica la consolación de la esperanza más firme, proponiéndonos ejemplos ciertos de las promesas divinas, por los cuales afirma que prefiere la salvación de los pecadores a su perdición; también recordando la corrección de algunos, que aunque el error los derribó de su estado de rectitud, la gracia del Creador los reformó para mejor. He aquí que, abrumado por el peso de graves delitos, y desconfiado de la calidad de mis méritos, miro a Zaqueo (Lucas XIX), contemplo a María (Lucas VII), considero a Pedro (Mateo XXV), reflexiono sobre el ladrón (Lucas XXIII); en quienes apareció el esplendor de la misericordia divina, y por ellos dio esperanza de perdón a los pecadores. Estas son las riquezas de la misericordia de Dios, inestimables, ciertamente ocultas al género humano desde los siglos, pero en los últimos tiempos declaradas por el mediador entre Dios y los hombres (I Timoteo II). Que por su inmensidad son tan incomprensibles, que en su explicación la mano se entumece, las mentes desfallecen, las elocuencias enmudecen. Pues superan el sentido, trascienden el discurso, exceden el entendimiento. ¿Quién puede narrar dignamente cuánta misericordia fue que el Hijo unigénito de Dios descendiera del seno del Padre a nuestro público, asumiera carne mortal, soportara por nosotros burlas, cadenas, azotes, cruz y muerte? ¿Quién puede concebir cuánta gracia fue buscar la oveja perdida, encontrarla buscada, llevarla en los hombros encontrada? ¿Quién puede explicar cuánta misericordia fue redimir al género humano con la sacratísima

efusión de la preciosa sangre, y otorgar a sus miembros el sacrosanto misterio de su cuerpo y sangre vivificantes? cuya percepción alimenta y sacia, lava y santifica a su cuerpo, que es la Iglesia. Por eso, la plenitud del tiempo se llama tiempo de gracia, en el cual, según la voz de Pablo: Ha aparecido la gracia de nuestro Salvador Dios a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo (Tito II, 11). Y de nuevo: Ha aparecido la bondad y humanidad de nuestro Salvador, no por obras de justicia que hayamos hecho nosotros, sino según su misericordia nos salvó (Zacarías XIII, 1). De ahí que por el profeta Zacarías se diga: En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la ablución de los pecados y de la menstruada. ¿Quién es esta fuente, sino el Hijo unigénito de Dios? de quien se dice por el profeta: Contigo está la fuente de la vida (Salmo XXXV, 10). Que ciertamente entonces se mostró abierta, cuando apareciendo visible en el mundo, por nuestra liberación asumió carne (Romanos I). Que también se llama casa de David; porque nació del linaje de David según la carne. Jerusalén, en cambio, se interpreta como visión de paz. Habitan, pues, en Jerusalén, aquellos que elevan su mente al amor de las cosas celestiales. El pecador, en cambio, y la menstruada es, o aquel que delinque en la obra, o la mente que cae en el pensamiento perverso. Pues la mujer menstruada se contamina en sí misma, de modo que no es tocada por carne ajena. Así, pues, es menstruada aquella alma que, aunque no se lleva al efecto de la obra perversa, se ocupa, sin embargo, en la delectación de pensamientos impuros. Porque ya se nos ha abierto la fuente de la misericordia, nuestro Redentor, bebamos de ella con todo el pecho; para que podamos extinguir la sed de los deseos carnales. Lavemos en ella las manchas de los crímenes, diluyamos las notas de los pensamientos carnales. Y si debemos buscar la fuente de la misericordia, si estuviera cerrada, al menos no la descuidemos abierta y patente. Pues debemos esperar que allí no nos faltará lugar para nuestra penitencia, donde la compunción de innumerables hombres encontró lugar. Porque para esto está abierta para lavar, para esto fluye para alegrar, para esto rebosa para purificar. Pues se añade:

(Vers. 8.) Y él redimirá a Israel de todas sus iniquidades.

12. Resta, pues, que nos convirtamos en Israel, y trascendiendo toda criatura, dirijamos la mirada de la mente hacia aquel que creó todo. Dispongamos ascensiones en nuestro corazón, y por ellas ascendamos al Creador de los ángeles con un intelecto puro y simple. ¿Qué hay más suave y más agradable que contemplar a Dios con los ojos de la mente y el deseo del corazón, y gustar su dulcísima suavidad, y sentir su suavísima dulzura? Nos asiste la gloria de nuestro Redentor, que nos eleva de lo terrenal a lo celestial, abre los ojos de nuestro corazón para ver el sol de justicia, y por esto nos redime de todas nuestras iniquidades. Que vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

#### PROEMIO AL SÉPTIMO SALMO PENITENCIAL.

Salmo de David, cuando lo perseguía Absalón, su hijo.

Del título del salmo ciento cuarenta y dos, según lo que la divina piedad haya concedido, antes quiero abrir los modos de la profecía; para que, mientras se muestra su diversidad, también se adquiera más fácilmente su inteligencia. Pues es necesario saber que la profecía se realiza de tres maneras: a saber, por palabras, hechos, sueños. Cualquiera que sea el profeta que haya dado a conocer el futuro, profetizó ya sea por palabras, hechos o sueños. Isaías predijo el futuro con palabras, cuando dijo: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será Emmanuel" (Isa. VII, 14). Nabucodonosor previó el futuro en sueños,

que Daniel, lleno del Espíritu Santo, descifró (Dan. II). Abraham anunció el futuro con hechos, cuando ofreció a su único hijo en sacrificio (Gen. XXII). ¿A quién, en verdad, designa en esta obra, sino a aquel que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros? Pues las acciones de los antiguos padres son para nosotros profecías, que mientras hacen una cosa, insinúan otra, revelándonos lo oculto como si fuera por el lenguaje de la obra (Rom. VIII). Esto se muestra evidentemente en este lugar, cuando se recuerdan los hechos de Absalón. Absalón, persiguiendo a su padre (II Reg. XVIII), llegó a tal extremo de envidia mortal, que destruyó en sí mismo las leyes de la naturaleza. A quien naturalmente debía amar como padre, lo perseguía inhumanamente como enemigo. Absalón, sin embargo, significa paz del padre, no porque hubiera paz alguna con su padre, sino porque el padre mostró cuánta paz y paciencia tuvo en su perversidad. ¿Quién, pues, es designado por Absalón, sino el pueblo judío; y quién por David, sino nuestro Redentor? De aquí que la Verdad diga por el Profeta: "Los hijos extraños me mintieron, los hijos extraños envejecieron" (Sal. XVII, 46). De hecho, él es el hijo mayor, que envidiando la invención y salvación del más joven, se negó a entrar en la casa (Luc. XV) de la Iglesia. Quien ciertamente no canta el cántico de alegría, ni se mezcla con los coros de los que cantan juntos, y careciendo del anillo de la fe, no se viste con la estola de la inmortalidad, ni se sacia con el alimento del becerro cebado. Quien también busca un cabrito, porque no sigue al cordero que quita los pecados del mundo: y por eso se coloca entre los cabritos en el juicio, y no es llamado a la cena de bodas. Absalón, por tanto, persiguió al padre, porque el pueblo judío, al rechazar las advertencias de salvación, se negó a recibir al Hijo de Dios que vino a los suyos (Juan III). Y tanto intentó extender la rabia de su locura, que se atrevió a matar a su Creador. En este hecho, sin duda, se declaró la paciencia de Cristo, quien no solo no les devolvió mal por mal, sino que incluso llevado a la muerte oró por ellos, diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc. XXIII, 34). De donde también el apóstol advierte, diciendo: "Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas, quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca, quien cuando le maldecían, no maldecía, cuando padecía, no amenazaba" (I Pedro II, 21). Ora, sin embargo, la cabeza en este salmo por los miembros, Cristo por la Iglesia, la virtud por la debilidad. Ora, en efecto, para que no sean juzgados severamente, sino escuchados misericordiosamente. También en este tiempo el cismático persigue el cuerpo de Cristo, el hereje ataca a la Iglesia, el infiel perturba la unidad. Pero la Iglesia clama a Dios, unida a su cabeza Cristo en la unidad del espíritu. Que aunque clama a Dios en todo tiempo, especialmente en la tribulación se excita a orar, de donde dice: "En el día de mi tribulación clamé a ti" (Sal. LXXXV, 7). Pero veamos qué dice:

#### EXPOSICIÓN DEL SÉPTIMO SALMO PENITENCIAL.

(Sal. CXLII.---Vers. I.) Señor, escucha mi oración, atiende a mi súplica en tu verdad, escúchame en tu justicia.

1. La santa Iglesia universal, fortalecida según su parte más digna en la esperanza de las recompensas celestiales, así como en los elegidos tiene lo que desea conservar, así en los débiles encuentra lo que pide que le sea perdonado: sabiendo que todos necesitan la ayuda divina, a quienes la condición de la vida infeliz angustia, ya que ni el justo puede estar seguro entre los peligros, ni al pecador lo absuelve sino la sola gracia de la misericordia divina. Por tanto, temerosa en ambos casos, ora por los que corren para que lleguen, y suplica por los que retroceden para que corran. Entre la oración y la súplica hay esta diferencia, que la oración se hace por la perseverancia en las virtudes, y la súplica por la indulgencia de los pecados. Ora, pues, la cabeza o la Iglesia, para que también los que obran bien sean fortalecidos en la justicia. En lo que dice: "Atiende a mi súplica", designa la debilidad de los pecadores, que a

semejanza de los enfermos necesitan cierta condescendencia del médico omnipotente, ya que el pecador no puede elevarse hacia él. O atiende con tus oídos, es decir, presta atención a las súplicas. Pues esto promete por el profeta, diciendo: "Convertíos a mí, y yo me convertiré a vosotros" (Zac. I, 3). De donde se añade: "En tu verdad". En esto aparece verdadera la promesa, porque al convertido se le concede la remisión de los pecados, según está escrito: "Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado" (Sal. L, 6). Escúchame en tu justicia. Quien se gloria en sí mismo, no es escuchado. No son escuchados aquellos que, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se someten a la justicia de Dios. De hecho, el fariseo quiso establecer su justicia en el templo (Luc. XVIII), y por eso fue reprobado por el Señor. Gloriémonos, pues, en la justicia de Dios si queremos ser escuchados, para que podamos decir con el Profeta: "Escúchame en tu justicia". ¿Quién se gloria en la justicia de Dios, sino quien no atribuye nada bueno a sus méritos, y siente que es justo todo lo adverso que soporta? Pablo se gloriaba en sus debilidades (II Cor. XII), testificaba que no tenía nada bueno que no hubiera recibido, proponiéndonos ejemplos de humildad, para que quien se gloríe, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31).

(Vers. 2.) Y no entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará en tu presencia ningún viviente.

2. Quien murmura contra los azotes del Creador, como si entrara en juicio con él. Pues acusa el juicio de Dios, quien se estima injustamente golpeado. Y como si contendiera en juicio con Dios, quien entre los azotes se muestra inocente. De aquí que el Señor hable al bienaventurado Job, diciendo: "¿Acaso quien contiende con Dios, tan fácilmente se aquieta?" (Job. XXXIX, 32). Ciertamente quien acusa a Dios, debe también responderle. Entonces el bienaventurado Job como si acusara a Dios, cuando dudó si su castigo había sido justo. Pues no consciente de falta alguna, creyó que había sido golpeado injustamente, porque no sabía que sus méritos aumentaban con el castigo. Pero quien habló mucho de su obra, al oír la vida de los santos calló, como quien contiende con Dios, fácilmente se aquietó. O ciertamente aquel entra en juicio con Dios, quien habiendo orado, murmura si no es escuchado. A quienes se les dice: "¿Queréis contender conmigo en juicio?" (Jer. II, 29). Pues como si contendieran en juicio, decían: "¿Por qué ayunamos, y no miraste? humillamos nuestras almas, y no lo supiste" (Isai. LVIII, 53). Pues es necio desistir de la oración, si Dios difiere, cuando se le ruega, escuchar; y acusar de iniquidad al Creador, si el efecto no sigue a la oración, especialmente cuando no sabemos qué pedir como conviene. A algunos impacientes el Señor a menudo concedió lo que pedían enojado: como al contrario negó al Apóstol propicio (I Cor. IX, 2). Pues dio un rey a los que lo pedían según los deseos de sus corazones (I Reg. VIII): también dio al diablo que lo pedía, para que tentara a Job, hombre simple y recto y temeroso de Dios (Job. I, 2). Escuchó a los espíritus malignos, y concedió a la legión de demonios entrar en la pira de cerdos (Mat. 8). No tenga, pues, nadie por grande si fue escuchado, cuando pide algo que no obtenerlo es más provechoso. Que si no obtiene lo solicitado, no se desespere, ni dude de la misericordia divina hacia él, cuando tal vez pedía cosas que, si las recibiera, o se afligiría más gravemente, o prosperaría inútilmente. Pues está escrito: "La aversión de los pequeños los matará, y la prosperidad de los necios los perderá" (Prov. I, 32). Porque no se justificará en tu presencia ningún viviente. Sé que muchos parecen justos ante los hombres, y elevados a la esperanza de las promesas celestiales viven inocentemente en el mundo; que aunque no pecan en obra, sin embargo, a veces caen en vana o perversa cogitación. ¿A quién no desgarran las vanas cogitaciones? ¿A quién no perturban las tentaciones? ¿A quién no turban los deseos de la carne? No se justifica, pues, ante Dios quien peca de corazón, lo que Dios contempla.

(Vers. 3.) Porque el enemigo persiguió mi alma: humilló en tierra mi vida.

3. ¿Quién es el enemigo del género humano, lo muestra quien exponiendo la parábola de la cizaña (Mat. XIII, 39), dice: "El enemigo es el diablo" (Luc. VIII). Y el apóstol Pedro dice: "Vuestro enemigo el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar" (I Pedro V, 8). Él es quien persigue las almas, quien intenta infligir la muerte perpetua. Él es, digo, quien engaña a los incautos, y tiende lazos a los que caminan por el camino de esta vida. Por eso el profeta dice: "En este camino en que andaba, escondieron un lazo para mí" (Sal. CXLI, 4). Nuevamente de él está escrito: "Está escondida en la tierra su trampa, y su trampa sobre las sendas" (Job. XVIII, 10). Pues envidiando la salvación humana, cuando intenta perder al inocente, primero le muestra algo que le guste: lo cual, mientras el incauto intenta alcanzar, es atravesado por el oculto filo del pecado. Como si, pues, la trampa estuviera escondida en la tierra, cuando en los bienes terrenales se oculta el pecado. También se pone la trampa por el antiguo enemigo sobre la senda, cuando en la acción de este mundo que la mente desea, se prepara el lazo del pecado. Pues así se pone la trampa en la tierra, que la carnada expuesta no se ve. Así, ciertamente, así el antiguo enemigo cuando desea derribar a alguien, como carnada en la trampa, pone el lucro en la culpa. A lo cual, mientras el viajero ansía con amor de avaricia, de improviso el lazo del pecado lo ahoga. ¿Quién no temerá las astucias de este enemigo, que es tanto más pernicioso cuanto más oculto? Pues no intenta quitar lo que está fuera de nosotros, sino que intenta arrebatarnos los tesoros interiores. No tiene codicia de bienes temporales, ni ambición de riquezas, ni deseo de dignidad, solo desea los interiores, solo arrebatamos las virtudes, solo mata el alma. Que si alguna vez toca los exteriores, no los quita para tenerlos, sino para al quitarlos derribar el alma. Sabemos cómo a muchos diariamente los ocupa con sus fraudes, cómo los despoja de las vestiduras de la gracia, priva a los engañados del ornato de las virtudes, defrauda de las riquezas de las obras, mancha con los celos de las tentaciones, atraviesa con las heridas de los pecados. Esta es, pues, la intención de su perversidad, dañar a todos, derribar a todos. De hecho, a quienes ve caminar por los caminos de Dios, y reconoce más fuertes en el propósito de la justicia, los persigue más gravemente, intenta derribarlos de su estado de rectitud. Por eso dice: "El enemigo persiguió mi alma; humilló en tierra mi vida". Grave persecución. Quien había comenzado por amor a lo celestial a dejar lo terrenal, y despreciadas las riquezas mundanas, a vivir en los cielos, ahora por la impulsión diabólica me veo obligado a despreciar lo supremo y eterno, y a pensar en la incierta providencia de este mundo. Me agobian las preocupaciones de las cosas terrenales, capturado por las seducciones de los placeres carnales, soy conducido a lo bajo. Pues la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sap. IX, 15). Humilló en tierra mi vida. Quien despreciando lo celestial, es conducido solo a desear lo bajo, su vida es humillada en la tierra. De donde resulta que cuanto más se hace próximo a la muerte, más se aleja de Dios por la disimilitud. De aquí que el Apóstol dice: "Quienes quieren enriquecerse, caen en tentación, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles, que hunden a los hombres en la perdición" (II Tim. VI, 9). Por eso se añade apropiadamente:

(Vers. 4.) Me colocó en oscuros como los muertos del siglo, y se angustió sobre mí mi espíritu, en mí se turbó mi corazón.

4. ¿Qué más infeliz? Vivía antes para Dios, muerto al siglo, ahora al contrario muerto a Dios vivo para el mundo. ¿Qué es el pecado, sino muerte? De aquí que está escrito: "No hay en la muerte quien se acuerde de ti" (Sal. VI, 6). Y de nuevo: "Entró la muerte por nuestras ventanas" (Jer. IX, 21). Pues la muerte es la que separa el alma de Dios, interrumpe los oficios de los sentidos internos, desfigura la imagen divina, quita la claridad de la luz. De hecho, quien muere a Cristo, es sepultado en el sepulcro de la conciencia, es atado con las ligaduras de las concupiscencias, es arrojado del conspecto de Dios, es cubierto de dureza, es

cerrado dentro por la piedra de la iniquidad. De tales está escrito: "Salió como de grasa su iniquidad" (Sal. LXXII, 7). Sin embargo, a veces Jesús los resucita, y quitada la piedra de la impenitencia, los llama de las tinieblas a la luz. Y cuando la Iglesia intercede por ellos, por el ministerio de los sacerdotes los absuelve. Él mismo viene al sepulcro, se conmueve por las lágrimas de la Iglesia; manda que resucite a la justicia, quien antes yacía en la iniquidad. Solo es necesario que por la confesión salga fuera, sienta el dolor del corazón, tema el juicio de Dios, se aparte de la iniquidad. También hay en esto una enseñanza del profeta. Pues se añade: "Se angustió sobre mí mi espíritu, en mí se turbó mi corazón". El espíritu del hombre penitente se angustia, cuando deseado lo supremo, es deprimido por la corrupción de la carne. Pues cuando, agravado por el peso de la mancha terrenal, intenta elevarse a lo más alto, fatigado por su propio esfuerzo se cansa. Pero tanto más desea lo superior, cuanto más verdaderamente reconoce la carga que lleva. Se turba, sin embargo, el corazón del pecador en el recuerdo del pecado, cuando primero comienza a conocerse a sí mismo, y a pensar cuán lejos se ha alejado de Dios. No está vacío lo que añadió, "En mí". Pues como si estuviera fuera de sí, quien despreciando lo saludable y eterno, pensaba en lo nocivo y temporal, quien no sentía las molestias de su enfermedad; quien pensaba que veía cuando era ciego. Pero volvió en sí, cuando se reconoció a sí mismo tal como era. Pues está escrito: "Volved, prevaricadores, al corazón" (Isai. XLVI, 8). Y del hijo pródigo narró el Señor, que habiendo dilapidado y derrochado los bienes paternos, careciendo del alimento de la vida celestial, volvió en sí (Luc. XV). Pues no volvería en sí, si antes no hubiera salido de sí. Por eso también su padre dice: "Este mi hijo estaba muerto, y revivió: había perecido, y fue hallado" (Luc. XV, 24). Si, pues, deseas ser hallado por el padre, de quien te apartaste por desobediencia, y deleitarte en su casa con delicias, vuelve inmediatamente a ti mismo, y revisados tus actos, recuerda de dónde caíste, para que tanto más te muevas a penitencia, cuanto más comiences a conocer lo que perdiste, y a perder lo que encontraste. Sigue:

(Vers. 5.) Me acordé de los días antiguos, medité en todas tus obras, y en las obras de tus manos meditaba.

5. Felices los días antiguos, que no presentaban oscuridad ni tinieblas. La presencia de la divinidad los iluminaba, la serenidad de la seguridad los purificaba, y la inmensidad de la alegría los adornaba. Días de gozo y luz, días de virtudes y paz, días de delicias y suavidad; que no eran perturbados por el dolor, ni acosados por la angustia, ni oscurecidos por la debilidad. Estos días los tuvo el alma en el paraíso, antes de caer del estado de rectitud por la culpa de la transgresión: pero los perdió desgraciadamente cuando despreció guardar los mandamientos del Creador. También se puede entender por los días antiguos la transgresión de los primeros padres, por la cual la Escritura testifica que se abrieron sus ojos (Gén. III). O también la prosperidad engañosa de este mundo, que con cierta amabilidad fraudulenta sonrío a los necios, a la cual el justo maldice, diciendo: "Perece el día en que nací" (Job III, 3). Pues los hombres santos, temiendo más las prosperidades de este mundo que las adversidades, se examinan a sí mismos en sus propios éxitos, y consideran cuán rápidamente pasa el humo de la felicidad mundana, recordando lo que está escrito: "En el día de los males no olvides los bienes" (Ecli. XXVII, 11). Si ven a alguien prosperar en el mundo y regocijarse en la gloria de sus riquezas, no consideran la cumbre de su dignidad, sino que meditan en su fin, para que tanto más fervientemente consideren los verdaderos bienes, cuanto más claramente vean que no son bienes los que pasan. De ahí que Job diga: "Yo vi al necio con raíz firme, y maldije su hermosura de inmediato" (Job V, 3). Porque quien confía en la multitud de sus riquezas, como si hubiera echado raíz en la tierra. Pero el hombre santo maldice su hermosura, cuando menosprecia su prosperidad. Medité en todas tus obras. Quien ha reconocido que las riquezas de este mundo son engañosas, y por amor a las celestiales ha despreciado las terrenales,

medita en las buenas obras, que permanecen cuando esta vida pasa, y traen las recompensas de la vida eterna. Pues no se vive útilmente en el tiempo, sino para adquirir el mérito por el cual se viva en la eternidad. Sigue: "Y en las obras de tus manos medité" (Sal. CI, 26). El profeta habla a Dios: "Las obras de tus manos son los cielos". Y en otro lugar: "Los cielos cuentan la gloria de Dios" (Sal. XVIII, 1). Ellos son los cielos, que cuentan la gloria de Dios: que se llaman obra de las manos de Dios, porque no deforman en sí la imagen divina, no excluyen los dones de los carismas, no destruyen la apariencia del alma. Que no atribuyen nada bueno a sí mismos, sino todo a la gracia de Dios, sabiendo que no tienen nada que no hayan recibido (I Cor. IV). Esto lo ha obrado en ellos, quien los hizo vasos de misericordia (Rom. IX), quien los eligió en sí mismo antes de la constitución del mundo, para que no se gloríen en sí mismos, ni sean altivos, sino que teman (Efes. I), ni digan en su abundancia: "No seré movido para siempre" (Sal. XXIX). En estos meditará, quien regresado de Babilonia, proponiéndose los ejemplos de ellos para imitar, no sea engañado por la conversación de aquellos que piensan en lo terrenal, y recaiga en lo mismo que había dejado, y se haga más confusa la confusión del error (Luc. IX), si después de haber tomado el arado comienza a mirar atrás; o a volver a casa para tomar la túnica (Mat. XXIV). Por tanto, se excita a sí mismo a obrar bien con el ejemplo de ellos, y aunque ausente en cuerpo, conversa con ellos en mente. Por tanto, contempla la gloria de la bienaventuranza eterna que han recibido o recibirán; para que tanto más se anime a la buena obra, cuanto más comience a reconocer lo que han hecho, y a esperar lo que han recibido.

(Vers. 6.) Extendí mis manos hacia ti: mi alma como tierra sin agua para ti.

6. No basta querer bien, si no sigue también el hacer. Por eso, quien había dicho que meditaba en las buenas obras, y que permanecía en la meditación de la alabanza de los santos, añadió a continuación: "Extendí mis manos hacia ti". De ahí que el profeta nos advierte, diciendo: "Levantemos nuestros corazones con las manos hacia Dios" (Lam. III, 41). ¿Qué es extender las manos hacia Dios, sino elevar la acción hacia el Omnipotente? En efecto, aquel contrae sus manos, quien no da nada a los necesitados, quien no escucha la voz del pobre. De ahí que un sabio advierte, diciendo: "No sea tu mano cerrada para dar, y extendida para recibir" (Ecli. IV, 36). Enseñó a extender las manos, quien dijo: "Dad limosna, y he aquí todo será limpio para vosotros" (Luc. XI, 41). Y el profeta testifica, diciendo: "En el día de mi tribulación busqué a Dios con mis manos" (Sal. LXXV, 3). Pues, ¿qué es buscar a Dios con las manos, sino invocar al Salvador con obras santas? No se añadió en vano, "Hacia ti", porque hay muchos que en lo que hacen bien, desean ser alabados por los hombres. Estos no extienden sus manos hacia Dios, porque a través de las obras de santidad no buscan a Dios, sino la gloria del mundo. De tales dice el Señor: "En verdad os digo, ya recibieron su recompensa" (Mat. VI, 2). Extendamos, pues, nuestras manos hacia Dios, para que no hagamos nuestra justicia delante de los hombres (Ibidem); ni con las vírgenes necias tomemos lámparas vacías; sino tomando aceite en nuestras vasijas, salgamos al encuentro del esposo que viene, para que podamos decir con el Apóstol (Mat. XXV): "Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia" (II Cor. I, 12).

7. Mi alma como tierra sin agua para ti. Esto es por lo que más se excita a sí mismo a obrar bien, si no se ensalza por los méritos, si extingue en sí la soberbia de la presunción humana, si no se considera nada, si espera el incremento de la virtud del Creador. Por eso dice: "Mi alma como tierra sin agua para ti". Pues como tierra sin agua, es el alma sin gracia. Porque así como la tierra que no es regada por la lluvia, no se viste de hierbas, no se adorna de flores, no abunda en cosecha; así el alma carente de gracia no se cubre de virtudes, no piensa en lo celestial, no se ocupa de lo útil. Pues, corrompido en el primer padre el libre albedrío, ya ni siquiera podemos querer el bien, si no somos ayudados por la gracia de aquel en quien se

dirigen los pasos del hombre. Pues está escrito: "La voluntad es preparada por el Señor" (Prov. VIII, 35, según LXX). Y el Señor dijo a los discípulos: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros" (Juan XV, 16). Y el Apóstol: "Dios es", dice, "quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filip. II, 13). Y de nuevo: "Por gracia sois salvos, por la fe" (Efes. VII, 8). Si, pues, nadie tiene fe sin la gracia de Dios, ¿quién se estima capaz de dar fruto sin su ayuda, quien dice: "Os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca" (Juan XV, 16)? Pues quienquiera que plante o riegue, en vano resuena la voz de corrección exteriormente, si él no da el incremento, sin el cual nada podemos hacer (I Cor. III).

(Vers. 7.) Escúchame pronto, Señor, mi espíritu desfallece.

8. No incongruentemente dijo un sabio: "Para la codicia, la misma rapidez es lenta". Pues para quien desea las justificaciones de Dios, no es suficiente ser escuchado, sino ser escuchado rápidamente. Añade también la razón por la cual debe ser escuchado, como si ya no tuviera un espíritu que le sostenga, quien pone toda su esperanza en Dios. Pues al decir: "Mi espíritu desfallece", testifica que es pobre de espíritu, y que no presume de sí mismo, sino que ofrece a Dios el sacrificio de un espíritu contrito. Reconoce que también tiene esto por la gracia de Dios, que ha sido humillado, confiando en que será levantado por su ayuda, cuya gracia siente que lo ha abatido. De ahí que el profeta, suplicando al Señor, dice: "Quitarás su espíritu, y desfallecerán, y volverán a su polvo; enviarás tu espíritu, y serán creados" (Sal. CIII, 29). Pues nadie se convierte en receptáculo del espíritu de Dios, si primero no se vacía de su propio espíritu. Porque el espíritu de Dios no reposa sino sobre el humilde y tranquilo, y el que tiembla ante sus palabras (Isa. LXVI). Pues quien tiembla, desfallece. De ahí que el profeta diga: "Mi alma desfallece en tu salvación" (Sal. CXVIII, 81). Pues si uno no desfallece de sí mismo, no se acerca a aquel que está por encima de él. De ahí que esté escrito sobre la reina de Saba que, al oír la sabiduría de Salomón y ver a los ministros de su casa, ya no tenía espíritu (III Re. 10), porque la Iglesia de los elegidos, congregada de entre las naciones, al conocer la gracia de Cristo y encontrar maestros de la doctrina evangélica, desechando el espíritu de soberbia y todo orgullo de altivez, aprendió a desconfiar de sí misma y a esperar grandemente en la misericordia de su Rey.

(Vers. 8.) No apartes tu rostro de mí, y seré semejante a los que descienden al abismo,

9. Los señores suelen apartar la mirada de los siervos con quienes están ofendidos, y si alguna vez ellos suplican por gracia, desvían el rostro hacia otro lado. Y porque no pueden contemplarlos con mirada recta, muestran los movimientos de sus ánimos en el mismo gesto del cuerpo. Dios también se aparta de los pecadores, porque se digna no contemplar con rostro sereno su torpeza. Pero quien rechaza al pecador, se vuelve hacia el penitente, llama también a los alejados, perdona los pecados a los convertidos, exhorta a los perezosos, consuela a los afligidos, enseña a los estudiosos, ayuda a los que luchan, confirma a los que trabajan, escucha a los que claman de corazón. Pues él mismo dice por el profeta: "Convertíos a mí, y yo me convertiré a vosotros" (Zac. I, 3). Pero como no podemos convertirnos a él sin él, clamemos cada día con el profeta: "No apartes tu rostro de mí, y seré semejante a los que descienden al abismo". Al apartar el Señor su rostro, el pecador desciende al abismo, porque si Dios no lo mira misericordiosamente, después de cometer muchos crímenes, cae en el pozo de la desesperación. Pues ni Pedro hubiera llorado amargamente, si el Señor no lo hubiera mirado. La penitencia es uno de los dones perfectos que descienden del Padre de las luces. Si, pues, la benigna misericordia de Dios no ilumina la mente del hombre, es imposible que se transforme en una nueva naturaleza (Jac. I), pues está escrito: "No puede hacer nada por sí mismo, si no le es dado de arriba" (Juan XIX, 11). Y el

Apóstol: "Tenemos tal confianza por Cristo hacia Dios, no que seamos suficientes para pensar algo por nosotros mismos, como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia es de Dios" (II Cor. III, 4). Si, pues, no somos suficientes ni para pensar algo por nosotros mismos, ¿cómo haremos penitencia sin la mirada de la misericordia de Dios? Pues hay tinieblas donde Cristo no mira, donde aquella luz verdadera no entra; que así brilla en las tinieblas, que sin embargo no es comprendida por las tinieblas (Juan I). Por eso el profeta, suplicando al Señor, decía: "Ilumina tu rostro sobre tu siervo" (Sal. CXVIII, 135). ¿Qué es, pues, el rostro de Dios, sino una cierta claridad de su conocimiento? Esta claridad de su conocimiento no la ven quienes ignoran su misericordia, quienes desesperan del perdón de sus pecados. Ellos, en efecto, descienden al abismo, donde no ven la luz de la misericordia, no dirigen la intención del corazón hacia los cielos, satisfacen los deseos de la carne, desprecian a Dios, como está escrito: "El pecador, cuando ha llegado al fondo, desprecia" (Prov. XVIII, 3). De tales, el Señor truena por el profeta Amós, diciendo: "Si se esconden de mis ojos en el fondo del mar, allí mandaré al serpiente, y los morderá" (Amós IX, 3). Pues, ¿qué es esconderse en el fondo del mar, sino ocultarse en la altura de la desesperación? Se oculta quien no confiesa sus pecados. No confiesa, sin embargo, quien desespera de la misericordia de Dios. O ciertamente, aquel se oculta de los ojos de Dios, quien se aparta de sus mandamientos. Los ojos del Señor son el espíritu de Dios, que dio la ley, es decir, los mandamientos. Quien, pues, se oculta de los ojos de Dios en el fondo de la desesperación, el diablo recibe poder para morderlo, e introducirlo en el vientre de su malicia. Él es, en efecto, el serpiente, a quien se le dijo: "Comerás tierra todos los días de tu vida" (Gén. III, 14).

(Vers. 9.) Hazme oír tu misericordia por la mañana, porque en ti he confiado.

10. ¿Qué es la mañana, sino el inicio del día siguiente? ¿Y qué día, sino aquel del que el profeta dice: "Mejor es un día en tus atrios que mil" (Sal. LXXXIII, 11)? Y el Apóstol: "La noche", dice, "ha pasado, el día se ha acercado, desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos con las armas de la luz; como de día andemos honestamente" (Rom. XIII, 12). Ese es el día que ilumina el verdadero sol, que no conoce ocaso, que no es oscurecido por nubes, no es oscurecido por niebla, no es sombreado por tormenta. Que con razón se llama uno, porque no está limitado por el término de ningún fin. En esta vida, en efecto, no tenemos día, en el cual caminamos por fe, no por vista. En el cual sufrimos las tinieblas de nuestra ceguera, y lloramos la oscuridad del error humano. En el cual somos oprimidos por las nubes continuas de dolor y angustia, y somos llevados por caminos desviados, como cautivos que no tienen la luz de la sabiduría, y desvaneciéndonos en nuestros pensamientos. Pero cuando Cristo, nuestra vida, aparezca (Col. III), y comencemos a ver a Dios con rostro revelado, entonces huirá toda la oscuridad de las tinieblas, se desvanecerá todo el humo de la ignorancia, se disipará toda la niebla de la tentación; porque lo corruptible se vestirá de incorrupción, y lo mortal se vestirá de inmortalidad (I Cor. XV). Ese será el día de claridad y luz, que ha preparado para todos los elegidos, quien nos ha librado del poder de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor. La mañana de ese día es la futura resurrección, según lo que está escrito: "Por la mañana estaré ante ti y veré, porque no eres un Dios que quiera la iniquidad, ni habitará junto a ti el maligno" (Sal. LV). Y de nuevo: "Es bueno dar gracias al Señor, y cantar salmos a tu nombre, Altísimo, para anunciar por la mañana tu misericordia" (Sal. XCI, 1). En ella, en efecto, resplandecerá la felicidad de los justos, aparecerá la gloria, se verá la exultación; donde Dios enjugará toda lágrima de los ojos de los santos (Apoc. XXI), donde la muerte será destruida por última vez, donde los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mat. XIII).

11. En esa mañana, el Señor hará oír su misericordia, cuando, separados los justos de los impíos, las ovejas de los cabritos, diga a los que estén a su derecha: "Venid, benditos de mi

Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo" (Mat. XXV, 34). Allí se hará conocida la misericordia de Dios, que en esta vida presente la mente humana no puede comprender. Pues el Señor ha preparado para los que le aman, lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II). Por eso, quien por la buena conversación que viene de la gracia de Dios, se eleva al deseo de la vida eterna, dice: "Hazme oír tu misericordia por la mañana", es decir, eterna. Pues la misericordia del Señor es desde la eternidad hasta la eternidad sobre los que le temen (Sal. CII, 17). Pero si esa felicidad de los santos es misericordia, y no se adquiere por méritos, ¿dónde quedará lo que está escrito: "Y tú pagarás a cada uno según sus obras" (Sal. LXI, 13)? Si se paga según las obras, ¿cómo se considerará misericordia? Pero una cosa es pagar según las obras, y otra cosa es pagar por las mismas obras. Pues en lo que se dice según las obras, se entiende la calidad misma de las obras, para que quien haya tenido buenas obras, su retribución sea gloriosa. Pues a esa vida bienaventurada en la que se vive con Dios y de Dios, ningún trabajo puede igualarse, ninguna obra puede compararse, especialmente cuando el Apóstol dice: "No son dignos los sufrimientos de este tiempo presente para la gloria futura que se revelará en nosotros" (Rom. VIII, 18). Aunque también por esto puede llamarse con razón misericordia, porque se da por aquellas obras que nadie alcanza sin el previo favor de la misericordia de Dios. Por eso se dice en los Salmos: "Mi Dios, su misericordia me precederá" (Sal. LVIII, 11). Pues si no hubiera hecho vasos de ira vasos de misericordia, ninguna santa conversación distinguiría a nadie de esa masa de perdición, ninguna justicia propia libraría a nadie de la pena de la muerte eterna. Por tanto, es evidente que a quienes misericordiosamente concede que en esta vida obren bien, a ellos más misericordiosamente les otorga que en la bienaventuranza eterna sean recompensados con fruto centuplicado. Esta es la gracia, que el santo apóstol de Dios testifica que se dará por gracia, para que a quienes en esta vida se les da divinamente la gracia de la santificación, a ellos también en el futuro se les dé la gracia de la felicidad eterna. Lo que dice: "Porque en ti he confiado", es como la causa de una justa petición, porque cuando alguien pone su esperanza en Dios, será más confiado para suplicar a Dios. También había dicho anteriormente: "Mi espíritu desfallece", ahora dice que confía en Dios. En lo cual, usando de mayores remedios de confianza, aplica un saludable documento a nuestra esperanza, para que aprendamos que es poco que desfallezcamos de nosotros mismos, si no, trascendiéndonos, progresamos en Dios.

(Vers. 10.) Hazme conocer el camino por el que debo andar, porque a ti he elevado mi alma.

12. ¿Quién es capaz de llegar a escuchar la voz de la misericordia por la mañana, si no ha caminado por el camino de la justicia? De ahí que el profeta, suplicando al Señor, diga: Instrúyeme en el camino de tus justificaciones (Salmo 118, 27). Y también: Guíame por el camino recto a causa de mis enemigos (Salmo 26, 11). Y, Guía mi camino ante ti (Salmo 5, 9). Pues sabía que hay un camino que parece recto a los hombres, pero su final lleva a la muerte (Prov. 14). Por eso dice: Hazme conocer el camino por el que debo andar, porque a ti he elevado mi alma. Observa el orden. Primero, debes renunciar a ti mismo, no dejarte llevar por la vanidad, sino sentirte inferior a todos, y así extinguir en ti el espíritu de soberbia. Que no te ensalce la nobleza de tu linaje, que no te eleve el honor, que no te infle la prudencia. Porque quien confía en el hombre, está sujeto a maldición (Jer. 17). Luego, sigue que esperes en Dios, para que, abandonado (según el profeta), por padre y madre (Salmo 26), seas acogido por el Señor y guiado por su protección entre las olas de la tentación mundana. Finalmente, que eleves tu alma a Dios, y expulsada toda vanidad, vivas en lo celestial, donde te refresques con la dulzura de las delicias de Dios y disfrutes de la claridad de su visión. Que no te seduzca el deleite de las pasiones terrenales, que las fantasías de las vanidades no ocupen tu mente, las cuales, al arrastrar el alma en direcciones diversas, inducen tal oscuridad

de negligencia y oponen las tinieblas de la ceguera, que cuando comienza a desear lo inferior, de ninguna manera se eleva a lo supremo. Si te enciendes con el amor de lo celestial y asciendes por estos grados de humildad, también podrás decir con el profeta: A ti, Señor, he elevado mi alma (Salmo 24, 1). Bienaventurado quien puede decir esto. Bienaventurado, en verdad, aquel a quien la iniquidad no carga, el deleite no retiene, el placer no inclina, a quien no agobia la codicia, no deprime la opulencia, no arrastra la ambición, como está escrito: Bienaventurado el hombre cuyo auxilio está en ti, ha dispuesto ascensiones en su corazón (Salmo 83, 6).

(Vers. 11.) Líbrame de mis enemigos, Señor, a ti he acudido; enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios.

13. Quien camina por el camino teme las emboscadas, teme los ataques de los enemigos, se horroriza ante los asaltos de los ladrones. Por eso, quien desea conocer el camino de la salvación, también suplica ser librado de los enemigos. Sabe que camina entre enemigos, en medio de trampas, que por todas partes acechan peligros, por todas partes se tienden emboscadas, por todas partes los incautos son precipitados. Pues nuestro adversario el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar (1 Pedro 5, 8). Captura a los incautos, hiere a los desarmados, despoja a los desprevenidos. A unos mata, a otros captura, a otros asfixia. A veces se transforma en ángel de luz y propone a la mente incauta algunas buenas acciones (2 Cor. 11); para que, tentado, caiga de su propósito, y, como una caña, comience a ser agitado por los vientos de las tentaciones, sea más fácilmente inducido al consentimiento del pecado. Inserta pensamientos inútiles, aplica deseos vanos, pinta ficciones de virtudes. Pero si encuentra a alguien más fuerte, perseverante en su buen propósito, lo persigue con más dureza, y con los más graves agujones de las tentaciones, intenta extinguirlo. También tiene consigo ministros de maldad, sus líderes y satélites, con los cuales combate contra la fragilidad humana, para que sea vencida tanto más fácilmente cuanto no es atacada por uno, sino por muchos. Contra este poderoso adversario y sus numerosos preparativos nos instruyó Pablo, cuando decía: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las maldades espirituales en los lugares celestiales (Efesios 6, 12). ¿Quién puede escapar de tantas hordas de enemigos y descubrir sus emboscadas? No están cargados de carne, no están ocupados por preocupaciones, sino que están listos para hacer daño. ¿Quién de los hombres puede luchar contra ellos y salir ileso, si no está rodeado por la ayuda de la gracia divina y coronado con el escudo de su buena voluntad? Aunque florezca en el estudio de las buenas obras, aunque resplandezca con la luz de las virtudes, no podrá superar la maldad del enemigo rugiente, ni reprimir las fuerzas del poder iniquo, si no está apoyado por la protección de aquel que permanece en nosotros, para que también luche por nosotros.

14. Por tanto, queda que en todo pidamos la ayuda de la gracia divina, y siempre acudamos a ese refugio inexpugnable, en el cual no temamos el ataque de ningún enemigo. A ese refugio había acudido quien decía: Líbrame de mis enemigos, Señor, a ti he acudido. Y en otro lugar: Señor, has sido nuestro refugio (Salmo 89, 1). Cabe notar que no dice, protégeme, sino líbrame, como si dijera: Ya me envuelven en los lazos de sus fraudes, ya me atan con los nudos de sus engaños, ya me envuelven en las redes de sus iniquidades. ¿Quién es apto para librar, sino aquel a quien cantamos con el profeta: Nuestra alma, como un pájaro, ha sido liberada del lazo de los cazadores; el lazo se rompió, y nosotros fuimos liberados (Salmo 123, 7)? Y para que nadie, complaciéndose en su liberación, se glorie, se añade: Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Ibid., 8). Caminando, pues, en este camino en el que nos han escondido lazos, clamemos a Dios con todo el corazón: Líbrame de mis enemigos, Señor, a ti he acudido; enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios.

Es justo que todo hombre sirva a su Dios, que la criatura obedezca a su Creador, que el siervo no transgreda los mandatos de su Señor. Que el alma cristiana se esfuerce por hacer la voluntad de su Dios, reconozca a su Creador, escuche su voz, dirija su camino, obedezca sus preceptos. Ore para ser enseñada, pida ser guiada, suplique ser confirmada. Esto, en efecto, nadie puede lograr sin la ayuda de la inspiración divina, sino que en todo debemos implorar la clemencia divina; para que, infundido en nuestros corazones el espíritu, cuya unción nos enseña sobre todas las cosas (1 Juan 2), aprendamos cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta (Rom. 12).

(Vers. 12.) Tu buen espíritu me guiará a tierra recta; por tu nombre, Señor, me vivificarás en tu equidad.

15. Quien ha desfallecido de su propio espíritu, es guiado por el espíritu de Dios. Sin embargo, había dicho anteriormente que su espíritu había desfallecido. Por lo tanto, es evidente que su propio espíritu lo había conducido al mal. Y tal vez lo había llevado a una región lejana, donde había disipado su sustancia (Lucas 15), donde había hambre de la palabra de Dios, donde, adhiriéndose a uno de los ciudadanos, es decir, al diablo, que es llamado príncipe de este mundo (Juan 14), era enviado a apacentar cerdos; donde deseaba llenar su vientre con la comida de los cerdos, es decir, satisfacer su carne con las sugerencias de los espíritus malignos. Ahora bien, desfallecido el mal espíritu, asumido por el buen espíritu de Dios, espera ser introducido en tierra recta; que no produzca cardos y espinas, ni sea desierta, ni intransitable, ni sin agua; sino que abunde en frutos centuplicados y en delicias eternas. Pues los que son guiados por el espíritu de Dios, estos, según la voz del Apóstol, son hijos de Dios (Rom. 8, 15). Si son hijos, también son herederos; y si herederos, poseen la herencia. ¿Y cuál es la herencia, sino la tierra de los vivientes? De ahí que el profeta diga: Los mansos heredarán la tierra y se deleitarán en la abundancia de paz (Salmo 36, 11). De ahí que nuevamente diga: Bendiciéndole, heredarán la tierra (Ibid. 22). Y para que nadie crea que se promete la herencia de aquella tierra que pasará a los bendecidos y mansos, añade y dice: Pero los justos heredarán la tierra y habitarán en ella para siempre (Ibid. 29). Y: El Señor conoce los días de los íntegros, y su herencia será para siempre (Ibid. 18). Si, por lo tanto, la herencia es de los hijos, y ellos son hijos de Dios, que son guiados por el espíritu de Dios, ya que la herencia es la tierra de los vivientes; quienes son iluminados por el espíritu de Dios, serán guiados a tierra recta. A la cual, quienquiera que sea guiado, se deleita en la abundancia de paz. Esta abundancia de paz el Señor la promete por el profeta, diciendo: Les daré verdadero consuelo, paz sobre paz (Isaías 57, 18, 19, según la LXX). Pues sobre la paz que concede a sus amados en esta vida, en la eterna felicidad la divina misericordia dará otra; para que ya la carne no se oponga al espíritu, ni surja ocasión alguna de tentación, estando ya todo en orden; para que, reformada la naturaleza humana para mejor, nadie pueda ya caer, nadie pueda pecar. Esta es la paz de Cristo que él mismo prometió a los apóstoles, diciendo: La paz os dejo, mi paz os doy (Juan 14, 17). En lo cual es de notar que, al prometerles dos veces su paz, entendamos que los santos de Dios tienen una cierta paz en esta vida, pero que solo encontrarán la verdadera y perfecta paz allí, donde ya ninguna vana imaginación los moverá, ninguna ilusión los turbará, cuando Dios haya librado sus almas de la muerte, sus ojos de las lágrimas, sus pies de la caída. Esta paz solo Cristo la tuvo, porque solo él entre los muertos fue libre, no sintió en su corazón el aguijón del pecado. Nosotros, mientras estemos oprimidos por la carne corruptible y atados por los lazos del cuerpo, ignorantes de aquella paz íntegra y perfecta, nos turbamos en vano, al infiltrarse en nosotros las seducciones terrenales de las pasiones y los pensamientos vanos, que frecuentemente, como un ejército formado, irrumpen de improviso, confunden la mente y arrastran el ánimo a otro lugar del que habíamos propuesto. Pues no está en nuestro poder nuestro corazón; no se

eleva a Dios según nuestra voluntad; es conducido a lo bajo, arrastrado a lo desviado. Si, por lo tanto, deseamos entrar en tierra recta, pidamos ser guiados por el buen espíritu de Dios.

16. Por tu nombre, Señor, me vivificarás en tu equidad. No vive para la justicia, sino quien muere para la iniquidad. Así como lo que hemos sembrado no se vivifica, si no muere primero; así quien no muere al mundo y a sus concupiscencias, no se multiplica en el fruto de las buenas obras (Col. 3). Resta, por tanto, que mortifiquemos nuestros miembros que están sobre la tierra, para que nos vivifique el autor de la vida. Pues para esto él mismo murió y resucitó, para que nosotros, muertos al pecado, vivamos para la justicia (1 Pedro 2). De ahí que el profeta diga: Nos vivificará después de dos días, y en el tercer día nos resucitará (Oseas 6, 3). Aquella resurrección, en verdad, fue nuestra vida, por la cual fuimos liberados de la muerte del alma y restituidos a la vida eterna. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios traerá con él a los que durmieron por Jesús (1 Tes. 4, 13). Ves que quien muere con Cristo, con él es vivificado, como testifica el Apóstol, diciendo: Si hemos sido plantados juntamente en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la de su resurrección (Rom. 6, 5). Pero es más ser vivificado en la equidad que ser vivificado para la equidad. Pues quien es vivificado en la equidad, es introducido en la misma equidad, para que no saboree nada iniquo, no haga nada impío. También puede entenderse por equidad el mismo Cristo, en quien es vivificado quien muere al mundo. Pues de su cuerpo y sangre nos alimentamos y somos vivificados, nutridos y saciados. No se añada en vano: Por tu nombre. Pues en todo bien que hacemos, no buscamos nuestra gloria, sino la del Señor. En ello, en efecto, la obra buena se hace aceptable a Dios, si por la virtud de la obra no se glorifica el nombre del siervo, sino el del Señor.

(Vers. 13.) Sacarás de la tribulación mi alma, y en tu misericordia destruirás a mis enemigos.

17. Entre las múltiples tribulaciones del alma humana y las innumerables molestias de las aflicciones, no hay mayor aflicción que la conciencia de los pecados. Pues cuando el hombre sufre exteriormente, acude a Dios, recurre al hombre de fortaleza. Es un remedio singular y muy saludable de consolación para quien sufre tribulaciones exteriores; que si lo aflige la orfandad, si lo angustia la pobreza, si lo visita la enfermedad, se aleje del ruido exterior, y entrando en los interiores del santuario de la mente, invoque allí a Dios, donde nadie lo ve. Resta también que cierre la puerta del corazón contra las molestias infligidas, para que no sienta los embates de los que rugen exteriormente, sino que, exultando en la esperanza de las promesas celestiales, posponga las pérdidas, descuide las molestias, desprecie los halagos del mundo, se humille en la confesión del pecado, magnifique y alabe a Dios que corrige y consuela. Pero si, sufriendo la tribulación de una mala conciencia, no encuentra a Dios en el secreto del corazón, porque tal vez se ha alejado del hospedaje del corazón por la abundancia de iniquidad, ¿qué hará el hombre? ¿dónde encontrará consuelo? ¿dónde buscará descanso? Gran tribulación, donde no hay salida para escapar, donde no hay esperanza de libertad, donde no hay confianza de liberación. Si recurre a lo exterior, si busca consuelo en lo transitorio, allí lo urgirá la aflicción del alma, lo estimulará la calamidad de las preocupaciones, lo rodeará la multitud de miserias. Pues, ¿qué consuelo hay en lo temporal? ¿qué alegría en las riquezas? ¿Acaso permanecerán con nosotros? ¿No son esas las espinas que ahogan la semilla de la palabra (Lucas 8)? Que así como alegran cuando se adquieren, también entristecen cuando se pierden. Resta, pues, que el pecador, puesto en tribulación, acuda a aquel en quien solo hay verdadero consuelo, y durante las noches de esta vida busque a Dios en el lecho del corazón. Que si al principio no lo encuentra, se anime más a buscarlo, se levante al amor de lo celestial, recorra la ciudad fundada en la exultación de toda la tierra, interroge a los vigilantes que custodian la Iglesia, se despoje del manto del ornato mundano, y sea herido interiormente por la flecha de la caridad (Cantar de los Cantares 3). Y no desista

de buscar hasta que encuentre al consolador de los afligidos. Una vez encontrado, reténgalo con todas sus fuerzas, hasta que, redimido por la ayuda de la gracia auxiliadora, sea librado de la tribulación de la conciencia. Pues si el náufrago, deseando salvar su vida en las olas, no suelta la tabla una vez alcanzada, hasta que, agotado por el trabajo de las furiosas tormentas, desfallezca, o ayudado por el auxilio de un vehículo, alcance la orilla deseada; ¿quién en este gran y espacioso mar del naufragio no abrazará la sabiduría de Dios, por cuyo auxilio es gobernado, por cuya dirección es guiado? Pues de ella está escrito: Es árbol de vida para los que la toman, y bienaventurado el que la retiene (Prov. 3, 18). ¿Y cuál es la sabiduría de Dios, sino Cristo? según lo que dice el Apóstol: Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (1 Cor. 1, 25). Abracemos, pues, el árbol de la salvación en el mar de la tempestad tormentosa, por el cual podamos ser librados del peligro de la muerte horrenda y sacados de la tribulación de las tentaciones diabólicas. Nos da gran confianza en nuestra liberación lo que se añade: Y en tu misericordia destruirás a mis enemigos. ¿Quiénes son los enemigos del género humano y los impugnadores del alma cristiana, ya se ha declarado suficientemente en la exposición anterior. A quienes la divina clemencia destruye cuando les quita las fuerzas para hacer daño; cuando contra los dardos de la tentación diabólica opone el escudo de su protección. Pues se retiran como confundidos, cuando se reconocen impotentes para prevalecer.

(Vers. 14.) Y destruirás a todos los que afligen mi alma, porque yo soy tu siervo.

18. Es justo que un buen siervo sea ayudado por un buen señor, protegido contra los ataques hostiles, librado del peligro. Pero, ¿qué significa que se llame a sí mismo siervo, cuando el siervo no permanece en la casa para siempre? De ahí que la misma Verdad diga a los discípulos: Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor (Juan 15, 15). Y el Apóstol: No habéis recibido, dice, el espíritu de servidumbre para volver al temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba Padre (Rom. 8, 15). Pero debe saberse que así como hay dos temores, también hay dos servidumbres. Pues hay un temor que tiene castigo, que la caridad perfecta echa fuera (1 Juan 4). Y hay un temor del Señor santo que permanece para siempre (Salmo 18), del cual también está escrito: El temor del Señor es el principio de la sabiduría (Salmo 110, 10). Y de nuevo: A los que temen a Dios nada les falta (Salmo 33, 10). Aquel temor que es excluido por la caridad, parece pertenecer al siervo que no permanece en la casa. Pero el temor santo se conoce que conviene a aquel siervo a quien se le dice con voz del Señor: Bien, siervo bueno y fiel, porque en lo poco has sido fiel, sobre mucho te pondré, entra en el gozo de tu señor (Mateo 25, 21).

19. Lo que dice: Destruirás a todos los que afligen mi alma, se refiere a aquella felicidad de la vida bienaventurada, en la cual no tendremos adversario alguno, no temeremos a ningún enemigo, cuando la muerte sea absorbida en victoria, cuando la muerte, el último enemigo, sea destruida, cuando seamos transformados y hechos iguales a los ángeles (I Cor. XV). Ahora, en efecto, no podemos encontrar nada de quietud o seguridad, mientras aún gemimos en nosotros mismos, cargados, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo (II Cor. V). Pero cuando esto corruptible se haya vestido de inmortalidad, entonces no habrá ataque de fraude diabólico (I Cor. XV), ningún dogma depravado herético, ninguna impiedad de un pueblo infiel, todo estará tan pacificado y ordenado, que en las moradas de los justos solo se escuchará la voz de júbilo y salvación. Allí los santos alabarán a Dios sin fin, y se regocijarán en la luz de su claridad (Sal. CXVII), convertidos en ciudadanos de aquella ciudad, que es libre y eterna en los cielos (Gál. IV). A la cual no oscurecen las tinieblas, no la cubre la noche, no la consume la vejez, no en ella resplandece la luz del sol, ni el esplendor de la luna, ni el brillo de las estrellas, no se busca allí lámpara, no se enciende antorcha, no se adapta

candil. Pues la claridad divina la ilumina, el sol de justicia la aclara, la luz verdadera la ilumina, luz, digo, inaccesible, que no se encierra en lugar, no se limita en tiempo, no se oscurece con las tinieblas, no varía con la noche.

Iluminada por esta luz inmensa, inagotable y clarísima, la santa Jerusalén, que es nuestra madre, rechaza a los hijos de las tinieblas, recibe a los ciudadanos pacíficos; a saber, los hijos de la luz y del día, hijos de la adopción, coherederos de la herencia celestial. Ningún impío entra en ella, ningún inicuo habita, ningún impuro penetra. Sus muros se construyen con piedras vivas, sus puertas se adornan con las mejores perlas, sus calles se pavimentan con oro purísimo, y en ella se canta un cántico de alegría sin fin (Apoc. XXI). Allí hay luz sin defecto, gozo sin gemido, deseo sin pena, amor sin tristeza, saciedad sin hastío, salud sin vicio, vida sin muerte, salvación sin languidez. Allí están los santos y humildes de corazón (Dan. III); allí los espíritus y almas de los justos, allí todos los ciudadanos de la patria celestial y los órdenes de los espíritus bienaventurados viendo al Rey en su hermosura, y regocijándose en la gloria de su poder. La caridad perfecta florece en todos, una es la alegría de todos, una la felicidad.

Buen Jesús, Verbo del Padre, esplendor de la gloria paterna, en quien los ángeles desean contemplar, enséñame a hacer tu voluntad, para que guiado por tu buen espíritu, llegue a aquella bienaventurada ciudad, donde hay día eterno, y un solo espíritu de todos; donde hay seguridad cierta, y eternidad segura; y tranquilidad eterna, y felicidad tranquila, y dulzura feliz, y felicidad dulce; donde tú, Dios, con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por los infinitos siglos de los siglos. Amén.